





## LEÓN DENIS, UN GIGANTE DE LA IDEA ESPÍRITA

*Dentro del nuevo espiritualismo son pocos los escritores que han alcanzado el brillo y la profundidad de León Denis. Su pluma ha legado a los espíritus estudiosos páginas de insuperable calidad literaria y filosófica, las cuales están llamadas a ser por mucho tiempo antorchas orientadoras en la evolución social y espiritual de los pueblos. Puede decirse que Denis es un esteta de la idea Espírita, pues él entrevió que sólo por el amor y la belleza es como se realizará la evolución del Espíritu en sus variados aspectos existenciales.*

*Su comprensión filosófica del Espiritismo lo llevó a sostener que sólo los valores subjetivos y profundos del Ser determinarán un auténtico cambio de rumbo en la humanidad; por eso Denis no rehusó dentro de la concepción espíritu de la vida el sentimiento idealista y religioso, puesto que llegó a comprender que sólo lo auténticamente espiritual en el hombre podrá encauzarlo hacia una vivencia integral de lo que significa la existencia. Pues mientras el hombre viva una vida desvinculada de las reales esencias del Universo, no logrará comprender lo que es el fenómeno histórico y las finalidades superiores que deberá cumplir durante su proceso evolutivo de encarnación y desencarnación.*

*Para León Denis el hombre se afirma, moral y espiritualmente sobre la base de las realidades teleológicas de la verdad. Porque todo el ideario filosófico del autor de El Problema del Ser y del Destino está fundado en la verdad -misma que subyace en el fondo de la Naturaleza, es decir, en la parte profunda de las cosas visibles.*

*Si Denis fue un poeta en prosa de la Idea Espírita, ello se debe a su gran consubstanciación con los valores filosóficos y religiosos de la Codificación Kardeciana. Penetró hondamente en ellos para descubrir que el genio espírita de la verdad universal estaba dentro de él mismo. Sintió que la verdad espiritual del saber espírita no era un saber racional fundado en la razón únicamente. Alcanzó a sentir existencialmente que los valores espíritas se encuentran dentro del hombre mismo y que se logran descubrir sólo citando el Ser se autoanaliza y se vive a sí mismo en profundidad y extensidad. De ahí que la ideología espírita no es una creencia aceptada como un dogma; por el contrario, Denis demostró que la búsqueda de la realidad existencial del Ser desemboca en una misma concepción. Por eso los grandes Espíritus, sin conocerse entre sí, se reúnen en una misma realidad espiritual, porque la esencia de la verdad es una y todos los que apasionadamente la buscan llegan, por uno u otro camino, a un mismo nivel ideológico y existencial.*

*León Denis fue un auténtico pensador y no hizo política intelectual, a fin de llamar la atención para formarse un renombre como escritor. Muchos literatos de su tiempo, que a su lado eran una medianía, lograron*

*hombres y se le abrieron las puertas de muchas instituciones artísticas, periodísticas y políticas. Denis encontró resistencia por sus ideas espíritas, no obstante el genio literario e idealista que poseía. Por haber amado la verdad fue excluido de los movimientos culturales de su época, pues ser espírita parecería ser, según los prejuicios del orden social imperante, un delito o una subversión moral contra la cultura, considerada inamovible, o como la única, aunque perimida y materialista, que debe rutinariamente admitirse. Empero, a pesar de los prejuicios y resistencias que se le hacen a las ideas espíritas, el proceso de sus afirmaciones resulta ya incontenible. Un nuevo espiritualismo está aflorando en la cultura moderna, con lo cual estamos viendo cómo se derrumban las formas clásicas de la civilización, ya que ellas no pueden resistir el empuje creador de las nuevas ideas que surgen del fondo mismo de los Espíritus.*

*León Denis será reivindicado por las nuevas generaciones cuando el movimiento espírita haya comenzado a instituir en el orden humano la sociedad espiritista, es decir, un nuevo tipo de orden social basado en la concepción espírita de la vida. Entonces Denis recibirá el homenaje, casi unánime, de los Espíritus evolucionados y amantes del progreso. Su nombre será pronunciado con respeto y veneración en las academias literarias y filosóficas de todo el mundo.*

*El presente libro nos lo muestra amigo de la justicia y la democracia. Algunos han dicho que sus páginas están impregnadas de un gran nacionalismo francés; pero esto no es una apreciación verdadera si se tiene en cuenta que fue Francia quién recibió los más duros golpes de quienes querían imponerle a la humanidad intolerable dictadura. Denis, como todo ciudadano de su tiempo y como amigo de la libertad y el progreso social, se opuso a tal propósito y se alió con los esfuerzos de los ejércitos aliados, a fin de librar a Francia y a la humanidad de la derrota y de un insoportable cesarismo moderno.*

*No se olvide que Francia en sus más difíciles situaciones nacionales fue dirigida por el genio espiritual de Juana de Arco. Este hecho es innegable en la historia de ese país, y Denis, en momento tan grave, sintió la presencia inspiradora de la heroica joven lorenesa, razón por la cual escribió estas páginas donde se nos muestra cómo el Mundo Invisible interviene en los grandes procesos políticos de las naciones.*

*Sin embargo, un nacionalismo puro y heroico como el de Denis no puede ser desechado en el presente momento histórico en que la vida moral de los pueblos está en franca decadencia a falta de una fuerza espiritual que lo evite. Cuando el nacionalismo está de parte de la justicia, el orden y la libertad, se torna un fenómeno universal, ya que el fenómeno humano, tanto político como social, es similar en todas partes del mundo. Por consiguiente, la verdad no tiene latitudes: la verdad está en todos los lugares de la Tierra afrontando las mismas luchas y los mismos problemas.*

*Por eso el nacionalismo de León Denis es puro, real y útil, puesto que emana de sentimientos inspirados en los más altos principios morales.*

*La obra de León Denis al estar basada en la verdad deja de ser nacional para convertirse en universal. La Idea Espírita que fue la fuente de sus grandes inspiraciones y el motivo que lo llevó a luchar en favor del movimiento espírita mundial, hunde sus raíces en las verdades eternas y universales y por lo mismo le hace ver al hombre que los nacionalismos exclusivistas y egolátricos resultan inadecuados para el bien y el progreso del género humano. Así, pues, lo entendió Denis, por cuya razón se debe reconocer que fue un pensador universal, sin dejar de sentir por eso amor a Francia por la cual tanto se desvelaba.*

*Léanse estas páginas teniendo en cuenta el motivo principal que las inspiraron y se comprenderá que la pasión que hay en ellas responde a esa ansia superior por defender la verdad y la libertad con el mismo espíritu con que Francia luchó, en su hora, por la proclamación universal de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.*

*¡Llor al gran escritor y pensador que tanto hizo por los Nuevos Derechos Espirituales del Hombre! Que las nuevas generaciones vean en él al modelo de lo que deberá ser el verdadero escritor en los tiempos modernos. Que reconozcan a través de su obra clara y brillante cuál es el papel que deberá desempeñar la literatura, como instrumento de educación y orientación en la vida de los pueblos. Ojalá su alto ideal llegue al espíritu renovador de las juventudes de la nueva era para mostrarles que la verdadera misión del hombre en la Tierra es luchar, como León Denis tan gallardamente lo hizo, por la Verdad, la Justicia y la Belleza.*

HUMBERTO MARIOTTI

*Buenos Aires, 1972.*

## INTRODUCCIÓN

Desde 1914 ha vivido Francia bastantes horas de cruel angustia y se ha encontrado al borde de muchos abismos. Tras cincuenta meses de luchas, esfuerzos y sacrificios salió engrandecida de la prueba, aureolada por la victoria y regenerada por el dolor. Sin duda, debe esa victoria al apoyo de sus Aliados, al heroísmo de sus combatientes y a la ciencia y genio de sus jefes; pero la debe también -y sobre todo- a la poderosa ayuda del Mundo Invisible, que nunca dejó de intervenir en su favor. Es este uno de los aspectos menos conocidos de ese drama inmenso, y sobre el cual creemos necesario llamar la atención de todos.

Gracias a un excelente médium, cuya clarividencia y sinceridad no me permitían abrigar la menor duda, he podido seguir durante más de tres años la acción de los Espíritus sobre los acontecimientos y observar sus rasgos esenciales. Por medio de la incorporación, mis amigos del Espacio y, entre ellos, un Espíritu eminente, me iban comunicando de tiempo en tiempo sus apreciaciones acerca de esta terrible guerra, examinada en sus dos aspectos: el visible y el oculto. Esas conversaciones me inspiraron, sobre la base de los datos obtenidos, cierto número de artículos que en este volumen se encontrarán reunidos. Agregué otros, dictados bajo el imperio de las circunstancias y que había publicado ya en diferentes revistas. El libro concluye con una serie de páginas inéditas.

El propósito esencial de estos escritos consiste en orientar el pensamiento francés hacia un espiritualismo científico y elevado, hacia una creencia que sea capaz de colocar a nuestra nación a la altura de los importantes deberes y nobles tareas que le competen. Es menester que una amplia corriente idealista, un poderoso hábito moral barra las sombras, dudas e incertidumbres que pesan todavía sobre tantas mentes y conciencias, a fin de que un rayo de las verdades eternas ilumine los cerebros, comunique calor a los corazones y traiga consuelo y esperanza a quienes penan y sufren.

La educación del pueblo debe ser reestructurada por completo, de modo de inculcar a todos la noción de las obligaciones sociales, el sentimiento de las responsabilidades individuales y colectivas y, en especial, el conocimiento del verdadero objetivo de la vida, que es el progreso, la depuración del alma, el aumento de sus riquezas íntimas y ocultas.

Es necesario, por último, que una solidaridad estrecha una a los vivientes con los difuntos, y que las dos humanidades, la de la Tierra y la del Espacio, colaboren en la obra común de renovación y de progreso. Hemos demostrado en otra parte<sup>1</sup> la acción de los poderes invisibles en la historia, pero nunca quizás esa acción se ha puesto de relieve con más

---

<sup>1</sup> Ver nuestra obra *El Problema del Ser y del Destino*. [N. de L. Denis.]

evidencia que en los acontecimientos actuales, obrando en favor del derecho y la justicia. Sería realmente lamentable que tan seria y solemne lección se perdiera y que el hombre permaneciese indiferente a los llamados y ayudas de lo Alto. Por el contrario, ellos tienen que suscitar en todos el estudio de ese Mundo Invisible al que tarde o temprano perteneceremos, puesto que la muerte es sólo un tránsito y nuestros destinos son infinitos.

El pasado de Francia es rico en períodos brillantes, en páginas gloriosas. Pero su porvenir se anuncia más espléndido aún, si el hálito del Espíritu que anima a los mundos pasa por su alma. Si él regula y dirige las fuerzas vivas, las fuerzas ascendentes suscitadas por la guerra y que vibran en la nación francesa, podrá ésta realizar obras que superarán en poder y brillo cuanto su genio ha producido hasta aquí.

*Marzo, 1919.*

## 1. EL ESPIRITISMO Y LA GUERRA

*Octubre, 1914.*

Desde hace algunos meses se vienen desarrollando acontecimientos espantosos. Un huracán de hierro y fuego se ha desencadenado sobre Europa y las bases de la civilización se han visto sacudidas. Ya no se trata de millares, sino de millones de hombres que chocan unos contra otros en tremenda colisión, en una lucha tal que el mundo no vio jamás otra semejante. Tan grande es el número de vidas humanas sacrificadas que la mente queda estupefacta al pensarlo. Está en juego la suerte misma de las naciones. En ciertas horas trágicas, Francia ha sentido pasar sobre ella un ventarrón de ruina y muerte. A no ser por los auxilios de lo Alto, de no mediar la legión de incontables Espíritus que han acudido desde todos los puntos del Espacio para sostener a los defensores de Francia, aumentar su energía, estimular su coraje e inflamar su ardor, tal vez la nación francesa hubiese sucumbido. Ahora bien, en presencia de tan terrible drama nos preguntamos -como en medio de una pesadilla- qué lección puede extraerse de esos dolorosos hechos.

En primer término, hagamos notar que tales acontecimientos habían sido anunciados de antemano. Surgidas de todas partes, abundaban las advertencias y predicciones al respecto. Nosotros mismos sentíamos acercarse la tempestad. Un malestar indefinible invadía nuestras almas. Según lo expresado por un pensador, los grandes acontecimientos que conmueven el mundo proyectan primero su propia sombra.

Sin embargo, los conglomerados humanos permanecían indiferentes. Hacía veinte años que Francia, sobre todo, se había amodorrado en un sueño de bienestar y sensualidad. Los más de sus hijos no tenían ya otro objetivo que el de hacer fortuna y disfrutar de los placeres que ella provee. La conciencia pública, el sentimiento del deber, la disciplina familiar y social, sin los cuales no hay pueblo que sea grande, se iban debilitando cada vez más. Escandalosos procesos revelaban un estado de profunda corrupción.

El alcoholismo y la prostitución, así como el nacimiento de seres enfermizos que de ellos resulta, parecían destinar a la nación a irremediable decadencia. Nuestros enemigos tenían a los franceses por un pueblo acabado, y se aprestaban a repartirse sus despojos. ¿Acaso no nos condenaban a la impotencia las estériles discusiones en que estábamos empeñados? Ahora bien, nuestras divisiones de ejército no eran más que vana apariencia. Pero ante el peligro que amenaza a la patria todos los corazones franceses saben unirse mediante un supremo esfuerzo.

Como en todas las horas solemnes de la historia, igual que en tiempos de Juana de Arco<sup>2</sup>, el Mundo Invisible ha intervenido. Bajo el impulso de lo Alto, las fuerzas profundas de la raza, esas fuerzas que en cada uno de nosotros dormitan, han despertado, se pusieron en acción y, con renaciente ardor, han hecho reaparecer a plena luz las virtudes heroicas de los siglos pasados.

Por supuesto que el general Joffre<sup>3</sup> es un meritorio estratega, pero sabemos de buena fuente que sus inspiraciones, sin él saberlo, provienen del Más Allá.

Nuestro país, al que consideraban en estado de descomposición y condenado a desaparecer, mostró al mundo asombrado que un poder incontrastable dormía en él. Bajo el rigor de la prueba y por voluntad superior Francia ha despertado.

Con un impulso soberbio, resuelta a todos los sacrificios, se ha erguido contra un invasor sin escrúpulos, ebrio de orgullo y ávido de establecer en el mundo su brutal y bárbaro dominio.

Piensen lo que quieran los alemanes, hay en el Universo una justicia. No basta tener a cada instante el nombre de Dios en los labios, sino sería mucho mejor guardar sus leyes inmutables en el corazón. No es el derecho una palabra vana y el poder material no significa todo en este mundo. Las mentiras y la perfidia, la violación de los tratados y el incendio de las ciudades, la masacre de los débiles y de los inocentes no pueden encontrar justificación ante la Divina Majestad.

Todo mal cometido se vuelve, con sus efectos, contra la causa que lo produjo. Así, la violación del derecho de los débiles se vuelve también contra los poderes que lo ultrajan. La invasión y devastación de Bélgica y del norte de Francia han hecho que todos nos indignemos y han traído una reacción formidable de las fuerzas invisibles. De las regiones arrasadas ha ascendido hacia el Cielo un grito de angustia, y el Cielo no hizo oídos sordos a esos llamados de la desesperación. Los poderes vindicativos del Más Allá han entrado en acción: ellos levantan a Francia por encima de sus propias fuerzas y empujan a sus hijos al combate. Detrás de los que perecen otros surgirán, hasta que el invasor sienta que su resolución flaquea y que el destino se ha puesto contra él.

Aquellos que han muerto regresan al Espacio con la aureola del deber cumplido: su ejemplo inspirará a las generaciones por venir.

---

<sup>2</sup> Puede consultarse, del mismo autor, la obra *Juana de Arco, Médiun*, segunda edición en castellano, Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1969. [N. del T.]

<sup>3</sup> El mariscal francés JOSEPH-JACQUES-CÉSAIRE JOFFRE (1852-1931) fue general en jefe de los ejércitos franceses desde 1914 hasta 1916, y en septiembre de 1914, un mes antes de la fecha en que Denis escribió estas páginas, JOFFRE ganó la primera batalla del Marne, donde los alemanes sufrirían en julio de 1918 una segunda derrota, esta vez con los franceses al mando del general FOCH. [N. del T.]

La lección que se desprende de estos terribles sucesos consiste en que el hombre debe aprender a elevar sus pensamientos por sobre los tristes espectáculos de este mundo y dirigir sus miradas hacia ese Más Allá de donde le vendrán los socorros, las fuerzas necesarias para emprender una nueva etapa hacia el grandioso objetivo que se le ha asignado.

Nuestros contemporáneos habían depositado su mente y corazón en las cosas de la materia. Los hechos les han demostrado que en ella todo es inestable y precario. Las esperanzas y glorias que promete carecen de futuro. No hay fortuna ni poder terrenal alguno que esté a cubierto de las catástrofes que puedan sobrevenir. Ninguna riqueza o esplendor es realmente duradero, si no son los del Espíritu inmortal. Sólo él es capaz de transformar las obras de muerte en obras de vida. Pero, para comprender esta profunda ley es menester la escuela del sufrimiento. Así como el rayo de luz debe ser descompuesto por el prisma para producir los brillantes colores del arco iris, de igual manera el alma humana tiene que ser quebrada por las pruebas para que irradie todas las energías y todas las grandes cualidades que en ella dormitan.

En medio de la desgracia, sobre todo, es cuando el hombre piensa en Dios. Tan pronto como las ardientes pasiones suscitadas por el odio y la venganza se hayan apaciguado, y cuando la sociedad retome su normal ritmo de vida, comenzará la misión de los espiritistas. ¡Cuántos duelos habrá entonces que consolar, y qué de llagas morales por curar! ¡Cuántas almas laceradas que reconfortar! Bajo la lenta, profunda y eficaz acción del dolor, incontables seres se tornarán accesibles a las verdades cuyos depositarios responsables somos. Sepamos, pues, aprovechar las trágicas circunstancias que estamos atravesando, y la Providencia sabrá obtener que de ellas resulte un bien para la humanidad.

Todas las almas fuertes que en medio de la tormenta han mantenido su serenidad pedirán, junto con nosotros y con total confianza, que las pruebas sufridas por nuestra nación hagan vibrar en su alma los sentimientos de honor, unión y concordia que son medios poderosos de elevación. Por su intensidad, esos sentimientos podrían reaccionar contra las plagas de la sensualidad, el egoísmo y el personalismo excesivo que se habían erigido en años en nuestra Francia, sofocando los instintos generosos, siempre prontos a revivir en ella. Que los franceses, raza inteligente y caballeresca, con las manos tendidas y los corazones abiertos, vuelvan a ser un motivo de admiración y un ejemplo viviente que todos los países se complacerán en seguir...

## 2. ESCENAS DEL ESPACIO. VISIONES REALES DE GUERRA Y EPOPEYA

*Enero, 1915*

Allí están, cerniéndose sobre el inmenso frente de batalla que se extiende desde las orillas de la mar brumosa hasta las crestas de los Vosgos y las llanuras de Alsacia. Están allí los Espíritus de todos aquellos que, a lo largo de los siglos y en la totalidad de los dominios, pero principalmente en el arte militar, han contribuido a hacer ilustre a Francia, a edificar su gloria imperecedera. Prestan apoyo, empujan e inspiran a nuestros soldados y a sus jefes.

Desde hace cuatro meses los combatientes, casi enterrados, ocultos en los repliegues del suelo, en medio de sus alambradas, prosiguen una guerra de trincheras y de ardidés en la cual la paciencia se acaba y el coraje se va gastando poco a poco.

Antaño la guerra tenía su trágica belleza, su grandeza. Se luchaba a campo raso, alta la frente y con las banderas desplegadas. Ahora, en cambio, no hay más que trampas, emboscadas, asechanzas. En todo, así en los trabajos de la paz como en los de la guerra, los germanos han desnaturalizado, empequeñecido y rebajado cuanto fuese grande. Alevosía, perfidia y mentira, he ahí sus principios habituales.

Los genios maléficos, los negros Espíritus de crimen y rapiña, los *reîtres*<sup>4</sup> y los lansquenetes<sup>4</sup> de la Edad Media se encuentran entre ellos, ora reencarnados en sus filas, ora invisibles, participando en sus combates. Su triunfo equivaldría a la esclavitud de Europa, al aplastamiento de los débiles, a la expoliación de los vencidos. Sería un retorno de la humanidad a la barbarie.

Los Espíritus ilustres que velan en nuestras líneas han conocido luchas más nobles y generosas. Por eso, tales tácticas y procedimientos los asombran y entristecen. Y en ocasiones, al ver tantos esfuerzos poco menos que infructuosos, son invadidos por la vacilación y la inquietud y se preguntan con angustia cuál será la salida de esta terrible guerra.

¡Cuánta sangre y lágrimas, cuántos jóvenes héroes han caído! ¡Cuántos despojos humanos están yaciendo bajo tierra! Nuestra nación ¿verá aniquilada toda su fuerza, toda su vida?

---

<sup>4</sup> *Reître* o *rêtre*, es palabra francesa derivada del alemán *reiter*, que significa "caballero". En el medioevo recibían este nombre los caballeros germanos de servicio en Francia. En cuanto a la voz lansquenete, proviene del alemán *land*, "país o tierra", y *knecht*, "servidor". En el siglo quince se llamaba así a los soldados germanos mercenarios que servían en otros países, como Francia y España, por ejemplo. [N. del T.]

Pero he aquí que, desde lo alto del espacio infinito, un nuevo Espíritu ha llegado. Al verle, todos se agitan y conmueven. Sin embargo, no es más que una mujer, pero su frente está ceñida por una aureola; el entusiasmo y la fe animan sus facciones. Desde que apareció, un estremecimiento pasa sobre esas legiones de Seres Invisibles, y un nombre va volando de boca en boca: ¡JUANA DE ARCO!

Es la hija de Dios, la Doncella de las batallas... Viene a despertar las energías entumecidas, el coraje debilitado. Desde el principio de la guerra se mantenía a distancia, entre sus hermanas celestiales, en medio de ese grupo de seres graciosos y encantadores, de seres angélicos cuyo mando Dios le había concedido después de su martirio en la Tierra. Su misión consiste en consolar los dolores humanos, en mitigar los padecimientos morales, en cernerse sobre las almas que soportan pruebas.

Pero ha sonado la hora. Ante el relato de los males que se vierten sobre la patria, sobre esta Francia tan querida, por la cual sacrificó su existencia, el corazón de la Virgen lorenesa se ha sentido turbado y un imperioso y ardiente deseo de socorrernos se apoderó de ella. Ha cedido a ese deseo. En el instante de partir, sus hermanas y compañeras del Espacio inclinándose ante aquella a quien veneran, le dicen:

-¡Oraremos por el triunfo de vuestras armas, hija amada de Dios!

Así pues, Juana acude, y en torno a ella se dan prisa los Espíritus heroicos, protectores de Francia, para saludarla y formarle cortejo. Ella, en su sencillez, les expresa:

-Como en pasados siglos, he sentido la necesidad irresistible de unirme a los que están luchando por la salvación de la patria. ¿Me aceptaréis en vuestras filas?

Y todos, en un impulso de entusiasmo, exclaman:

-¡Sed nuestro jefe y marcharemos bajo vuestras órdenes!

\*\*\*

Asambleas sucesivas se reúnen por encima de nuestras líneas. Los que las integran llevan nombres prestigiosos, que reunidos sintetizan toda la gloria de los siglos, toda la gloria de Francia... Allí está Enrique IV junto a Napoleón; Vercingetórix se encuentra con los capitanes de Carlos VII, los generales de Luís XIV y los de la Revolución: todos los héroes de nuestras luchas de antaño y los libertadores de la patria. Vemos también ahí a muchos jefes ingleses, porque toda enemistad se ha extinguido y no hay en todos esos Espíritus sino un solo pensamiento y un mismo corazón.

Ni uno solo entre ellos deja de profesar a Juana la mayor deferencia. Ninguno se coloca ante ella. Discuten con gravedad los medios de ataque los procedimientos que requiere esta guerra de trincheras. La idea de Dios se cierne sobre esa asamblea, y cuando el Espíritu eminente que la preside

inicia la sesión, invocando su augusto nombre, todos se inclinan con respeto. Si en muchos ambientes Francia se ha vuelto escéptica, descreída, entregándose a todas las corrientes del materialismo y la sensualidad, al menos en el seno de ese consejo supremo, donde están reunidos sus guías invisibles, reina ardiente fe. Quizás por esto se atenúan, en cierta medida, las pruebas y las duras lecciones que la nación francesa ha merecido.

Las resoluciones que en esa asamblea se adopten serán comunicadas, por vía de la intuición y la inspiración, a los generales que tengan la misión de ejecutarlas. Con ese objeto, cada uno de los Espíritus que asistan a tales consejos escogerá entre nuestros jefes militares a aquellos cuya naturaleza psíquica armonice mejor con la suya propia, y por medio de una voluntad persistente los dirigirá en el sentido resuelto.

En cambio, la influencia de los Espíritus sobre las muchedumbres de soldados se ejercerá de otra manera. Aquéllos se esforzarán sobre todo por agregar, a la fogosidad y el ímpetu que son cualidades innatas de la casta, la perseverancia y la tenacidad en la lucha, tan necesarias a la hora actual y que nos han hecho falta a veces.

Porque -todo lo demuestra- las almas de los muertos no son, como creen algunos, entidades vagas e imprecisas. Cuando han alcanzado los grados superiores de la jerarquía espiritual se convierten en poderes irresistibles, en centros de actividad y de vida capaces de ejercer su acción sobre la humanidad terráquea. Por medio de la sugestión magnética pueden inspirar a aquellos a quienes han elegido, haciendo germinar en ellos la idea directriz e incitándolos al acto decisivo que coronará su obra. De esta manera los Invisibles se mezclan en las acciones de los vivientes para la realización del bien y el cumplimiento de la justicia eterna.

\*\*\*

Pronto resonará, cual una marcha militar jubilosa, la hora de la victoria. Toda Francia está de pie: la del presente y la del pasado, la de los vivos y la de los muertos. Los poderes invisibles, las fuerzas divinas se hallan entregadas a la labor, por cuanto la lucha que prosigue es grande y sagrada. Es la lucha de la libertad, el derecho y la justicia, contra la brutalidad armada y el despotismo cínico y grosero. Por eso Francia no podría resultar vencida, pues la causa que está representando es la de la humanidad misma. El triunfo de Alemania sería el retroceso de la conciencia, la apoteosis de todos los crímenes. ¡Dios no lo permitirá!

Muchas veces, a lo largo de los siglos, Francia se convirtió en el paladín de las ideas generosas: dio su oro y prodigó su sangre por la defensa de los débiles y la liberación de los oprimidos. De ahí que sus derrotas más estrepitosas hayan sido seguidas siempre de un rápido restablecimiento. A despecho de sus errores y sus faltas, Francia es necesaria para el orden del

mundo. Más que cualquier otra nación, en todos los terrenos ha servido al ideal, llegando incluso al sacrificio. Su rol es de carácter estético. Gracias a la lucidez de su lengua y a la claridad de su genio los principios que defiende penetran más profundamente en las inteligencias y en los corazones, y todos los pueblos han acudido a beber en ella como de una fuente inextinguible. Mayor todavía será su prestigio en el porvenir: de su seno surgirán los misioneros cuyo pensamiento hará que el Espiritismo irradie sobre la Tierra entera. Se podría afirmar que Francia es mujer, puesto que sintetiza la verdad y la belleza. De ahí que por sobre sus genios protectores se cierna un alma femenina.

La intervención de Juana de Arco imprimirá a los acontecimientos un sentido preciso. Devolverá a Francia la conciencia del rol que debe desempeñar y la de su magnífico destino. Por eso, al presentarse la Doncella lorenesa, los Espíritus que están asistiéndonos han sentido crecer su confianza ante la certeza del triunfo. Ejércitos numerosos se preparan: un día Juana los encabezará y, aunque invisible, nuestros soldados experimentarán la sensación de su presencia, la cual les comunicará el ardor que la inflama. Con viril resolución, desafiando el fuego y la metralla, los soldados franceses marcharán con conocimiento de causa hacia el enemigo. Y el viento que sopla sobre las llanuras de Flandes, los bosques de Argona y las redondas cumbres de los Vosgos hará flamear de nuevo nuestras banderas victoriosas. Con su propia sangre escribirán los hijos de Francia las más gloriosas páginas de nuestra historia.

### 3. LAS LECCIONES DE LA GUERRA

*Marzo, 1915.*

La lucha formidable que se desarrolla entre las naciones y las razas, y las convulsiones que agitan el mundo plantean los más graves problemas. En presencia del gran drama que se representa, la mente humana, ansiosa, se formula mil preguntas. Y hay horas en que la duda, la inquietud y el pesimismo invaden los espíritus más firmes y resueltos.

El progreso ¿es tan sólo una quimera? ¿Será sumergida la civilización por la ola ascendente de, las pasiones brutales? Los esfuerzos de los siglos por realizar la justicia, la solidaridad y la paz dentro de la armonía social ¿resultarán vanos? Las concepciones del arte y el genio del hombre, los frutos del pesado e inmenso trabajo de millones de cerebros y de brazos ¿van a desaparecer arrasados por la tormenta?

El pensador espiritualista sondea ese abismo de males sin sentir vértigo. Del caos de los acontecimientos extrae la gran ley que todo lo rige. Antes que nada, recuerda que nuestro planeta es una morada muy inferior, un laboratorio donde son bosquejadas las almas todavía jóvenes, con sus confusas aspiraciones y sus pasiones desordenadas.

El profundo sentido de la vida aparece para el pensador espiritualista con las duras necesidades que son inherentes a ella: se trata de la puesta en acción de las cualidades y las fuerzas que en cada ser descansan. Para que las energías, que dormitan ignoradas y mudas en las tinieblas del alma, salgan a luz, son necesarios los desgarramientos, angustias y lágrimas. Ninguna grandeza puede haber sin el sufrimiento, ninguna elevación sin las pruebas.

Si el hombre terrestre estuviera exento de las vicisitudes de la suerte, privado de las rudas lecciones de la adversidad, ¿podría templar su carácter, desarrollar su experiencia, valorizar las ocultas riquezas de su alma?

Puesto que el mal constituye una fatalidad en nuestro mundo ¿,no existe responsabilidad para los perversos? Creer que no la hay sería un error funesto: en su ignorancia y ceguera el hombre siembra el mal y las consecuencias de éste recaen pesadamente sobre él mismo, así como sobre todos aquellos que se asocian a sus acciones viles. Tal lo que está sucediendo en esta hora en que vivimos.

Dos poderosos monarcas, el uno protestante, católico el otro, han desencadenado la guerra con todos sus horrores: hacía medio siglo que venían preparándolo, calculándolo y combinándolo todo para obtener una victoria aplastante.

Pero las fuerzas divinas, los poderes espirituales, han intervenido en el conflicto, inspirando heroica resistencia a las naciones amenazadas y

haciendo surgir en ellas los tesoros de valor que anteriores existencias habían venido acumulando en el fondo de las almas célticas y latinas.

Ved cómo se ha invertido la situación después de seis meses de lucha. Al principio de la campaña los alemanes llevaban a cabo una guerra de conquista: hoy se hallan reducidos a combatir en defensa propia.

En las horas inciertas y angustiosas siempre aparece el hombre providencial. En este caso, y para Francia, ese hombre es el general Joffre. Posee él las cualidades que las graves circunstancias actuales exigen. Ha sabido detener en el Marne la enorme avalancha germánica, y ahora, como sabio y prudente jefe, evitando la efusión de sangre de sus soldados, prepara con paciencia los medios necesarios para rechazar al enemigo más allá de nuestras fronteras.

Por encima de la confusa refriega de las batallas, más allá de los fulgores siniestros de la matanza y el incendio, se vislumbra como una aurora, vemos diseñarse los contornos de un grandioso ideal, presentimos la obra de moralización que el dolor trae consigo.

Detrás de la humareda de las pasiones que sube desde la tierra, se siente la presencia de un tribunal invisible que aguarda el desenlace del conflicto, para reivindicar los derechos de la eterna justicia. De una manera vaga nuestros combatientes sienten esas cosas, tienen la intuición de que la causa que están defendiendo es augusta y sagrada, y tal impresión va cundiendo poco a poco por todos los rincones del país. De ahí que las ideas se hayan dignificado y los sentimientos se hayan tornado más graves y profundos. La tormenta ha barrido con las frivolidades y liviandades, con todo lo pueril y mundano de que nuestra generación gustaba ocuparse, para dejar en pie tan sólo aquello que hay en nosotros de más sólido y mejor.

Sin duda alguna, subsisten aún en el alma francesa muchos gérmenes de inmoralidad, corrupción y decadencia, hasta el punto de que a veces podríamos preguntarnos si esta lección tremenda bastará para curar nuestros vicios. En cambio de ello, ¡cuántas existencias ficticias, estériles o desordenadas se han hecho más sencillas y fecundas, o más puras!

En ciertos aspectos, la vida pública y la privada están experimentando una transformación radical. Esa depuración de los hábitos y del carácter trae consigo la de las letras francesas, la del periodismo: en suma, la depuración del pensamiento, sea cual fuere la forma en que éste se exprese. Parecería que nos hubiéramos desembarazado para mucho tiempo de esa psicología mórbida, de esa pornografía de baja ralea, venenos del alma que hacían que en el extranjero se nos considerase una nación en decadencia. ¿Quién, pues, entre los que tienen el honor de sostener una pluma, se atrevería a volver a incurrir en tales procedimientos? Los escritores y novelistas del futuro tendrán para sus obras temas graves y elevados y de muy otro carácter.

Claro está, no echamos al olvido el penoso cortejo de calamidades engendradas por la guerra: las hecatombes espantosas, las vidas desperdiciadas, las ciudades saqueadas o destruidas, violaciones e incendios, ancianos, mujeres y niños despojados, asesinados o mutilados, el éxodo de los rebaños humanos que huyen de sus casas devastadas: en una palabra, el espectáculo del dolor humano en lo que tiene de más intenso y pungente.

Pero (todo espiritista lo sabe) la muerte no es sino una apariencia: al desprenderse el alma de su envoltura material adquiere mayor fuerza, una más justa percepción de las cosas, y el Ser vuelve a encontrarse más vivo aún en el Más Allá.

El dolor depura el pensamiento, ninguna pena es perdida, ninguna prueba queda sin compensaciones. Los que han muerto por su país cosechan los frutos de su sacrificio, y los sufrimientos de los que sobrevivieron transmiten a su periespíritu andas de luz y gérmenes de felicidades venideras.

En cuanto a la cuestión del progreso, es fácil de resolver: sólo es real y duradero el progreso a condición de que se opere en forma simultánea en sus dos aspectos, el material y el moral.

Porque el progreso meramente material es, con demasiada frecuencia, un arma puesta al servicio de las bajas pasiones. La ciencia ha provisto a los bárbaros modernos de formidables medios destructivos: máquinas de todo tipo, explosivos poderosos, cápsulas incendiarias, dispositivos para arrojar combustibles encendidos, gases asfixiantes o corrosivos, etcétera. Aviones y submarinos, por su parte, amplían grandemente el campo de acción de las matanzas.

Todos los perfeccionamientos de la ciencia hacen desgraciado al hombre cuando éste sigue siendo malo. Y tal situación se prolongará por tanto tiempo cuanto la educación del pueblo continúe siendo falseada y dejen a éste seguir ignorando las verdaderas leyes del Ser y del destino, así como el principio de las responsabilidades, con sus repercusiones a lo largo de nuestras renacientes existencias. Desde este punto de vista, la quiebra de las religiones y de la ciencia es total: esta guerra constituye una demostración harto evidente de ella.

En lo que atañe al progreso moral, es lento y poco menos que imperceptible en la Tierra, por cuanto la población del globo va aumentando sin tregua con seres que provienen de mundos inferiores al nuestro. Y los Espíritus que llegan, entre nosotros, a cierto grado de adelanto, evolucionen con provecho hacia humanidades mejores. De ello resulta que el nivel general varía poco y las cualidades morales de los individuos siguen siendo raras y ocultas.

Durante mucho tiempo todavía, los golpes de la adversidad continuarán siendo uno de los medios más eficaces para arrancar al hombre del círculo

estrecho que lo circunda y obligarlo a levantar su pensamiento hacia más altas Cosas. Muchas veces deberá subir los duros peldaños del Calvario, a través de espinos y agudas piedras. Pero, desde la cumbre áspera divisará la irradiación del gran foco de sabiduría, verdad y amor que ilumina e impulsa al Universo, En el orden psíquico, todo se resume en dos palabras: *¡reparación, elevación!*

Las calamidades son el cortejo inevitable de las humanidades atrasadas, y la guerra es la peor de todas. A no ser por ellas, el hombre poco evolucionado se demoraría en las futilidades del camino o se aletargaría en la pereza y el bienestar. Le hace falta el látigo de la necesidad, la conciencia del peligro, para forzarlo a poner en acción las fuerzas que dormitan en él, para desarrollar su inteligencia y afinar su juicio. Todo cuanto está destinado a vivir y crecer se elabora en el dolor. Hay que sufrir para dar a luz: esa es la parte que toca a la mujer. Y hay que sufrir para crear: esa es la parte que toca al genio.

Las cualidades viriles de una casta se ponen de relieve con más brillo en las horas trágicas de su historia. A no dudarlo, si la guerra desapareciera, se extinguirían con ella muchos males, gran número de horrores, pero ¿no genera también el heroísmo, el autosacrificio, el desprecio por el dolor y la muerte? Y esas son las cosas que hacen la grandeza del ser humano, las que lo elevan por encima del irracional.

Espíritu imperecedero, el hombre constituye un centro de vida y acción que de todas las vicisitudes y pruebas -aún las más crueles- debe hacer otros tantos medios de evolución, otros tantos procedimientos para irradiar cada vez más las energías que duermen en los más recónditos hondones de sí mismo.

Las grandes emociones nos hacen olvidar las preocupaciones pueriles -a menudo frívolas- de la vida, abriendo en nosotros una salida hacia las influencias del Espacio. Bajo el impacto de los acontecimientos, la niebla formada por nuestros cuidados, ideas e inquietudes cotidianos se desgarran y la gran ley, el objetivo supremo de la existencia, se revela por un instante a nuestros ojos.

En los mundos más evolucionados, entre las humanidades superiores a la nuestra, las calamidades no tienen ya razón de ser. La guerra no existe allí, pues la sabiduría del Espíritu ha puesto fin a toda causa de conflicto. Los que moran en las esferas venturosas, iluminados por las verdades eternas y poseedores de los poderes de la inteligencia y el corazón, no necesitan ya de esos estimulantes terribles para despertar y cultivar los escondidos recursos del alma. En la grandiosa escala de la evolución las causas de dolor se van atenuando conforme se eleva el Espíritu, porque se tornan cada vez menos necesarias para una ascensión que se opera libremente, en medio de la paz y de la luz.

El sufrimiento es el gran educador, así de los individuos como de los pueblos. Cuando unos y otros se apartan del recto camino y resbalan hacia la sensualidad y la descomposición moral, el sufrimiento, con su aguijón, los hace volver a la senda del bien.

Tenemos que padecer para desarrollar en nosotros la sensibilidad y la vida. Es esta una ley seria y austera, fecunda en sus resultados. Hay que sufrir para sentir y amar, para crecer y elevarse. Sólo el dolor pone término a los furores de la pasión, despierta en nosotros las reflexiones profundas, revela a las almas lo que en el Universo hay de más grande, bello y noble: la piedad, la caridad y la bondad...

De su baño de sangre y lágrimas Francia saldrá rejuvenecida y hermoseada, irradiando eterna gloria, para proseguir la misión que su historia le impone.

#### 4. EL MES DE JUANA DE ARCO

*Mayo, 1915*

Tras el prolongado sueño del invierno la tierra se ha revestido otra vez con sus galas. En la amplia plaza pública que se extiende bajo mis ventanas los macizos de brillantes flores alternan con las verdes frondosidades. Los cisnes se deslizan majestuosos por la tranquila sábana de las aguas y en las ramas altas los pájaros cantores, en una suerte de embriaguez se entregan a interminables conciertos. Una suave luz envuelve la totalidad de las cosas en tanto que allá lejos, en el frente de lucha, las humaredas de la batalla serpentean sobre la tierra y oscurecen el cielo.

Estamos en mayo, el mes de Juana de Arco, así llamado porque reúne las fechas de los más memorables acontecimientos de su vida: el 7 y 8, la liberación de Orleáns; el 24, su cautiverio en Compiègne, y el 30, su martirio en Ruán.

Siempre, en esta época del año, mi pensamiento emocionado va hacia la Doncella lorenesa como a un arquetipo de fuerza y belleza moral. Se unen en ella las cualidades en apariencia más opuestas: energía y ternura, firmeza y dulzura, idealismo y sentido práctico. Evoco su genio y medito sobre su sacrificio.

En las circunstancias dolorosas que está atravesando Francia, esta evocación toma un carácter general y grandioso: es el llamado supremo de una nación amenazada, pisoteada por feroz enemigo; es el grito de angustia de un pueblo que no quiere morir y que para vivir implora la ayuda de los poderes celestiales, de las fuerzas invisibles...

Antes de la guerra el culto de Juana era fervoroso, sin lugar a dudas; muchos eran sus fieles. Pero gran número de éstos consideraban los hechos de la vida de la Doncella como historias vagas y lejanas, casi legendarias o, por lo menos, esfumadas por el paso del tiempo. Las tentativas del clero católico, de monopolizar a la Heroína, habían rebelado contra ella a todo un partido político.

La propuesta de crear una fiesta nacional para honrar su memoria dormía desde hacía más de diez años entre los expedientes de la Cámara. Una nube de críticos minuciosos y malévolos se había abatido sobre los pormenores de su historia para discutirlos y denigrarlos o, aunque más no fuese, para disminuir su brillo. Un Anatole France la presentaba a nuestros coetáneos como una mística poco menos que idiota. Un Thalamas llegaba incluso a injuriarla. Hanotaux, en cambio, se refería a ella con más dignidad, pero quería convertirla en el instrumento de las órdenes religiosas mendicantes, lo cual es pura fantasía.

Así pues, del Mesías de nuestro país, admirado y glorificado en el mundo entero, los franceses habían llegado a hacer un tema de polémicas y discordias.

A la hora actual, la situación se ha invertido por completo. Bajo la tempestad de hierro y fuego que hace estragos en la nación, y en medio de la angustia que la oprime, toda Francia dirige sus pensamientos hacia Juana e invoca su socorro. Le piden que por segunda vez salve a la patria invadida.

Acudiendo a tales llamados, desde el seno del Espacio en que se hallaba, se cierne ella sobre nuestras miserias y dolores para mitigarlos y consolarlos. Pero hace más todavía: a la cabeza de invisible ejército, actúa en el frente de batalla, transmitiendo a nuestros soldados la sagrada llama que la abrasa y empujándolos al combate, a la victoria.

Entre los Espíritus que la rodean los hay poderosos y gloriosos, pero con su sublime energía ella domina a todos. La hija de Dios ha tomado en sus manos nuestra causa. ¡Afianzada por esa ayuda en la terrible lucha que sostiene, Francia no sucumbirá!

¿Se sabe todo lo que esos nobles Espíritus han de sufrir, en contacto con la Tierra? Su naturaleza sutil y depurada hace que les resulte penosa su permanencia en nuestro mundo inferior. Necesitan un constante esfuerzo de su voluntad para mantenerse en esta atmósfera saturada de viles pensamientos y fluidos groseros, agravados aún por las vibraciones de las pasiones furiosas que la actual guerra desencadena.

Añadid a ello el horrible espectáculo de las carnicerías, los montones de cadáveres, los estertores de los agonizantes, los desgarradores gritos de los heridos, la vista de las llagas espantosas causadas por las explosiones, así como por todas las máquinas productoras de muerte que los modernos ejércitos utilizan. ¡Qué de punzantes emociones por contener y dominar! No cabe duda de que Juana conoció en la Edad Media escenas de este género, pero ¡cuán pequeñas en comparación con las de ahora! No obstante, reaccionará con energía contra cualquier debilidad porque -ella misma lo expresa- todo se torna secundario, todo se borra ante el objetivo esencial que es menester alcanzar: ¡la liberación de la patria!

La irradiación de la fuerza fluídica de Juana se extiende sobre todos, aun sobre los ingleses, convertidos hoy en nuestros hermanos de armas. Algunos de nuestros soldados, que están dotados de facultades psíquicas, la ven pasar en medio del humo de los combates. Pero todos, intuitivamente, sienten su presencia y depositan en ella su suprema esperanza. De ahí las cualidades heroicas de que se hace gala, esas cualidades que provocan la decepción de los alemanes y el estupor de todos los que (no sin razón aparente) creían en la decadencia irremediable de nuestra casta.

\*\*\*

De la manera misma que domina el siglo quince, la figura de Juana de Arco dominará también nuestra época. En ella y por ella se ha de consumir la unión de la patria. Ayer mismo, como en tiempos de Carlos VII, Francia se hallaba dividida, desgarrada por facciones políticas nacidas de avideces y apetitos inconfesables. En la hora del peligro, todo eso ha quedado en la sombra y ha callado para permitir que el país haga escuchar su voz y apele a los poderes de lo Alto.

Los partidarios mismos del radicalismo y el socialismo, que hasta hace poco venían atacando a Juana de Arco en el Palais -Bourbon<sup>5</sup>, se vuelven hacia ella para honrarla. El 26 de abril el senador Fabre escribía a Maurice Barrés:

"Recibo en estos momentos una carta del señor León Bourgeois donde me dice: «Podéis consignar mi cordial adhesión a la fiesta nacional de Juana de Arco». Y el senador Fabre añadía: "He aquí, pues, que hemos conquistado a Hervé, Clemenceau y Bourgeois. Juana de Arco nos protege. Todos la tendremos".

Algunos políticos consideran ya cercana la hora en que el gobierno, apoyándose en todos los partidos, glorificará en Juana esa unión sagrada que ha hecho posible la obra de la liberación.

En cambio, otros objetan que no se podrá decir ni hacer cosa alguna en honor de la Doncella, en tanto los ingleses permanezcan en territorio de Francia. Ahora bien, para hablar de este modo hay que conocer muy poco el sentimiento que nuestros actuales aliados profesan a la Heroína. Desde Shakespeare le vienen consagrando una admiración que va en constante aumento.<sup>6</sup> Todos los años, en las fiestas de Ruán, figura una delegación inglesa, y ahora que han establecido una de sus bases de operaciones en esa ciudad, no dejan de mantener en la plaza del *Vieux-Marché*, en el lugar mismo del suplicio de la Virgen lorenesa, ramos de flores enlazados con una banda de tela que ostenta los colores británicos.

El pasado 16 de mayo el reverendo A. Blunt, capellán de la embajada inglesa, al depositar una corona de flores al pie de la estatua ecuestre de la Plaza de las Pirámides, decía:

"Venimos, en nuestro carácter de miembros de la colonia británica de París, a depositar algunas flores al pie de la estatua de Juana de Arco, la

<sup>5</sup> Este palacio, construido por el arquitecto italiano GIRALDINI, en 1722, por orden de la duquesa viuda de BOURBON, y ubicado frente a la Plaza de la Concordia, de París, en la orilla izquierda del Sena, es la sede de la Asamblea Nacional de Francia. [N. del T.]

<sup>6</sup> Ver el último capítulo de nuestro libro *Juana de Arco, Médium*. [N. de L. Denis.]

Obra publicada, en segunda edición española, por la Editora Argentina "18 de Abril", de Buenos Aires, año 1969. [N. del T.]

valerosa guerrera de Francia. Reconocemos que su espíritu de patriotismo, de bravura y de sublime sacrificio anima al ejército francés de hoy, y estamos persuadidos de que ese espíritu la conducirá a la victoria".<sup>7</sup>

Hace algunos días, el gran periódico londinense *The Times* consagraba a la memoria de la Doncella de Orleáns un notable artículo, que resume todo el pensamiento inglés acerca de este noble tema. Decía así:

"En toda la Edad Media no hay historia más sencilla y espléndida, ni tragedia más dolorosa que la de la pobre pastorcita que, con su fe apasionada, levantó a su patria de las profundidades de la humillación y la desesperanza, para sufrir después la más cruel e ignominiosa de las muertes, en manos de sus enemigos.

"La elevación y la belleza moral del carácter de Juana han conquistado los corazones de todos los hombres, y los ingleses recuerdan con vergüenza el crimen de que fue víctima.

"Pero el mundo entero no glorifica a Juana de Arco por el amor que profesó a su país, ni por su bravura en la acción armada, como tampoco por sus visiones místicas, sino debido a que, en una época sombría y cruel, probó ella con sus palabras y sus actos que el espíritu de la mujer cristiana seguía existiendo aún entre los más humildes y pisoteados, y ofrecía con profusión incomparables frutos. ¿Hubo jamás una naturaleza más recta, tierna, pura y hondamente piadosa que la de Juana de Arco?

"Incluso antes que obtuviera acceso a la corte del rey y enarbolase su estandarte, en todos lados creía el pueblo en ella. La fuerza de su voluntad, la elevación de sus ideas y la intensidad de su entusiasmo desarmaron toda oposición.

"En cuanto a los prisioneros, es dulce y compasiva con ellos. Aun para los ingleses su alma está colmada de piedad. Los invita a unirse a ella para realizar una gran cruzada contra el enemigo de la cristiandad.

"Y cuando, merced al concurso de algunos traidores hallados entre sus compatriotas, la hacen caer en la trampa y la condenan a una muerte horrible, sus postreras palabras son de perdón para sus propios verdugos".

Un patriota francés no se expresaría mejor. Por supuesto que Juana no odiaba a los ingleses. Quería simplemente "empujarlos"<sup>8</sup> fuera del

<sup>7</sup> Véase *Le Journal*, del 17 de mayo de 1915. [N. de L. Denis.]

<sup>8</sup> DENIS utiliza aquí -poniéndolo entre comillas- el mismo verbo obsoleto que empleaba JUANA DE ARCO: "bouter", y sobre el cual leeMos, en el *Dictionnaire des Synonymes de la Langue Française*, de RENÉ BAILLY (Edición de la Librairie Larousse, París, 1947), la siguiente acotación: "Bouter, palabra antigua que significa empujar, que encontramos en *Molière* y que sobrevive aún en algunas regiones [de Francia], ha adquirido un retoño de vida en las frases copiadas de la expresión de JUANA DE ARCO, que quería *bouter* a los ingleses fuera de Francia". Pero hay algo más, y es la altura de miras y la grandeza de alma que caracterizaban a la Doncella de Orleáns y que se traducen en el lenguaje que usaba. Hoy en día, en todos los conflictos armados se declara públicamente y sin ambages el propósito de destruir al enemigo,

territorio. Como dice *The Times*, soñaba inclusive con asociarlos a los franceses en una empresa grandiosa cuya dirección hubiera ella tomado. Les escribía:

"Si dais satisfacción al rey de Francia podréis aún ir en su compañía adonde los franceses realizarán el más bello hecho que jamás se hizo en pro de la cristiandad".

Cabe preguntarse si su clara visión, atravesando los siglos por venir, no se proyectaba ya entonces hasta los acontecimientos del presente, hasta esta lucha ciclópea de la civilización contra la barbarie, de la cual se reservaba tomar parte.

Por medio de la violencia y el terror Alemania ha querido imponer al mundo su horrorosa *cultura*, esas implacables teorías del *superhombre*, de las cuales Nietzsche se erigió en profeta y que suprimen lo que en el alma humana hay de más noble, poético y bello, esto es, las cualidades caballerescas, y junto con ellas, la compasión, la piedad y la bondad. El Dios del Evangelio, que Jesús nos había enseñado a amar, los alemanes han querido reemplazarlo con no se sabe qué divinidad sombría y feroz, que recuerda mucho menos al Dios de los cristianos que al Odín escandinavo en su *Walhalla* manchado de sangre.<sup>9</sup>

---

"aniquilándolo". JUANA DE ARCO, en cambio, sólo aspiraba a "empujar" a los ingleses, obligándolos a dejar el territorio de Francia. Véase la diferencia. [N. del T.]

<sup>9</sup> Creemos que no está de más recordar -siquiera sea sumariamente- que la fracasada empresa de conquista llevada a cabo por Alemania en la primera gran guerra no concluyó definitivamente con la firma del tratado de Versailles, el 28 de junio de 1919, sino fue tan sólo el primer acto del drama, ya que la filosofía de la "fuerza vital" y la "voluntad de poder" que hace del hombre un "superhombre", debida al filósofo alemán FEDERICO NIETZSCHE (1844-1900), sería luego retomada por ADOLFO HITLER (1889-1945?), autor de *Mein Kampf* ("Mi Lucha"), libro escrito en 1924-25 y que se convirtió en la "biblia" del nacional socialismo, doctrina esta que aspiraba a implantar en el mundo un "nuevo orden" basado en la presunta superioridad de la raza aria. Cuando HITLER llegó al poder, el 30 de enero de 1933, dijo al pueblo alemán: "Dadme cuatro años". Y, en efecto, en 1938 anulaba el tratado de Versailles, conceptuándolo humillante para su país, reocupaba la Renania y se anexaba Austria. Su agresiva política precipitó el tan discutido como célebre pacto de Munich (30 de septiembre de 1938), con la frustrada intención de "apaciguamiento" que movía a las democracias y con el sacrificio de Checoslovaquia. Ahora bien, este "pedazo de papel" nada efectivo logró, por cuanto el Tercer Reich prosiguió su campaña de anexiones forzosas, hasta desembocar en el estallido de la segunda guerra mundial, en septiembre de 1939. Los hechos siguientes serían largos de historiar. Lo que se pensaba iba a ser una "guerra relámpago" (*blitzkrieg*) se prolongó por seis interminables años y fue, en sus resultados, mucho más dramática y catastrófica que la primera gran guerra que da motivo a este libro de LEÓN DENIS, pues abarcando el mundo entero la superó en horrores y concluyó, para Alemania, en un colapso total, en 1945. [N. del T.]

A tales concepciones pertenecientes a otra época, en las cuales un misticismo bárbaro se alía al más grosero de los materialismos, debemos oponer, bajo la égida de la Doncella lorenese, un espiritualismo claro y elevado, hecho de luz, justicia y amor. Ese espiritualismo revelará al mundo la eterna ley que establece la libertad y responsabilidad de todos los Seres y les impone la necesidad de reparar, a través de sucesivas y dolorosas existencias, cuanto mal hayan cometido. Y tras la reparación, dicha ley asegura la elevación y el reparto, para todos, de las alegrías y bienes celestiales, en la justa medida de los méritos adquiridos y los progresos realizados por cada cual.

Tal la doctrina que Juana preconiza, porque no sólo participa ella en la liberación de la patria, sino que desde hace muchos años viene también cooperando a su renovación moral. Todos los que frecuentan los grupos de estudio donde la Doncella se manifiesta conocen con cuánta solicitud vela por esta creencia, sosteniendo a sus defensores y trabajando porque se difunda en el mundo.

Esta virgen inspirada por lo Alto ha cumplido antaño una misión que, andando los siglos, debía servir de ejemplo a todos. Hoy se comprende que el rol de la mujer podría consistir en fortalecer el valor del hombre y suscitar su consagración al país. Claro está que en el seno de la familia la tarea de la mujer es más modesta, pero la educación que imparte al niño debe tender a despertar en él la fuerza y valentía, así como aumentar su amor por la patria y todas las virtudes que de él dimanen. De esta manera veremos desarrollarse las fuerzas de la nación, la fusión de los partidos se tornará más fácil y se posibilitará también la unión de todos en un noble ideal común.

\*\*\*

Divididos en la paz, los franceses se han reconciliado ante el peligro. Ayer escépticos, apelan hoy a las fuerzas divinas y humanas capaces de regenerar la estirpe, a las inspiraciones de lo Alto que vivifican las almas y despiertan las cualidades viriles aletargadas.

Creemos que tal estado de ánimo ha de persistir. En estos momentos hay en nuestro frente de batalla cerca de tres millones de hombres que soportan las mismas fatigas y afrontan idénticos peligros. Es imposible que las pruebas sufridas por ellos no constituyan un lazo poderoso y que, unidos en un mismo pensamiento y por un sentimiento igual, no trabajen en común para poner otra vez de pie a la patria.

En esto los ayudará Juana. Afirmamos que por la Doncella se operará la unión de todos los partidos, porque la Virgen lorenese no es propiedad de ninguno de ellos en particular. Pertenece a todos, pues cada cual encontrará en su vida una razón para venerarla. Los monárquicos glorificarán en ella a

la heroína fiel que se sacrifica por su rey. Los creyentes, a la enviada providencial que surge en la hora de los desastres. Los hijos del pueblo amarán a Juana como a la hija de los campos que empuña las armas para salvar a la patria. Los soldados recordarán que sufrió igual que ellos y que fue herida dos veces. Los desdichados, que padeció todas las amargas y pruebas y que bebió hasta las heces del cáliz de los dolores. Todos verán en la Doncella de Orleans a una manifestación de la fuerza superior, de la fuerza eterna encarnada en un ser humano para llevar a efecto obras capaces de elevar las inteligencias y reconciliar todos los corazones.

## 5. LA JUSTICIA DIVINA Y LA GUERRA ACTUAL

*14 de julio, 1915*

Hace ya un año entero que las pruebas de una guerra sin precedentes se abaten sobre Francia. Un velo de tristeza y de duelo se extiende sobre nuestro país y muchos de nuestros hermanos lloran por sus seres amados que han perecido.

En presencia de tal cúmulo de males es menester proyectemos nuestros pensamientos hacia los principios eternos que rigen a las almas y las cosas. Sólo en el Espiritismo hallaremos la solución de los múltiples problemas que el drama actual plantea. En él beberemos los consuelos capaces de mitigar nuestro dolor.

Perturbados por los acontecimientos que vienen sucediéndose, muchos amigos me preguntan:

-¿Por qué permite Dios tantos crímenes y calamidades?

Ante todo, digamos que Dios respeta la libertad humana, por cuanto ésta es el instrumento de todo progreso y la condición esencial de nuestra responsabilidad moral. Sin libertad -vale decir, sin libre arbitrio- no habría bien ni mal y, por tanto, no existiría posibilidad de progreso. Es ese el principio de la libertad, que constituye a la par la prueba y la grandeza del hombre, puesto que le confiere el poder de escoger y de obrar; es el origen de los esplendores morales para aquel que esté resuelto a elevarse. ¿Acaso no estamos viendo, en esta guerra, a unos que se rebajan por debajo del nivel de la animalidad y a otros que, con su consagración y autosacrificio, alcanzan las alturas de lo sublime?

Reconocemos que para Espíritus inferiores, como lo son la mayoría de los que pueblan la Tierra, el mal es resultado inevitable de la libertad. Pero Dios, en su honda sabiduría y su ciencia infinita, del mal cometido sabe extraer un bien para la humanidad. Colocado por encima del tiempo, domina Él la serie de los siglos, en tanto a nosotros, en nuestra efímera existencia, nos cuesta trabajo aprehender el eslabonamiento de las causas y sus efectos. De todos modos, tarde o temprano y sin lugar a dudas suena la hora de la justicia eterna.

Sucede a veces que los hombres, olvidando las leyes divinas y la finalidad de la vida, resbalan por la pendiente del sensualismo y se hunden en la materia. Entonces, todo lo que constituía la belleza de su alma queda velado y desaparece, dando lugar al egoísmo, la corrupción y el desarreglo en todas sus formas. Tal venía ocurriendo desde mucho tiempo atrás en torno de nosotros. La mayor parte de nuestros contemporáneos no tenían ya otro ideal que la fortuna y el placer. El alcoholismo y la disipación habían cegado las fuentes de la vida. Y para tantos excesos sólo quedaba un remedio: ¡el sufrimiento! Sabido es que las bajas pasiones emanan fluidos

que poco a poco van acumulándose y terminan por resolverse en catástrofes y calamidades: de ahí la guerra actual.

Sin embargo, no faltaron advertencias al respecto. Pero los seres humanos hacían oídos sordos a las voces del Cielo. Dios ha dejado hacer, pues sabe que el dolor es el único medio eficaz para reconducir a los hombres a miras más sanas y sentimientos más generosos. Con todo, ha puesto un freno a la furia del enemigo. Pese a su talento organizador y a su preparación minuciosa, Alemania ha sido detenida en la ejecución de sus planes. Su feroz crueldad y su ambición desmedida han levantado contra ella a los poderes celestiales. Tras el lento trabajo de disgregación del antimilitarismo, la victoria del Marne y el entusiasmo de nuestras tropas sólo pueden explicarse por la intervención de las fuerzas invisibles. Ahora bien, esas fuerzas siguen actuando, de ahí que, a despecho de los sombríos pronósticos de la hora presente, conservemos intacta nuestra confianza en el porvenir.

\*\*\*

Desde el punto de vista material, Dios hubiera podido impedir que se desencadenara la guerra. Pero, desde el punto de vista moral, no podía hacerlo, puesto que una de sus leyes supremas exige que todos -tanto los individuos como las colectividades- suframos las consecuencias de nuestros actos.

Las naciones comprometidas en la lucha actual son culpables en grados diversos. Alemania, por su orgullo insensato, su culto de la fuerza bruta, su desprecio por el derecho y sus mentiras y crímenes, ha suscitado contra ella a las fuerzas vindicativas. Un orgullo excesivo acarrea siempre la caída y la ruina. Fue el destino de Napoleón y será el de Guillermo II<sup>10</sup>. Las responsabilidades de este último son terribles, porque su conducta no sólo ha provocado hecatombes sin precedentes en la historia, sino que pudiera además hacer que Europa pierda el cetro de la civilización. Durante mucho tiempo pudo engañar a la opinión pública, pero no engañará a la justicia eterna.

En cuanto a Francia -lo hemos dicho antes-, su liviandad e imprevisión, su desenfrenado amor por los placeres debían atraerle fatalmente duras pruebas. Subrayémoslo: hubo de ser al día siguiente de un proceso en que

---

<sup>10</sup> GUILLERMO II, Rey de Prusia y Emperador (*Kaiser*) de Alemania, había nacido en Berlín en 1859 y fue proclamado en 1888. Ambicionaba convertir a Alemania en una gran potencia imperialista. En 1918, tras la derrota, desmoronados definitivamente sus sueños de grandeza, se exilió en los Países Bajos y abdicó la corona, pasando allí el resto de sus días. Al fallecer, en 1941, otra vez estaba Alemania comprometida en una aventura bélica destinada, como la anterior, al fracaso. Nótese que la profecía que hace LEÓN DENIS en estas páginas -escritas en 1915-, anticipando la caída del *Kaiser*, tuvo pleno cumplimiento tres años después. [N. *del T.*]

la descomposición nacional se mostraba a plena luz cuando la guerra estalló. Lo que había de peor en nosotros no eran nuestros defectos, sino más bien ese estado de conciencia que no distingue ya el bien del mal: es esa la peor de las condiciones morales. Los lazos de familia se habían relajado hasta tal punto que se consideraba a los hijos como una carga. Por eso la despoblación, resultante de nuestros vicios, nos encontró debilitados y disminuidos frente a un adversario temible. Pero el alma francesa conserva recursos inmensos. De este baño de sangre y lágrimas puede salir revigorizada y regenerada.

Ante la justicia divina no son tan sólo Alemania y Francia las naciones que tengan pendientes grandes deudas. Entre los males que señalábamos los hay que se extienden a Europa entera. En casi todas partes encontramos hombres semejantes a los que existen en torno de nosotros, con la conciencia muerta y que han hecho del bienestar la finalidad exclusiva de su existencia, como ciertos políticos y estadistas que abrigaban la pretensión de presidir los destinos de nuestro país.

A fin de reaccionar contra esas enfermedades de la conciencia y ese bajo materialismo, ha permitido Dios que las calamidades adoptasen un carácter generalizado. Si sólo hubieran sido parciales, unos habrían asistido con indiferencia a los padecimientos de los otros. Para arrancar a las almas de su letargo moral, de su profunda sumersión en la materia, era necesario este suceso desastroso que sacude a la sociedad hasta en sus cimientos mismos. Pero ¿será suficiente la terrible lección que estamos recibiendo? Si resultara inútil, si las causas morales de decadencia y ruina siguieran persistiendo en nosotros, entonces sus efectos continuarían desarrollándose y la guerra volvería a aparecer con su secuela de males. Precisa, pues, que una vez pasada la tormenta, la vida nacional se reanude sobre nuevas bases morales y el alma humana aprenda a desprenderse de los bienes de la materia, a comprender lo nada que ellos significan. De no ocurrir así, todos los sufrimientos experimentados habrán sido estériles y nuestra bella juventud habrá sido segada sin beneficio alguno para Francia.

\*\*\*

¿Alguna vez se podrán abolir, extinguir los odios que separan a los pueblos? Los socialistas lo han intentado, pero su propaganda internacionalista sólo tuvo por resultado un resonante fracaso. Las nobles e inútiles protestas de los pacifistas y sus llamados al arbitraje no nos parecen ya, en el actual conflicto, sino ilusiones infantiles. Bajo el soplo de un viento huracanado las naciones se están lanzando unas contra otras sin pensar en recurrir al tribunal de La Haya.

No menos impotentes se han mostrado las religiones. Dos monarcas cristianos -o presuntamente tales-, o al menos místicos y devotos, han

desencadenado todas las calamidades de esta hora. El Papa mismo no ha sabido encontrar la expresión fuerte que correspondía para marcar a fuego las atrocidades de los germanos.

Con miras a remediar nuestros males haría falta que la educación se renovase por completo, que la conciencia profunda despertara; sería preciso enseñar a todos, desde su niñez, las grandes leyes del destino, con los deberes y responsabilidades a ellas inherentes; se necesitaría que cada cual, desde su tierna edad, fuese penetrado del hecho de que todos nuestros actos recaen fatalmente sobre nosotros mismos, con sus consecuencias buenas o malas, felices o penosas, así como la piedra que se arroja al aire vuelve a caer al suelo. En síntesis, es menester que demos a las almas un alimento más sustancioso y más vivificante que aquel con el cual vienen siendo nutridas desde hace siglos y que ha tenido por resultado la quiebra intelectual y moral de que somos los entristecidos testigos. En tanto las enseñanzas escolares y religiosas dejen al hombre en la ignorancia del verdadero objetivo de la vida y de la gran ley de evolución que la rige por medio de sus existencias sucesivas y renacientes, la sociedad seguirá entregada a las pasiones indignas y al desorden, y la humanidad continuará siendo desgarrada por violentas convulsiones.

Sería tiempo ya de enseñar al hombre a conocerse a sí mismo y gobernar las fuerzas que en él residen. Si supiera que todos sus pensamientos y todos sus actos hostiles, egoístas o envidiosos, contribuyen a acrecentar los poderes maléficos que sobre nosotros se ciernen, alimentando las guerras y precipitando las catástrofes, cuidaría más su conducta y con ello muchos males serían atenuados.

Sólo el Espiritismo podría ofrecer esta enseñanza. Por desgracia, su falta de organización le quita la mayor parte de sus recursos. Queda, no obstante, la iniciativa individual. Dentro de su restringido campo de acción, ésta puede mucho. Todos los espíritas tienen el deber de difundir en su entorno la luz de las eternas verdades y el bálsamo de las consolaciones celestiales, tan necesarios en las horas de pruebas por que atravesamos.

En medio de la tormenta, la voz de los poderes invisibles se eleva para dirigir un llamamiento supremo a Francia y a la humanidad. Si no es escuchado, si no suscita el despertar de las conciencias, si nuestra sociedad se empecina en sus vicios, su escepticismo y corrupción, entonces la era dolorosa se prolongará o se renovará.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> No se prolongó, pero sí se renovó. La precaria paz de Versailles sobrevivió tan sólo veinte años. Pese a los ingentes esfuerzos realizados en el objeto de evitarla, la segunda guerra mundial estalló, para durar más tiempo que la primera y multiplicar su virulencia y salvajismo, gracias al desarrollo de la ciencia y la tecnología, puestas mercenariamente al servicio de la destrucción. [N. del T.]

Pero el espectáculo de las virtudes heroicas surgidas de la guerra nos reconforta, nos llena de esperanzas y de confianza en el futuro de nuestro país. Queremos ver en ello el punto de partida de un renacimiento intelectual y moral, el origen de una corriente de ideas lo bastante poderosa para barrer los miasmas políticos e instituir el régimen que las circunstancias exigen. Entonces, de entre el caos de los acontecimientos saldrá una Francia nueva, más digna y capaz de llevar a cabo grandes cosas.

¡Oh, viviente alma de Francia, despójate de las pesadas influencias materiales que detienen tu impulso y sofocan las aspiraciones de tu genio! ¡En este 14 de julio escucha la sinfonía que de todos los rincones del territorio nacional se eleva, las voces de las campanas que en sonoras ondas escapan de todos los campanarios, las voces de las antiguas ciudades y de los burgos apacibles, las voces de la tierra y del espacio que te llaman y te invitan a reanudar tu marcha, tu ascensión hacia la luz!

\*\*\*

Soldados que en el frente de lucha oponéis al enemigo la muralla de vuestros pechos y de vuestros valerosos corazones, sois la carne de nuestra carne, la sangre de nuestra sangre, la fuerza y esperanza de nuestra estirpe. Las radiaciones de nuestros pensamientos y voluntades van hacia vosotros, para sosteneros en la batalla ardiente que libráis.

¡Escuchad, vosotros también, la armonía que en esta fecha sube de las llanuras, de los valles y los bosques, de las ciudades populosas y de las campiñas recoletas, unida a los sonoros toques del clarín y a los acentos vibrantes de la Marsellesa! Es la voz de la patria, que os dice:

"Vigilad y luchad. Estáis combatiendo por lo que más sagrado hay en el mundo, por el principio de libertad que Dios ha puesto en el hombre y que Él mismo respeta: libertad de pensar y de obrar, sin tener que rendir cuentas al extranjero.

"Lucháis para conservar el patrimonio que nos han legado los siglos, por la casa en que nacisteis, por el cementerio donde duermen vuestros antepasados, por los campos que os han dado alimento, por todos los tesoros de arte y de belleza que el lento trabajo de las generaciones ha venido acumulando en nuestras bibliotecas, museos y catedrales. Combatís para conservar nuestra lengua, ese idioma tan dulce que el mundo entero considera la expresión más nítida y más clara del pensamiento humano. Defendéis el hogar doméstico, donde os complacéis en reposar vuestra mente y vuestro corazón. ¡Defendéis las cunas de vuestros hijos y las tumbas de vuestros padres!

"Soldados, habéis crecido en cuanto a la tierra. Con vuestra firmeza en la prueba y heroísmo en los combates habéis restablecido a los ojos del mundo el prestigio de Francia, tornando más brillante la aureola de gloria que exorna su frente. ¡Ahora, en cambio, debéis crecer en cuanto al Cielo, elevando vuestros pensamientos hacia Dios, fuente de toda fuerza y de toda vida!"

Para vencer no bastan armas perfeccionadas y un poderoso dispositivo material. Son precisos también el ideal y la disciplina. Se necesita que las almas tengan confianza en un porvenir sin límites, y fe esclarecida, y la certidumbre de que una infalible justicia preside los destinos de cada cual.

Otros enemigos tenemos, tan temibles y pérfidos como los alemanes: las funestas teorías que se infiltran en las mentes y los corazones para sembrar en ellos el desaliento y la desesperanza.

Guardaos de los apagadores de estrellas, de los que os dicen que la muerte es el final de todo, que el Ser perece en su totalidad, que los esfuerzos, luchas y padecimientos del género humano no obtienen otra recompensa que la nada.

Aprended a orar antes de entrar en batalla, a apelar a los socorros de lo Alto. Al entregar a ellos vuestras almas los tornaréis más intensos y poderosos.

Desconfiad de los que os dicen: "Las fronteras no existen, la patria es sólo una palabra, todos los pueblos son hermanos". Reims, Soissons, Arras y tantas otras ciudades pueden responder con elocuencia a tales teorías.<sup>12</sup>

¿Nuestros antecesores no construyeron Francia con ellas, a lo largo de los siglos, haciéndola grande, fuerte y respetada?

Cada pueblo tiene su genio peculiar, y para manifestarlo necesita independencia. De la diversidad, de los contrastes mismos que hay entre ellos nace la emulación y resultan el progreso y la armonía.

Soldados, escuchad la sinfonía que asciende desde las planicies, valles y bosques, mezclada con los rumores de las ciudades, los cantos patrióticos y las marchas militares. ¡Desde las selvas de Argona hasta las gargantas de los Pirineos, desde las riberas florecidas de la Costa Azul hasta los vergeles de Turena y los acantilados de Normandía, desde los promontorios bretones batidos por las olas hasta los Alpes majestuosos, la gran voz de Francia entona su himno eterno!

Y más alto aún se eleva su plegaria, la de los vivientes y la de los difuntos, la oración de un pueblo que no está dispuesto a morir y que, en

---

<sup>12</sup> Reims fue devastada en esa guerra y su catedral parcialmente destruida por la artillería alemana. Soissons, ocupada dos veces por los germanos, se vio también arrasada por su artillería. En cuanto a Arras, si bien sufrió los efectos destructivos del cañoneo, no pudo ser tomada por el ejército alemán. [*N. del T.*]

medio de su angustia, se vuelve hacia Dios y pide socorro a fin de salvar su independencia y conservar intactas su gloria y su grandeza...

## 6. EL DESPERTAR DEL GENIO CÉLTICO<sup>13</sup>

Así como un lago que agita la tempestad ve remontar a su superficie las cosas sumergidas en las profundidades de sus aguas, así el drama inmenso que trastorna al mundo hace surgir, con las energías latentes, todas las pasiones violentas, las codicias y los furores que dormitaban en los hondones del alma humana. En esta hora sangrante es placentero reposar el pensamiento evocando las grandes figuras que han guiado, iluminado y consolado a la humanidad. Entre ellas se cuenta Allan Kardec.

Hace unos veinte años recorría yo las playas de Bretaña, esa tierra de granito sacudida por las tempestades y barrida por los ásperos vientos de alta mar. Allí se yerguen los colosos de piedra, los imponentes monumentos megalíticos erigidos por las manos de nuestros ancestros, los celtas, a orillas del océano.

Bien es verdad que Camille Jullian y otros sabios les atribuyen un origen todavía más remoto. Pero, sean cuales hayan sido sus autores, no por eso dejan de representar un gran pensamiento religioso, y los druidas supieron utilizarlos para las necesidades de su austero culto.

¿Hablaré aquí de los célebres alineamientos de Carnac, que en la Edad Media contaban todavía con doce mil piedras elevadas; hablaré del menhir de Locmariaker, hoy roto en tres pedazos, y que alcanzaba una altura de veinticinco metros? ¿Me referiré a los dólmenes y a las grutas funerarias que cubren toda la comarca? ¿Cuántos viajeros han pasado cerca de estos bloques misteriosos sin comprender su sentido! En lo que a mí concierne, siempre me he dedicado a escrutar esa gigantesca biblia de piedra y ella me reveló las creencias de nuestros mayores, tan mal conocidas y tan calumniadas por el catolicismo idólatra: Dios es demasiado grandioso - pensaban ellos- para que pueda ser representado por medio de imágenes. Sólo la Naturaleza, virginal y libre, es capaz de ofrecer una idea aproximada de su poder y grandeza. Toda piedra tallada es piedra mancillada. Únicamente bajo las bóvedas sombrías de las selvas seculares, o desde lo alto de los despeñaderos, de donde la mirada abarca los horizontes inmensos de la mar, puede vislumbrarse el Ser infinito y eterno.

Ya lo sabéis vosotros: los druidas creían también en la pluralidad de mundos habitados, en la ascensión de las almas por el sendero de las vidas sucesivas, y practicaban la augusta comunión de los vivos con los muertos.

En esas fuentes profundas había bebido su genio Allan Kardec, y en iguales ambientes vivió en la antigüedad. No en Bretaña, quizá, sino más bien en Escocia, a estar a las indicaciones provistas por sus Guías. Escocia se hallaba habitada por la misma raza. Son allí numerosos los monumentos

---

<sup>13</sup> Leído en el cementerio del *Père-Lachaise*, el 31 de marzo de 1916, aniversario de la muerte de ALLAN KARDEC. [N. de L. Denis.]

megalíticos, y todavía hoy, entre las brumas melancólicas del Norte, la tradición céltica se cierne sobre sus lagos y montes.

Las facultades psíquicas -y en especial la videncia- son allí hereditarias en muchas familias. Allan Kardec enseñó en esa tierra la filosofía de los druidas. Ahí se preparaba, por el estudio y la meditación, para sus grandes tareas futuras.

Todo en él en su última existencia: su carácter grave, su ardiente amor por la Naturaleza, incluso el seudónimo de Allan Kardec, que él mismo escogió, y este dolmen erigido sobre su tumba en cumplimiento de su voluntad; todo en él -repito- recuerda al hombre del muérdago de la encina<sup>14</sup>, vuelto a esta Galia para despertar la fe extinguida y hacer que reviva en las almas el sentimiento de la inmortalidad, la creencia en las vidas renacientes y la estrecha solidaridad que liga a los mundos visible e invisible.

En este aspecto, demasiado poco conocido, me agrada evocarte, Allan Kardec, ¡oh, Maestro mío! Y en nombre de esos recuerdos comunes vengo a decirte: ¡Inspíranos en el cumplimiento de la obra iniciada, guíanos por el camino que tus primeros esfuerzos han abierto!

\*\*\*

A la hora actual estamos asistiendo a uno de los mayores dramas de la historia, a una nueva invasión de los bárbaros, más de temer que la de los antiguos y que amenaza arruinar la obra de los siglos, hundiendo la civilización.

Pero las cualidades heroicas de nuestra estirpe han despertado: bravura, espíritu de autosacrificio, desprecio de la muerte. Frente al peligro, los hijos de la Galia y los de Gran Bretaña, los de Irlanda y Escocia, todos los celtas, en fin, se han encontrado reunidos para detener la embestida feroz de los teutones. Y junto a ellos está combatiendo también el invisible ejército de sus antepasados. Éste sostiene su coraje, insuflándole ardor y perseverancia en el esfuerzo. Esa ayuda de lo Alto garantiza una pronta victoria.

Una vez pasada la lucha, habrá que encontrar los medios para restablecer moralmente a la patria, apartándola del abismo de males al que ha estado a punto de precipitarse. Antes de la guerra, lo que constituía a los ojos del mundo nuestra debilidad y descrédito, es que nos tenían por un pueblo sin ideal y sin religión. Muy cierto es que la noble y pura doctrina de Cristo, alterada, desnaturalizada, mezclada -con el correr del tiempo- con elementos parásitos y extraños, no nos ofrecía ya una concepción de la

---

<sup>14</sup> El muérdago, planta parásita que se mantiene siempre verde y que vive aferrada al tronco y ramas de algunos árboles, como el peral y la encina, era sagrada para los antiguos galos. De ahí la alusión del autor. [N. del T.]

vida y del destino que armonizase con los conocimientos adquiridos acerca del Universo y sus leyes. De una manera imperceptible, Francia resbalaba en la indiferencia, el escepticismo y la sensualidad. Pero he aquí que una tremenda sacudida nos detiene en medio de esa pendiente fatal. En esta hora de pruebas, todos comprendemos la necesidad de una fe sólida, basada en la experiencia, la razón y los hechos; de una fe que proporcione al alma la certidumbre de un porvenir sin término y el sentimiento de una justicia superior, con la noción precisa de sus deberes y responsabilidades.

Tal vez me pregunten de dónde habrá de venir esta nueva fe. Así como las cualidades viriles de nuestra casta preservarán a la patria de su ruina y destrucción, no de otro modo el retorno a las tradiciones étnicas le restituirá su fuerza moral, preparando su salvación y regeneración. Entonces la obra de Allan Kardec se manifestará en su rol providencial, en su incontestable oportunidad. Porque el Espiritismo no constituye otra cosa que el regreso a las creencias célticas, enriquecidas por la tarea de los siglos, los progresos científicos y las conquistas del espíritu humano.

No hay posibilidad de restablecimiento sin una educación nacional que enseñe a las generaciones el verdadero sentido de la vida, de su labor y objetivo; sin una enseñanza que esclarezca los intelectos, temple los caracteres y fortalezca las conciencias, impartiendo los principios esenciales, elementales, de la ciencia, filosofía y religión. Estos poderes, hasta ahora antagónicos, se fusionarán de esa manera, para mayor bien de la sociedad. El género humano aguarda todavía tal enseñanza, que proveerá al Ser de los medios para conocerse a sí mismo, medir sus fuerzas ocultas y estudiar el mundo incógnito que cada cual lleva en su interior.

Al tomar Francia esta iniciativa, que está de acuerdo con su rol y su genio, se convertirá realmente en la gran sembradora y dará la señal de la manumisión del pensamiento.

Así, la tumba de Allan Kardec será la cuna de la idea nueva, más radiante y más pura, capaz de guiar al hombre a través de las dificultades de su peregrinación terrena.

El mejor medio de honrar la memoria de nuestro ilustre Maestro consiste en impregnarnos de su obra, en comulgar con su pensamiento, a fin de estar más unidos y ser más firmes y resueltos en la voluntad de trabajar por el triunfo y difusión de esa obra en el mundo. Jamás podrá el Espiritismo encontrar momento más favorable que este para poner de manifiesto el poder de verdad, consolación y luz que en él radica. ¿Acaso no hay, en torno a nosotros, un sinnúmero de dolores? ¡Cuántos pobres humanos están llorando la pérdida de sus seres queridos! ¡Cuántos otros hay que han quedado heridos, mutilados o privados de la vista para el resto de sus días! Y ¡cuántas familias arruinadas, despojadas, expulsadas de sus viviendas por un enemigo cruel!

Todos ellos necesitan de nuestras creencias para poder aceptar sus pruebas. La certeza de que algún día habrán de reunirse con los seres amados que perecieron hará menos doloroso, para unos, el tiempo de su separación. El conocimiento de la ley del destino permitirá a otros comprender que sus sufrimientos son otros tantos medios de purificación, elevación y progreso. Nuestra doctrina devolverá a todos la esperanza, confianza y valor. Arrojemos, pues, a manos llenas la simiente fecunda, sin inquietarnos por las críticas y chanzas que se nos dirijan. El que ríe hoy de nuestros principios se alegrará mucho mañana de poder extraer de ellos la fuerza necesaria para sobrellevar sus males.

¡Oh, Allan Kardec, Espíritu del gran iniciador, en esta hora en que las pruebas se derraman sobre nuestra patria, en que la angustia oprime tantos corazones, sostenenos! ¡Sostén a tus discípulos, dales la fe ardorosa que permite superar todos los obstáculos, comunícales el poder de persuasión, la calidez del sentimiento que derrite el hielo del escepticismo y transmite a todos la confianza en el porvenir!

Gracias a ti, ¡oh, Kardec!, gracias a tu obra, después de veinte siglos de silencio y olvido la fe de las antiguas edades reaparece en la tierra de las Galias, y un rayo de luz viene a disipar las sombras del materialismo y la superstición. Kardec, druida reencarnado, tú nos revelaste ese grandioso pensamiento en una forma nueva, adecuada a las exigencias de nuestra época.

Nosotros, hijos de los celtas y herederos de las creencias de nuestros ancestros, te saludamos como a un representante del pasado glorioso de nuestra estirpe, que regresó a la Tierra para restablecer la verdad y guiar al hombre en sus etapas hacia la vida infinita.

En cuanto a vosotros, hermanos que antes que nosotros habéis dejado la Tierra, legión innumerable de los héroes muertos combatiendo por la patria, venid a cerniros sobre todos los que luchan, no sólo por la liberación del suelo nacional, sino además por el triunfo de la verdad; venid a estimular las energías y reavivar en todos el profundo sentimiento de la inmortalidad.

Más alto aún, nuestros pensamientos y voces se elevan hacia Ti, Padre de todos los seres, para decirte: ¡Oh, Dios, escucha el grito de llamada, el grito de aflicción y de angustia, escucha el llanto doloroso, el llanto desgarrador que sube de la tierra de Francia, de esta tierra regada con la sangre y las lágrimas! ¡Salva a nuestra patria de la ruina, la muerte y el aniquilamiento! ¡Infunde a nuestros soldados la energía de que han menester para rechazar a un enemigo cruel y pérfido! No puedes permitir el triunfo de un adversario despiadado que, bajo la égida de tu augusto y venerando nombre, se ha cubierto de crímenes, de embustes y de infamia... ¡No puedes dejar sin castigo el atentado de Reims! ¡No puedes tolerar que esos principios sagrados -puesto que emanan de Ti- que han sido en todo

tiempo el apoyo moral, el consuelo, la esperanza y el ideal supremo de la humanidad, vale decir, la justicia y la verdad, el derecho, la bondad y la fraternidad, sean impunemente violados, pisoteados y aniquilados! Por el amor de tus hijos, por el de nuestros héroes y mártires, ¡salva, Señor, a la Francia de Juana de Arco, de San Luís y de Carlomagno!

## 7. EL DIA DE LOS DIFUNTOS EN LA TRINCHERA

*2 de noviembre, 1916.*

El cielo está sombrío. Una tristeza inmensa envuelve la tierra. Las almas de los que han caído luchando por su patria se ciernen, en legiones incontables, en el Espacio.

En las viviendas solitarias, mujeres en duelo lloran a los desaparecidos. Los huérfanos de la guerra, cuyos padres reposan bajo tierra en las llanuras de Flandes o en las selvas de Lorena, marchan con lentitud hacia los cementerios para poner flores en las tumbas de sus madres muertas por la pena.

Allá, en la trinchera, un joven soldado vigila, atento, y su mirada se extiende en su contorno. Las líneas enemigas se han vuelto silenciosas y el cañón ha callado. La calma de la Naturaleza ha sucedido a los estrépitos de la batalla y a las conversaciones ruidosas de los acantonamientos de retaguardia. Porque aquí el peligro ha hecho enmudecer toda palabra inútil. La cercanía de la muerte impone a todos una gravedad recoleta y hondos pensamientos ascienden de los corazones a los cerebros.

Ese joven soldado es un intelectual, un sensitivo, un espiritista. Hace ya un año que se encuentra en el frente de lucha. Ha tomado parte en muchos combates, ha visto a sus camaradas de armas segados por la metralla. ¿De qué depende su propia vida? ¿No es ella, por ventura, como una brizna de paja en medio de la tormenta? Y, sin embargo, sabe que una protección oculta se extiende sobre él. Siente que una fuerza incógnita está sosteniéndolo.

Igual que todos aquellos cuya vida interior es intensa, ama la soledad. Es para él la gran escuela inspiratriz, la fuente de las revelaciones: en ella se realiza la comunión de su alma con lo Divino.

Sus ojos se demoran con complacencia en la selva próxima, que el otoño ha revestido con sus tintes de púrpura y oro.

El canto de un arroyo llega hasta él, las colinas que bordean el horizonte se esfuman bajo los pálidos fulgores del poniente. De este espectáculo de la Naturaleza emana una paz serena que nada, ni el pensamiento del peligro ni el temor a la muerte, viene a perturbar.

En medio de las sangrientas visiones de la guerra, una hora de contemplación basta para recordarle que la soberana hermosura de la vida, la belleza eterna del mundo, domina desde muy arriba todas las catástrofes humanas, y que las hecatombes, masacres y carnicerías son impotentes para destruir la más mínima parcela de embrión del alma.

Ya la noche se extiende sobre la planicie. Por entre las nubes, algunas estrellas proyectan sobre la Tierra sus rayos temblorosos, cual si fuesen otras tantas prendas de amor, otros tantos testimonios de la solidaridad

inmensa que liga a todos los seres y mundos. Junto con la paz, la confianza y la esperanza descienden sobre su corazón. Claro está que sabrá siempre cumplir con su deber. Se bate para defender a su patria invadida, y por ella soportará todas las privaciones y fatigas. Pero las violencias de la guerra no sofocarán en él el sentimiento superior del orden y la armonía universales.

Como para los celtas, sus antecesores, los cadáveres extendidos -por el suelo no son sino "envolturas desgarradas" que la tierra se apresta a recibir en su materno seno. En las profundidades de cada uno de nosotros subsiste un principio imperecedero contra el cual nada pueden hacer todos los furores del odio y todos los asaltos de la fuerza bruta. De ahí, de ese santuario íntimo, una vez que la tempestad haya pasado renacerá la aspiración humana a la justicia, a la piedad y a la bondad.

\*\*\*

Y he aquí que, en medio del silencio de la noche, una voz murmura al oído del joven soldado, que es médium auditivo, palabras graves y solemnes. Es lo Invisible que, a su vez, entra en escena, para decirle:

"Escucha, amigo cuyo pensamiento ha llegado hasta mí y me ha atraído. A veces te preguntas el secreto de esta terrible guerra y tu razón se siente perturbada ante el espectáculo de los males que ella engendra.

"¡Ay! Para hacer crecer las sagradas mieses hay que roturar el terreno virgen con la cortante reja del arado. Es preciso morderlo con los dientes de la rastra y allanarlo bajo el peso del rodillo. Sólo entonces las divinas mieses, los granos nuevos podrán prosperar.

"Si la guerra se prolonga es porque mediante ella grandes cosas se están preparando y se organizan bajo el aguijón de la necesidad.

"Una guerra demasiado breve hubiera rozado apenas a la humanidad. Su duración y crueldad, las consecuencias que acarrea en lo social, político, religioso y económico, harán que en todas partes se creen nuevos engranajes. De ella resultará una radical transformación de la sociedad, no sólo desde el punto de vista de la vida material, sino también en lo que atañe al ideal espiritualista.

"¡Cuántos corazones lacerados y almas ansiosas acudirán a nosotros para ser consolados y reconfortados! ¡Cuántos intelectos, dedicados a las concepciones frívolas, marcharán hacia las grandes verdades, conducidos por el dedo del dolor! También nosotros estamos impacientes por ver concluir esta matanza, porque nuestros corazones se hallan destrozados por la vista de estos males, de que vosotros conocéis sólo una parte, pero que nosotros presenciamos en toda su magnitud.

"Sufrimos tantas angustias y miserias cuantas vosotros padecéis, y acaso más, porque las vemos mejor, pero tenemos sobre vosotros la ventaja de concebir más claramente los objetivos divinos a que estas mortíferas luchas

obedecen. Sabemos que el género humano no puede ser salvo de una caída irremediable si no es por medio de esta crisis, y vemos ya bosquejarse los indicios de un brillante renacimiento.

"Confiad, pues, en nuestra Francia inmortal y no lloréis a sus muertos. Esta lucha se libra entre los Espíritus celestiales y las potencias del mal, es la de los Espíritus de la luz contra las legiones tenebrosas surgidas del abismo.

"No, Guillermo II, el gran mago negro, el evocador de Odín<sup>15</sup>, no triunfará sobre Francia, que, a despecho de sus errores y sus culpas, siempre ha vuelto su mirada hacia el ideal y hacia la luz...

"Vivos siguen estando vuestros muertos. Todavía combaten por la patria y por la humanidad. Acuden a las trincheras para prestar apoyo a sus camaradas, se inclinan sobre los heridos que han sido abandonados en los campos de batalla, a fin de apaciguar sus sufrimientos y suavizar los horrores de su agonía. Y van a consolar, por medio de la acción de sus fluidos reconfortantes, a aquellos a quienes dejaron en la Tierra.

"A punto de perecer estuvo Francia en el Marne y en Verdun.<sup>16</sup> No obstante, fue salvada, cuando el monstruo se hallaba en plena posesión de todos sus poderes y de su fuerza toda. Ahora, éste ha comenzado a extenuarse, y ya se agota. En balde contrae todos sus músculos, que se relajan poco a poco, y está cercano el día en que el monstruo formidable se desplomará, para no volver a levantarse más, sobre la arena tinta en su propia sangre.

"No podemos ni debemos anticipar fechas. Si bien es cierto que Dios puede decir "basta" al espíritu maléfico, debe sin embargo, dejar al libre arbitrio de las unciones y de los individuos la posibilidad de expresarse. ¡Cuántos países serán juzgados y cargarán el peso de su defección cuando la justicia violada haya sido defendida! ¡Cuántos individuos pagarán caro sus traiciones y cobardías, porque, éstas retrasaron el triunfo del bien y aumentaron el número de víctimas! Tiemblen todos ellos, porque la mano divina les hará sentir su peso.

"Pero no desesperéis por esas deserciones. Francia triunfará. La victoria de los Aliados, gloriosa entre todas, hermoçada por tanto heroísmo y

---

<sup>15</sup> En la mitología escandinava era Odín -también llamado Wotan- el dios principal, algo así como el «Júpiter tonante» de los romanos. Odín presidía la guerra, las artes mágicas, el entusiasmo y la elocuencia, la sabiduría y la poesía, etcétera. Asimismo, distribuía el valor. [*N. del T.*]

<sup>16</sup> El año de 1916, en cuyas postrimerías escribió LEÓN DENIS este capítulo, en Verdun-sur-Meuse los franceses debieron rechazar a lo largo de diez meses las acometidas de los alemanes, a quienes diezmaron, y la heroica resistencia que aquéllos pusieron de relieve en las acciones defensiva y ofensiva causó la admiración del mundo entero. [*N. del T.*]

tantos sacrificios, inaugurará en el mundo una nueva era de justicia, amor y belleza".<sup>17</sup>

---

<sup>17</sup> Comunicación obtenida por el señor H\*\*\*. [*N. de L. Denis.*]

## 8. ACCIÓN DE LOS ESPÍRITUS SOBRE LOS ACTUALES ACONTECIMIENTOS

*Enero, 1917.*

Desde hace dos largos años la guerra viene representando su espantoso drama. Francia ha padecido cruelmente. El peso de sus culpas: liviandad, imprevisión, escepticismo, amor desenfrenado por el placer, ha recaído agobiador sobre ella.

Con todo, nuestra nación no podía perecer. En el transcurso de las hostilidades un eminente Espíritu nos lo declaraba: "Los teutones orgullosos, traidores y criminales no dominarán el mundo".

Al lado de sus defectos, Francia ha manifestado con frecuencia cualidades generosas. En la lucha suprema que está librando no se ha rebajado nunca a los procedimientos aborrecibles de que hacen uso los alemanes, con desprecio de todas las leyes divinas y humanas. La actitud de Francia durante esta tremenda guerra ha sido, para Europa y el mundo entero, motivo de admiración y asombro. Antes que estos sucesos se desencadenaran, nadie podía prever semejante despertar de las virtudes heroicas de nuestra casta. Por el contrario, todo parecía indicar un descaecimiento del carácter nacional. El *affaire* Dreyfus<sup>18</sup> había dejado huellas persistentes y profundas. El pacifismo, el antimilitarismo y las teorías internacionalistas habían trabajado los espíritus. No se creía ya en la posibilidad de una guerra y se buscaba reducir en cuanto fuese posible las cargas y créditos militares. La ley trienal había sido objeto de largas y laboriosas discusiones y, no bien votada, se pensaba ya en atenuar sus efectos.

Algunos suboficiales me expresaban que, en vez de combatir, arrojaban lejos su sable y su revólver. Los oficiales de un regimiento del Mediodía se quejaban ante mí de la falta de patriotismo de sus hombres. De nada servía que mediante conferencias sobre la bandera y los grandes ejemplos que la

---

<sup>18</sup> El proceso DREYFUS fue uno de los escándalos más sonados de fines del siglo anterior y tuvo amplia repercusión internacional. ALFRED DREYFUS (1859-1935), militar francés de origen israelita, fue convicto del cargo de espionaje, degradado y condenado de por vida a trabajos forzados, en 1894. Cuatro años más tarde, al regresar de Roma a París el novelista EMILIO ZOLA (1840-1902), se interiorizó del *affaire* que traía alborotada a toda Francia, en ardiente polémica, y se persuadió de que el condenado era inocente. Inició entonces su famosa campaña de defensa de la justicia, publicando artículos periodísticos –primero en *Le Figaro*, después en *L'Aurore*- y cartas al presidente, a la juventud y al país. Reunió luego esos escritos en un volumen titulado *La verdad en marcha*. ZOLA fue también procesado y se ausentó de Francia, adonde regresó en junio de 1899. Por su parte, DREYFUS logró una ulterior revisión del proceso, en la que volvió a ser condenado, pero esta vez tuvo la suerte de obtener el indulto presidencial. Por último, en 1906, el tribunal supremo anuló aquella sentencia y DREYFUS reingresó al ejército, con el grado de comandante. [N. del T.]

historia ofrece trataran de despertar la fibra entumecida. Obtenían por todo resultado una indiferencia astuta y burlona. ¿No se llegó acaso a decir, en una canción muy difundida, que las balas de nuestros soldados serían para sus generales? La Confederación del Trabajo y los sindicatos ferroviarios amenazaban responder con una huelga a la orden de movilización. En el ínterin, estalla la guerra y, de súbito, un vuelco total se opera en las almas. La movilización se lleva a efecto con rapidez, gravedad y precisión. Los hombres parten hacia el frente con la conciencia de los grandes deberes que tienen que cumplir, con la decisión de llegar hasta el autosacrificio, hasta la muerte misma. Sin vacilaciones dejan el propio hogar, su mujer y sus hijos, a quienes tal vez no vuelven a ver nunca en esta vida.

Durante dos largos años, con firme voluntad que nada hará flaquear, el soldado francés arrostrará la ofensiva del más formidable ejército que el mundo haya visto jamás. Consciente de su esfuerzo y seguro de sus medios, sabe que está sirviendo a la más noble de las causas: la de la patria y la de la libertad.

Así, Francia se ha revelado al mundo con su auténtico carácter. La creían debilitada, disminuida, decadente. No faltaban quienes llegasen a afirmar que su rol histórico había concluido. Ahora bien, en el transcurso de esta gigantesca lucha no ha conocido una sola hora de desesperanza, de desaliento. Las más severas pruebas, las dificultades multiplicadas la han hallado más estoica, más pertinaz en proseguir su tarea inmensa hasta el triunfo del derecho y la justicia.

En medio de combates diurnos y nocturnos, en los cuales desbarataba los minuciosos cálculos y las combinaciones infames de la táctica alemana, el soldado francés estaba poseído de una especie de frenesí místico. Bajo el tableteo de las ametralladoras, en esa tempestad de hierro y fuego, entre las llamaradas y el tufo de los gases asfixiantes, se mostró siempre bravo y ardoroso, dispuesto a realizar cualquier tarea, a todos los esfuerzos sublimes.

En esta gran tragedia, la más terrible que la humanidad haya conocido hasta hoy, Francia representa la fuerza moral de nuestra coligación. La victoria del Marne ha detenido el alud germánico, manteniéndolo largamente inmovilizado y dando con ello a los Aliados el tiempo indispensable para llenar las lagunas de su organización, reparar su imprevisión y, en un esfuerzo común, reaccionar contra el más temible de los dispositivos militares.

Frente a un mundo aterrorizado por la brutalidad alemana, Francia ha retomado y defendido, junto con sus Aliados y contra un adversario trapacero, criminal y desleal, la causa imprescindible de la justicia, de la verdad y de la libertad de los pueblos, el derecho que a todo hombre asiste de vivir y morir libre. Podemos afirmar que Francia ha salvado a Europa del más humillante de los despotismos. De esta manera, se ha ganado por

fuerza la estima y el respeto de la historia, al dar una vez más su sangre y su oro por el progreso y la salvación de la humanidad.

Semejante cambio, esa transformación tan radical ¿pueden explicarse sólo por el despertar de las cualidades vigorosas de nuestra raza, por los recuerdos evocados y los ejemplos heroicos que nos han legado las pasadas generaciones? Por supuesto que hay bastante de eso, pero existe algo más aún: queremos hablar ahora de la inmensa ayuda traída por las legiones invisibles.

Desde el principio de la guerra, gracias a las instrucciones de nuestros Guías hemos podido venir siguiendo, en todas sus fases, la acción de los poderes ocultos que combaten junto a nosotros en pro de la salvación de Francia y los derechos de la eterna justicia.

Por encima de nuestras líneas, en las horas en que se libran los combates, se cierne el ejército innumerable de los muertos, todas las almas de los héroes -famosos u oscuros- que cayeron por la patria. En glorioso vuelo, semejantes a pájaros gigantescos, planean sobre nuestros defensores, sosteniéndolos en la ardiente lucha, vertiendo sobre ellos con energía todas las fuerzas psíquicas, todos los fluidos adquiridos a lo largo de las centurias. Y también ese invisible ejército tiene sus jefes ilustres. A la cabeza de él reconocen nuestros médiums videntes a Vercingetórix<sup>19</sup>, Juana de Arco, Enrique IV y Napoleón, así como a los grandes generales de la Revolución y del Imperio. Esta visión impresiona profundamente a los médiums. Cada uno de nuestros jefes militares en operaciones está secundado por un Espíritu poderoso que lo inspira y guía en la acción.

A veces, todos esos grandes Espíritus se reúnen para deliberar. Sus resoluciones son transmitidas por vía intuitiva a los generales con mando de tropas, que casi siempre las obedecen, en la creencia de que están poniendo por obra sus propias decisiones.

En las horas trágicas, el soldado francés era consciente de esta ayuda de lo Invisible. Sentía que una fuerza superior estaba prestándole apoyo y le infundía la grandeza de su rol. Esa fuerza le expresaba que la suerte de su país dependía de él.

A los esfuerzos de los soldados en acción hay que agregar los que realizan sus camaradas caídos en combate. Porque no duermen bajo tierra

---

<sup>19</sup> VERGINGETÓRIX es para los franceses un héroe nacional. Jefe de los galos, había nacido en la región de Arvernes (hoy Auvergne), hacia el año 72 antes de CRISTO, y se distinguía por su audacia y su elocuencia. Jefe de la coligación de los pueblos galos contra CÉSAR, dirigió la defensa de Gergovia, pero CÉSAR le puso sitio en Alesia, donde VERGINGETÓRIX se entregó al vencedor y fue conducido a Roma, sufriendo un cautiverio de seis años, al cabo del cual fue ejecutado.

- ENRIQUE IV, "el Grande", nacido en 1553 y coronado en 1589, después de cuarenta años de guerra civil pacificó a Francia y fomentó la agricultura, haciéndose célebre su expresión de deseos de cine "cada aldeano pudiera poner todos los domingos una gallina en la olla familiar". Asesinado en 1610 por un fanático de nombre RAVAILLAC. [N. del T.]

los Espíritus de aquellos que, en el curso de veinte meses, han venido siendo segados por la metralla alemana. Los encontraremos entre esa muchedumbre invisible cuyo inmenso oleaje se estrella sin cesar contra el enemigo.<sup>20</sup>

\*\*\*

Ahora, cuando la tormenta amaina y empiezan a aclarar el horizonte fulgores de esperanza, ha llegado la hora de recogerse, de entrar en uno mismo para hacer un examen de conciencia. En este drama terrible que trastorna al mundo ¿no cabe a cada cual algo de responsabilidad? ¿Hemos luchado con toda la energía precisa contra esa descomposición moral que ha sido la causa primera de todos nuestros males? ¿Tratamos de reaccionar contra ese culto del oro, de la fuerza y del éxito, que parecía haberse convertido en la única religión de la humanidad? ¿Hemos defendido siempre los principios superiores de la conciencia y de la vida contra la marea creciente del bajo materialismo?

Muy pocos hay entre nosotros que, llegados a cierta edad y habiendo ocupado una posición social, ejerciendo cualquier tipo de influencia en su entorno, puedan responder en forma afirmativa a tales preguntas.

Entonces, ¿cómo asombrarnos de que seamos heridos en nuestros afectos e intereses y que nos toque una parte del dolor común? Sobre todo para nosotros, los creyentes, es necesario que la gran lección sea provechosa y que el sufrimiento purifique nuestros corazones. El soplo del temporal que está pasando sobre el mundo debe reavivar en nosotros la firme resolución de trabajar por el restablecimiento moral de nuestro país, de hacer despertar en todas las almas la noción de las verdades elevadas, el sentimiento de la vida eterna y la idea de Dios.

Es menester, en fin, que unamos nuestras voluntades y aspiraciones y que la ardiente plegaria que los hijos culpables dirigen a su Padre ascienda de la Tierra hacia el Espacio.

Nos hundíamos cada vez más en la materia. Perdíamos de vista el sentido profundo y el verdadero objetivo de la existencia. Trágicos sucesos han venido a demostrarnos lo precario que es todo en este mundo y a invitarnos a levantar nuestra mirada hacia lo Alto. Esos acontecimientos nos dicen que en la Tierra no tenemos asegurado el porvenir, que los bienes y honores, así como todo aquello que nos seduce y hechiza, se esfuman cual una vana sombra.

Hemos sido creados para la vida infinita y nuestro dominio es el Universo entero. La Tierra no constituye más que una de las etapas

---

<sup>20</sup> Sobre este tema puede consultarse ALLAN KARDEC, *El Libro de los Espíritus*, páginas 273 a 275 (párrafo 541 y siguientes). Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1970. [N. del T.]

incontables de nuestro largo viaje. Pertenece a Dios, del que hemos venido y hacia el que retornamos, perfeccionando y desarrollando nuestro Ser mediante los goces y los sufrimientos, la alegría y el dolor. Nuestro cuerpo es sólo una prisión temporal y la muerte constituye una liberación. La sabiduría consiste, pues, en subordinar siempre la materia al Espíritu, pues aquélla no es sino una apariencia y este último la sola realidad viviente e imperecedera.

Sagrado es el dolor, por ser la austera escuela de las almas, el medio más seguro de purificarse, de elevarse. El dolor representa la reparación del pasado y la conquista del futuro, la posibilidad que se nos ofrece de reunirnos con nuestros bienamados Invisibles, de compartir su vida espiritual, sus trabajos y misiones. Mediante el dolor nuestros destinos se acentúan, se precisan. De ahí que la actual sea una hora solemne para el género humano, y cuyo adelanto o retraso éste provoca. Mancomunados nuestros esfuerzos podemos asegurar la victoria del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, del altruismo sobre la pasión egoísta y brutal, con el objeto de obtener un progreso hacia el reino del Espíritu divino.

Tras el huracán sobrevendrá la era de paz que permita hacer el balance moral de esta guerra. Se verá entonces que nuestros males han dado sus frutos. Los crímenes, perfidias y traiciones de que está lleno el presente suscitarán un sentimiento universal de reprobación y de horror, el cual hará imposible que aquéllos se repitan. Por otra parte, los peligros, privaciones y pruebas pasados en común han acercado los corazones, borrando las diferencias que existen entre religiones y partidos y haciendo definitiva la unión sagrada que la necesidad de los malos días impuso. Todos los hijos de Francia se sentirán hermanos, animados de un mismo espíritu, resueltos a preparar el triunfo de las fuerzas morales y, mediante ellas, el restablecimiento de la patria. Ya un considerable número de jóvenes empiezan a vislumbrar las altas verdades que se alcanzan sólo cuando uno está cargado de años y de sabiduría. Antes de la guerra pasaban por materialistas y gozadores. Pero, bajo la presión de las circunstancias, ante el peligro, frente a la muerte y, sobre todo, durante las largas esperas de la trinchera, su pensamiento ha madurado. Nuevas perspectivas se ofrecen a sus ojos, voces interiores han cantado en su alma, y la vida se les aparece ahora como a través de un prisma desconocido. El Mundo Invisible, que los sostenía en la sangrienta lucha, los inspira en las horas de calma y reposo. Les sugiere un noble y levantado ideal, depositando en sus almas los gérmenes de sagrada simiente.

A este respecto he recibido muchas cartas que provenían del frente y que constituyen otros tantos testimonios. Demuestran una cosa: que se están forjando voluntades cuyo temple resistirá todos los choques y que del caos de los acontecimientos surgen almas selectas. Conscientes de su mérito, imbuidas de la gran ley de los destinos, ningún revés podría

debilitar su fe. Prestas están a cualquier sacrificio, por cuanto su ideal las eleva por encima de todas las pruebas y desilusiones y porque saben que es suyo el porvenir.

En la escuela de la adversidad las generaciones presentes habrán aprendido a arrancarse sus errores y sus vicios. Imprimirán a la vida nacional direcciones nuevas, preparando los elementos para una renovación que restituirá a Francia todo el brillo de su genio y de su prestigio en el mundo.

Así se hace historia, con la colaboración íntima y profunda de dos humanidades: la de la Tierra y la del Espacio. El que observe los acontecimientos en forma superficial y sólo tome en cuenta el plano terrestre los verá sucederse sin orden, sin vínculos entre sí, en una aparente incoherencia que se explicaría por la libertad que Dios nos deja, de obrar a nuestro modo.

Pero, si contemplamos las cosas desde más arriba, distinguiremos mejor el hilo misterioso que las une. A través de la majestuosa marcha de los siglos se vislumbra la obra de la eterna justicia.

## 9. EL ESPIRITISMO Y LAS RELIGIONES

*Febrero, 1917.*

### I

El Espiritismo no es enemigo de las religiones. Antes por el contrario, aporta a ellas poderosos elementos de fuerza y regeneración. Los conocimientos que nos proporciona sobre la vida en el Más Allá, acerca de las condiciones en que se desenvuelve la existencia después de la muerte, así como la certeza que nos da, en el sentido de que leyes justas y equitativas rigen el Mundo invisible, constituyen otros tantos medios de análisis y verificación que nos posibilitan separar, en las religiones, lo que es artificial e ilusorio de aquello otro que es real e imperecedero.

A no dudarlo, los fenómenos del Moderno Espiritualismo, se encuentran en el origen de todas las religiones. Pero al atribuirles éstas un carácter sobrenatural y milagroso, relegándolos a un pasado lejano, han hecho que perdieran toda influencia sobre la vida moral y social. La comunión con lo Invisible sólo era ya una hipótesis, una vaga esperanza: con el Espiritismo, en cambio, se convierte en cierta y permanente.

Vivimos una de las mayores épocas de transición de la historia. Los sucesos que se están desarrollando, las cruentas luchas de los pueblos y los trastornos sociales son el preludio, la preparación de un orden nuevo.

Una vez terminada la guerra, la mente humana escrutará todos sus aspectos. Procederá a un examen en profundidad de todas las fuerzas que han intervenido en los hechos, en el transcurso de estos años trágicos. Entonces comprobaremos que son las ideas las que gobiernan el mundo. El patriotismo, al unir los corazones de los franceses, ha frenado la invasión, limitando sus estragos. El amor al suelo natal ha despertado el heroísmo que, sostenido por los poderosos auxilios del mundo oculto, salvó a Francia. Por eso la idea de patria tendrá que ocupar un lugar preponderante en la enseñanza, en la educación popular. Empero, no bastará con ella. Para terminar con nuestras discordias y rivalidades, con nuestras luchas de clases y de intereses, se requiere ante todo llevar a cabo la unión de los intelectos y de las conciencias. Sin una armonía de las almas no podrá haber armonía social.

Ahora bien, ¿cómo preparar esta unión? Trabajando con ardor, con espíritu de tolerancia y concordia, a fin de acercar los objetivos, aspiraciones y creencias. Dos poderosos medios se nos ofrecen para ello: la ciencia y la fe. Aparentemente hostiles, ambas se concilian y se complementan, como en seguida veremos. Pueden proporcionarnos con facilidad una concepción de la vida y del destino, una noción de las leyes superiores y una base moral, cosas estas que son indispensables todas para

nuestra perturbada sociedad, y sin las cuales la existencia carecería de sentido y estaría desprovista de finalidad y de sanción.

\*\*\*

En lo hondo de toda alma humana existe un retiro, un lugar secreto donde reposa la chispa divina, la parcela de infinito que asegura a cada uno de nosotros la indestructibilidad de su yo. Allí dormitan las fuerzas escondidas, los recursos psíquicos cuyo desarrollo hará más tarde, del ser mezquino, débil e ignorante que somos en el principio de nuestra evolución, un genio apto para las mayores empresas y capaz de desempeñar un rol de gran importancia en el Universo.

La auténtica religión consiste en utilizar esos recursos ocultos, en valorizarlos. Tiene que enseñarnos a poner el Ser interno en comunión con lo divino y de esta suerte expandirlo, liberarlo de las bajas influencias, hacerle adquirir la plenitud de su irradiación.

Una vez que llegue a ese estado espiritual, el alma humana podrá cumplir las más arduas misiones, aceptando con alegría las pruebas más difíciles. Sabrá conservar en los días más sombríos un optimismo y una confianza inquebrantables.

Tal estado de espíritu puede encontrarse en todas las religiones y también fuera de ellas. Ateniéndose a las prácticas rituales de la liturgia y a los diversos dogmas existentes, dentro de los límites en que se encierra por lo general la idea religiosa, se olvida con sobrada frecuencia la fe independiente que se cierne por encima de todos los cultos y no se enfeuda al credo de ninguna iglesia en particular. Esa religión, enteramente personal y libre, cuenta quizás con mayor número de miembros que las confesiones reconocidas, pero la cantidad exacta de sus adeptos escapa a toda evaluación.

Los descubrimientos científicos nos han provisto de una concepción del Universo amplia y grandiosa, pero diferente de la que poseían acerca de él la Edad Media y el mundo antiguo. La experimentación psíquica y el estudio del Mundo Invisible han ofrecido a la vida y al destino del Ser perspectivas sin límites. El hombre se ha sentido vinculado a todos los que piensan, aman y sufren en la infinitud de los espacios. Los moldes de las religiones envejecidas se han roto bajo el triunfante empuje del Espíritu, ávido de conquistar la parte de verdad y de luz que legítimamente le corresponde. No hay ya muchos intelectuales que no se hayan forjado una creencia inspirada en la observación directa de la Naturaleza, liberada de las rutinas seculares y basada en la ciencia y la razón.

Los partidarios de los dogmas sólo quieren ver en dicho sentimiento lo que ellos denominan, con desdén, "religiosidad". Pero lo cierto es que contiene en germen los elementos de esa religión universal, sencilla y

natural, que algún día unirá a todos los pueblos de la Tierra y en la que irán a confundirse las iglesias particulares, no de otro modo que como los ríos se confunden en el mar.

Los hechos actuales tendrán profunda repercusión sobre todas las formas de la actividad social. Tan pronto como la paz haya vuelto a descender sobre el mundo se impondrá una revisión de la totalidad de las causas que concurren a la evolución humana. Y no escaparán las religiones a un análisis crítico y riguroso. Los acontecimientos temibles que se están sucediendo darán la pauta que permita calcular el poder o la debilidad moral de las religiones. No sin algún sobresalto comprobaremos que la educación religiosa de pueblos que con voz muy alta se dicen cristianos, como Alemania y Austria, nada pudo hacer para impedir los crímenes más abominables de que tenga que avergonzarse la civilización. Con tristeza se verá que en estas horas crueles la Iglesia romana casi siempre ha puesto sus intereses políticos por encima de los preceptos del Evangelio y de los sagrados derechos de la conciencia. En cuanto a los adeptos del aislamiento, no se mostraron mejores, y nunca ha sido más evidente que ahora la quiebra de las religiones.

En lo que a Francia toca, al iniciarse la guerra fue estremecida por un gran impulso religioso. Tras nuestros primeros reveses militares en el frente, las aspiraciones elevadas que se hallan en el fondo de su naturaleza despertaron en ella con una necesidad de creer, de saber que la muerte no equivale a la nada, y que por sobre la totalidad de las cosas existe un Soberano Poder, una fuerza inteligente y consciente, capaz de protegernos en la prueba y hacer prevalecer la justicia en un mundo de pasiones desencadenadas. Si ese sentimiento hubiera podido alcanzar el ideal soñado habría constituido el prelude de una renovación nacional. Pero las soluciones propuestas por las iglesias, los magros consuelos que ellas ofrecían a los corazones lacerados, las prácticas rituales que imponen a sus fieles, no respondían ya a las necesidades de la época y el medio. Se les juzgó insuficientes, y así el movimiento religioso fue debilitándose poco a poco.

Sin embargo, el pensamiento sigue estando fijo en dirección al Más Allá. Frente al peligro, bajo el impacto del diluvio de males que nos amenazan, en medio de las ruinas y duelos que van acumulándose, el alma francesa continúa buscando una base sólida, una certidumbre en la que apoyar su fe. Pues bien, sólo la hallará en el Moderno Espiritualismo, lo que es decir, en el Espiritismo. La religión del porvenir se fundará en la prueba científica de la supervivencia del alma, en las demostraciones experimentales y los testimonios de los sabios que han profundizado los problemas de la vida invisible.

En el transcurso de esta guerra el antropomorfismo de las religiones se ha exhibido en su más monstruoso aspecto. El viejo dios alemán no es sino

una evocación de las divinidades bárbaras del paganismo germánico. Tras su mal ajustada máscara cristiana reconocemos los rasgos del sanguinario Odín, que preside las escenas de matanza. Esa concepción de la divinidad confina con el más bajo materialismo y repugna a las almas delicadas, a los Espíritus depurados. No se trata sólo de las acciones de un monarca ávido de dominio universal y de los jefes militares que lo rodean, sino que esa concepción se encuentra en las obras de todos los pensadores alemanes: profesores, pastores y escritores la proclaman a porfía en sus discursos y publicaciones.

Semejante al Jehová del Antiguo Testamento, el vetusto dios alemán protege en forma exclusiva a una raza y sólo ve en las otras un montón de pueblos viles y corruptos, destinados a la ruina y la muerte. De ahí esa mentalidad montaraz que hace de los germanos los supuestos instrumentos de la venganza divina y los incita a una obra de destrucción que llevan a cabo con método.

Conciliando ese grosero misticismo con las teorías de Nietzsche relativas al superhombre, tan difundidas en Alemania, podemos evaluar las funestas consecuencias de una falsa religión unida a una filosofía no menos falaz. No cabe duda de que es bueno desarrollar la "voluntad de poder", conforme a la expresión de Nietzsche, pero con tal que en forma simultánea desarrollemos también la conciencia y las demás facultades de la mente y del corazón: piedad y bondad, respeto a la verdad, al derecho y a la justicia. Sin esto, se rompe todo equilibrio moral en el ser humano y sólo se logra producir hombres orgullosos, déspotas y monstruos, que para triunfar no vacilarán en echar mano de todos los medios, aun los más aborrecibles y criminales. ¡De ahí esta lucha tremenda que se libra alrededor de nosotros y en la que Alemania, a causa de su feroz egoísmo, se está deshonrando a los ojos del mundo y de la historia!

## II

*Marzo, 1917.*

En nuestro país la idea de Dios, oscurecida y desnaturalizada por las religiones, se ha desvanecido en muchas almas. Bastante tiempo atrás se había formado ya en Francia una corriente de escepticismo, que venía minando en secreto las bases de toda creencia e incluso de todo orden social. Han llegado horas dramáticas para nosotros. Bajo la tempestad de hierro y fuego que hace estragos en ella, Francia ha sentido la necesidad de un ideal elevado, de una fuerza moral que torne posible mirar la muerte cara a cara y nos permita sobre llevar sin desfallecimientos todos los golpes de la adversidad. La cercanía del peligro ha impuesto a los más frívolos una gravedad recogida y muchas mentes se han vuelto hacia el Más Allá.

Todo lo cual parecerían ser otros tantos indicios de una renovación espiritual. Desde el fondo del abismo de males por el que resbalamos un grito de llamada se eleva hacia el Cielo.

Las aspiraciones ascienden hacia formas religiosas más altas y puras, capaces de proveer al hombre de medios poderosos para desarrollar lo que en él hay de inmortal y divino. Podrán las concepciones del pasado cooperar a esa regeneración, pero -lo hemos dicho ya- es sobre todo en la ciencia nueva, engrandecida y espiritualizada, donde la religión del porvenir hallará los principios de su fe, los elementos de la certidumbre, porque religión y ciencia sólo se excluyen si se las considera en sus aspectos inferiores. En cambio, se identifican y se confunden en su objetivo esencial, en su fin supremo, que son el conocimiento del Universo y la comunión íntima con la causa de todas las cosas: Dios...

Es posible que, al operarse su evolución, la religión vea debilitarse su carácter colectivo, pero se fortalecerá en cada uno de nosotros mediante el desarrollo del conocimiento y la conciencia individuales.

Basta una mirada de conjunto al Universo para hallarse en presencia de leyes majestuosas, que someten a los seres y las cosas bajo la acción de un Poder Soberano. Ahora bien, no hay ley alguna sin una mente que la conciba y una voluntad que vigile su cumplimiento. En las silentes vastedades del abismo de vida donde gravitan los mundos una Inteligencia preside la ascensión de las almas y la eterna armonía del Cosmos.<sup>21</sup>

Las anomalías, las contradicciones que algunos creen advertir en el estudio del Universo proceden simplemente de la insuficiencia de sus observaciones. Nuestros groseros sentidos, aun complementados por los instrumentos que la industria pone a nuestra disposición, sólo pueden proporcionarnos una vaga idea del conjunto de las cosas.

La ignorancia en que estábamos acerca del Mundo Invisible contribuía, asimismo, a invalidar nuestros conceptos. La revelación de los Espíritus ha llegado con mucha oportunidad para colmar las principales lagunas de nuestro entendimiento. Nos demostró, por ejemplo, que las leyes morales y las físicas se interrelacionan y confunden en un todo armónico. Lo propio ha sucedido con la idea de Dios, que va depurándose y engrandeciéndose.

Para la mente desembarazada de las formas materiales y de los andadores de los cultos Dios no es ya el ser antropomorfo, vale decir, el

---

<sup>21</sup> Nuestros telescopios descubren más de cien millones de estrellas, todas las cuales son -como es sabido- otros tantos soles que, en su mayoría, superan al nuestro en poder y en brillo. Cada uno de esos soles arrastra en su seguimiento un suntuoso cortejo de mundos. ¿Cuál es, entonces, la fuerza que sostiene a esos miles de millones de astros y planetas en el vacío de los espacios y dirige su ronda incesante? La misma fuerza que regula el agrupamiento de los átomos y las afinidades químicas, esto es, la ley de atracción. Pues bien, esta ley pertenece al dominio de lo Invisible. [*N. de L. Denis.*]

hombre divinizado de que nos hablan los libros sacros y los mitos de la antigüedad. No, Dios constituye pura esencia, es un principio y una meta, una causa y un fin. Los Espíritus lo bastante adelantados para poder contemplarlo -y yo, personalmente, sólo conozco uno- lo describen como un inmenso foco de luz cuyo resplandor es casi imposible de soportar y del que emanan las potentes vibraciones que animan al Universo entero.

De él resulta una impresión de majestad, suavizada por efluvios de amor que penetran y conmueven a todos aquellos que se le aproximan.

Con las alas del pensamiento y la oración, en el recogimiento de los sentidos, toda alma puede comunicarse con ese foco eterno y sentir sus radiaciones. Llegados a tales alturas, todos los impulsos del pensamiento religioso se truecan en contemplación y en éxtasis.

En rigor de verdad, por su principio y por su elevado objetivo todas las creencias son hermanas y convergen hacia un centro único. Así como el límpido manantial y el arroyo susurrante van, a la postre, a reunirse en el anchuroso océano, así también brahmanismo y budismo, cristianismo y judaísmo, islamismo y sus derivados, en sus más nobles y puras formas, podrían fundirse en amplia síntesis, y sus preces, uniéndose a las armonías de los mundos, convertirse en un himno universal de adoración y amor...

Al inspirarme en ese sentimiento de eclecticismo espiritualista me ha sucedido muchas veces asociarme a las plegarias de mis hermanos de las diversas religiones. Así, sin atenerme a las fórmulas en uso en tales medios, he podido orar con fervor, tanto en las majestuosas catedrales góticas como en los templos protestantes, en las sinagogas y aun en las mezquitas.

No obstante, mi oración adquiere todavía más impulso y ardor a la orilla del mar, cuando éste es mecido por el ritmo de las olas, así como sobre las altas cumbres, ante el panorama de las llanuras y los montes, o bajo el domo imponente de los bosques o, por las noches, bajo la bóveda del firmamento constelada de astros. Porque el único templo realmente digno del Eterno es el de la Naturaleza.

\*\*\*

Una de las condiciones esenciales de la vida moral es la necesidad en que está cada uno de nosotros de crearse un medio interior donde el alma pueda hallar refugio contra las preocupaciones del mundo, contra los cuidados materiales, retemplándose y volviendo a tomar contacto con la pura esencia de que ella ha surgido.

Ahora, cuando la edad y las enfermedades me privan de los grandiosos espectáculos de la Naturaleza, me he construido, por medio de la voluntad, un templo interior al que mi pensamiento se complace en penetrar en las horas de sosiego y aislamiento, para allí rendir culto a los Espíritus eminentes cuyo genio revelador ha iluminado con su luz las rutas de la

humanidad. En él, merced a un esfuerzo de mi imaginación, me he erigido las estatuas ideales, las imágenes augustas de los mesías, profetas y filósofos más dignos de admiración y respeto.<sup>22</sup>

En medio del santuario resplandece el símbolo sagrado de la Divinidad, al que se dirigen en primer término mis adoraciones. A su derecha se me aparece la grandiosa figura de Cristo, mi maestro venerado, y a la izquierda los mesías asiáticos: Krishna, Buda, Lao-Tsé y Zoroastro, a los cuales suceden las imágenes de los filósofos griegos, desde Pitágoras hasta Platón. Ante ellos me place recitar los versos dorados de la sabiduría antigua.

Detrás de Cristo se colocan los representantes más autorizados de la idea cristiana. Cerca de ellos me repito a mí mismo el Sermón del Monte, que resume y quintaesencia todo el Cristianismo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación"; así como los preceptos de los Evangelios tenidos por auténticos. Pero he cuidado no olvidarme del grupo de los druidas y los bardos. A su cabeza se yergue la alta silueta, la figura imponente de Taliesin. En su presencia recito de buen grado Las Tríadas, ese maravilloso monumento de las tradiciones célticas, cuya ciencia iguala a la profunda sabiduría del Oriente. Por último, tras él, viene Allan Kardec, a quien conceptúo el continuador y renovador de las grandes tradiciones de nuestra estirpe.

Pido perdón al lector por entretenerlo con cosas tan personales, pero es ese, para él, un ejemplo del que puede extraer útiles enseñanzas e inspiraciones saludables. En efecto, en mis visitas cotidianas a esos grandes Espíritus, en los ejercicios que suscita su evocación, esto es, en el hecho de recitar fragmentos de sus obras más célebres, he encontrado siempre el sosiego del alma y la confortación.

Y no veáis, en la diversidad de sus concepciones, la menor contradicción. Bajo sus variadas formas encontramos en cada uno de ellos el mismo impulso, idéntica aspiración al bien, a la belleza suprema, que son otros tantos atributos de Dios y como una irradiación de Él. De su conjunto se desprende una síntesis magnífica que compendia el pensamiento de todo un mundo en lo que tiene éste de más noble y puro; síntesis expresada,

---

<sup>22</sup> En 1917, cuando escribía LEÓN DENIS estas páginas, contaba setenta y un años de edad, y amén de otras dolencias que habían venido minando su salud en los años anteriores a la guerra, se había acentuado la extrema debilidad de su vista. Una operación de catarata a que se sometió no produjo los resultados que anhelaba. Escribe su biógrafo: "Soportaba esta prueba, que implacablemente veía avanzar desde su juventud, con resignación y calma, pero ¡cuánto debía sufrir a causa de ella! No sólo la luz diurna le hacía daño -esa luz que tanto había celebrado-, sino que debía renunciar a la herramienta que le quedaba: su pluma... Sin duda, le suplían en este menester ocasionales secretarios, pero piénsese en la complicación de una tarea a la que con frecuencia se sumaba la dificultad de revisar y corregir las nuevas ediciones". (GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo*. Su vida y su obra, página 154. Editorial Víctor Hugo, Buenos Aires, 1959). [N. del T.]

precisada y fecundada inclusive por el Moderno Espiritualismo, comunión universal que algún día habrá de unir a todas las conciencias y los corazones todos...

\*\*\*

Cuando echamos un vistazo de conjunto sobre la historia de los tiempos modernos, nos parece muy verosímilmente que una de las misiones de Francia consista en crear corrientes de ideas a través del mundo.

Dieciocho siglos después del advenimiento de Cristo, Francia despertó la noción de fraternidad que dormitaba en las almas. Ninguna nación ha trabajado con más ardor por manumitir el pensamiento de sus tutelas seculares, por asegurar los derechos de la conciencia. Ha comunicado la llama de su genio a muchas teorías humanitarias o sociales.

En la lucha actual el rol de Francia ha crecido aún, porque está arriesgando su libertad, su existencia misma para preservar a Europa de un retorno a la barbarie. Con ello se ha granjeado la simpatía y admiración de los neutrales y -a veces también- la consideración de sus enemigos. Antes de la guerra creían y afirmaban que se encontraba en plena descomposición, y he aquí que ahora se levanta hasta la altura de un verdadero autosacrificio.

Cuando el cruento drama a que asistimos haya tocado a su fin, otra labor corresponderá a nuestro país. Esta concordia que une a la totalidad de sus hijos en la hora del peligro deberá él mantenerla y afianzarla por otros medios, vale expresar, mediante procedimientos nuevos de enseñanza y educación. Francia debe iniciar al mundo en los preliminares de la religión del porvenir, de esa religión amplia y tolerante que tendrá por cimiento la ciencia de los hechos y por cúpula las aspiraciones más levantadas y puras del ideal espiritualista.

En tal religión, ciencia y fe hallarán un terreno de acercamiento, una posibilidad de fusión de todas las mentes y corazones. Esa obra habrá de ser, entre todas, la más provechosa para el género humano, porque extinguirá la mayoría de las causas de división y de odio, al orientar los pensamientos y las voluntades hacia esa "suntuosa ruta del alma" de que nos habla Platón, hacia la elevada finalidad de la vida que la Doctrina de los Espíritus nos revela.

Semejante iniciativa permitiría a Francia complementar la victoria de las armas con un triunfo intelectual y moral más bello y fructífero aún. De esta suerte, nuestro país se elevaría al primer rango entre las naciones y merecería la gratitud de todos los siglos por venir.

Nunca las circunstancias habrán sido más favorables que ahora para una renovación religiosa que excluya todo espíritu sectario y de reacción. Del cataclismo de hoy surgirá -así lo esperamos- una sociedad nueva, más

sensata y prudente merced a la prueba sufrida, templada por la desgracia y más unida, disciplinada y consciente de sus deberes y responsabilidades. Pareciera ser que desde ya se está produciendo en los espíritus una evolución. Los hombres han comprendido la índole precaria de las cosas del mundo y encaran con mayor voluntad el problema de los destinos. La muerte viene llamando a tantas puertas desde hace tres años, ha tomado asiento en tantos hogares, que los más indiferentes han debido posar su vista sobre ella y preguntarse quién es este huésped misterioso. Por obra de las reflexiones que su presencia provoca, ha abierto en esos seres una salida hacia lo infinito, hacia lo divino...

Bajo la acción de las pruebas el alma humana se ha tornado más apta para recibir y comprender las verdades superiores. De aquí en adelante, las frivolidades y sensualidades de otrora, las obras decadentes, no podrían ya satisfacerla. Exige alimentos más sustanciosos y fuertes. Los estudios psíquicos, los testimonios de los sabios en lo tocante a la supervivencia del alma, le ofrecerán terreno firme para edificar una morada más digna de ella y de sus fines.

La filosofía se esclarecerá con nuevas luces, tomadas de la doctrina de Allan Kardec. Ya en ciertas escuelas se comprende y se admite que la personalidad humana no se ha formado de golpe, sino ha venido constituyéndose despacio, a lo largo de las centurias. El concepto estrecho e insuficiente de una vida única se sustituye, poco a poco, por el de la evolución del alma a través de existencias sucesivas en lo ilimitado del tiempo.

Nuestra suerte no está asegurada por una gracia especial o por el sacrificio de un salvador, sino por nuestras propias acciones. El Ser consciente se construye a sí propio, al modo del escultor que modela su estatua. Su forma representativa no tiene otro valor que la suma de sus esfuerzos y cuidados. Se ilumina o se oscurece conforme a las radiaciones de sus pensamientos y sus actos. El origen de las alegrías, penas o recompensas reside en él, en sus facultades, en sus percepciones, ampliadas o disminuidas. El destino es sólo la resultante de nuestros comportamientos buenos o malos, y recae sobre nosotros en forma de rayos o de lluvia. Pero todo dolor sufrido es como el golpe de cincel del estatuario, que contribuye a embellecer su obra.

El resultado de nuestra ascensión es un disfrute creciente de cuanto sea grande, de todo lo que es belleza, esplendor, luz, armonía: se trata de una participación progresiva en la vida universal, una cooperación a la obra soberana, en forma de tareas y misiones que van aumentando de manera gradual en importancia y amplitud. En suma, es la plenitud de la dicha en sus tres formas esenciales: virtud, genio y amor...

Nuestra meta principal debe ser la de acercarnos al foco supremo, la de impregnarnos de las radiaciones del pensamiento divino, haciendo cada vez

más estrecha y profunda nuestra comunión con Dios. Por ese medio llegaremos a poseer y conocer la totalidad de las cosas, puesto que todo se resume en Él y en Él vive.

Tal es, en su quintaesencia, la enseñanza que se desprende de la revelación de los grandes Espíritus y que conocen bien todos aquellos que han vivido en su intimidad o recibieron de ellos el pan de vida. Pero esa enseñanza sólo es todavía el patrimonio de un pequeño número de personas y tiene que ser divulgada con profusión, a fin de que los intelectos se esclarezcan, los caracteres mejoren y las almas se eleven.

De ahí que, una vez pasada la guerra, los espíritas deberán sembrar tales verdades a manos llenas, pues el terreno estará preparado a pedir de boca. En su fatigosa labor no se hallarán solos. La inmensa multitud de los Invisibles les presta ya su apoyo y los alienta. Todos cuantos han ofrendado su vida en sacrificio por Francia, todos los que han caído por la causa del derecho se ciernen, en Espíritu, por encima de nosotros. Nos inspiran y nos exhortan a no echar al olvido su noble ejemplo y trabajar, a nuestra vez y con medios diferentes, en pro de la salvación y el restablecimiento de la patria. Se inclinan sobre los corazones contristados, sobre las almas en duelo, para verter en ellos el bálsamo de las consolaciones y de las largas esperanzas. Les aseguran que su afecto no se ha extinguido, que su actividad no ha disminuido, sino, antes bien, sus sentimientos y su vida son más intensos, reales y poderosos que los nuestros.

La voz de los difuntos surge de todas partes, para asegurarnos que más allá de la atmósfera de odio, venganza y horror que pesa sobre nuestro desventurado planeta existe un mundo superior en el que reina la justicia eterna, donde todos los que han luchado, penado y sufrido en la Tierra cosechan el fruto de los males que sobrellevaron; un mundo en el que nos reuniremos algún día para comulgar juntos en la paz sosegada y la divina armonía...

## 10. RESPONSABILIDADES

*Abril, 1917.*

Estamos asistiendo a la ruina de todo un mundo, un mundo de prejuicios y errores, de ilusiones perdidas y esperanzas burladas, de quimeras desvanecidas. Pero, de tal acúmulo de ruinas debe salir un orden nuevo. La muerte engendra vida y los sepulcros, por un camino secreto, conducen a las cunas.

El espantoso temporal que se ha desatado sobre el globo ha sido causa ya de estragos incalculables. Más de diez millones de hombres fueron segados en plena juventud o en su adultez. Pueblos enteros han sufrido saqueos, siendo masacrados o reducidos a la esclavitud. Vastas comarcas han sido víctimas de un pillaje metódico y sus habitantes condenados al hambre y a la más negra miseria, o si no, se vieron obligados a huir de sus viviendas y deambular errantes, sin recursos, por los caminos del exilio. Miles de navíos naufragados yacen en el fondo de las aguas con sus valiosas cargas y los despojos humanos de los que iban en ellos. En torno de nosotros no vemos sino familias en duelo y el espectáculo de los mutilados de guerra entristece nuestras ciudades y campiñas.

No menos considerable es el daño moral experimentado. En ciertos momentos nos preguntábamos si la justicia y la verdad, el derecho, la libertad y la fraternidad, esas radiaciones que descienden del foco divino para iluminar la ruta del hombre, esas fuerzas de lo Alto que nos sostienen en las horas de dolor, podían ser impunemente pisoteadas, ultrajadas, aniquiladas.

Se hubiera podido creer que la fuerza bruta y el embuste, la hipocresía y el odio dominarían el mundo, y hemos sentido pasar sobre nosotros el soplo del abismo. Desde todos los rincones de la Tierra gritos de angustia y desesperación suben hacia el cielo. ¡Esa es la obra de Guillermo II y de su pueblo!

Si queremos remontarnos a la fuente de origen, a la causa moral de tantos males, ¿qué encontraremos? A no dudarlo, en los alemanes un orgullo desmesurado, un ansia voraz de dominio, un exaltado sentimiento de superioridad, que les mueve a desconocer, y aun menospreciar, el mérito real de sus adversarios. Pero hay también otra cosa: aquí tocamos el talón de Aquiles, el punto más delicado y sensible de nuestra civilización, el que la hará siempre inestable y precaria. Porque en tanto esta causa siga subsistiendo, violentas corrientes podrán originarse en el seno de la humanidad y echar a rodar la laboriosa obra de los siglos.

Nos referimos a la falta de datos precisos acerca del objetivo de la vida humana y sus consecuencias en el Más Allá. Pensamos en lo insuficiente que resulta la enseñanza en lo que toca a las leyes superiores y, sobre todo,

a la ley de las consecuencias que acarrearán los actos humanos, las cuales recaen en forma automática sobre nosotros mismos y trazan el rumbo de nuestros destinos.

Ni en la Iglesia ni en la Escuela hallamos, sobre estos puntos esenciales, otra cosa que hipótesis y nociones vagas y confusas, no apoyadas por ninguna demostración positiva, por ninguna prueba cierta.

Sin embargo, hace ya más de medio siglo que el espiritualismo experimental lanza y proclama a los cuatro vientos los principios de una doctrina clara y precisa, resultante de las relaciones establecidas en todos los puntos del planeta con nuestros parientes y amigos difuntos. Esa doctrina, confirmada por innumerables pruebas de identidad provistas por las entidades comunicantes, proporciona al hombre el *criterium* de certidumbre que había venido haciéndole falta hasta hoy.

Ahora bien, ¿qué acogida ha tenido esa revelación providencial y regeneradora? Las iglesias han agotado todos los medios posibles para sofocarla. Las escuelas sólo le han brindado su indiferencia o su desdén. Así pues, privado el hombre de la luz necesaria para iluminar su camino, desprovisto del hilo de Ariadna que podía guiarlo por el laberinto de la vida, expuesto a las contradicciones de los malos pastores, ha dado rienda suelta a las pasiones, a los deseos desenfrenados que rugían en su alma. De ahí los desastres y catástrofes que se multiplican: el mundo está sacudido por espantosas convulsiones.

Imbuida de ese sombrío y grosero misticismo que le es peculiar, Alemania se ha mostrado particularmente refractaria a la nueva corriente de ideas. Los estudios psíquicos son tenidos allí en poca estima y el emperador ha sospechado de todos los funcionarios oficiales que se interesaban por ellos.

Si el siniestro monarca hubiera conocido mejor las condiciones en que se desenvuelve la vida en el Más Allá; si, familiarizado con el Mundo de los Espíritus, se hubiera enterado de lo que espera a cada uno de nosotros y de lo que a él mismo le aguarda después de su muerte, ¿hubiera firmado el decreto de movilización del ejército alemán en esa noche trágica que iba a desencadenar sobre Europa un ciclón sin precedentes?

Sirviéndose de los oficios de un buen médium hubiera podido evocar las sombras ilustres de los genios protectores de la antigua Alemania, los Goethe, Kant, Leibnitz, Fichte, o simplemente al alma de su progenitor, Federico el Sabio. Y por cierto que con sus consejos esos nobles Espíritus hubieran sabido desviarlo de su sangrienta trayectoria.

Si el Kaiser hubiera estudiado, conocido y relacionado con el Mundo Invisible habría podido ver de antemano desarrollarse ante él, como en un cuadro, la suerte que le reserva la inexorable ley. Hubiera visto a su propia alma, tinta en la sangre derramada, franqueando el temible umbral del Más

Allá, mientras surgía ante ella la multitud innumerable de las víctimas de la guerra para acusarlo, agobiarlo y maldecirlo.

En vano trata de retirarse sin ser notado, de huir. En vano busca los sitios oscuros y solitarios: esa muchedumbre lo persigue por doquier y sin cesar en sus amenazas y furores. Y si por excepción su miserable Espíritu descubre algún refugio tenebroso y desolado, se encuentra allí frente a frente con su propia conciencia, que el desprendimiento de la materia ha tornado más imperiosa. Entonces el remordimiento le atenaza y desgarrar... Y voces obsesivas le repiten esta pregunta: "Caín, Caín, ¿qué has hecho con tus hermanos?".

Después vendrá para él la sucesión de los renacimientos, la larga serie de las vidas planetarias donde su cuerpo deformado y su alma degradada habrán de sufrir todas las vergüenzas y escarnios, apurando hasta las heces el cáliz de la amargura, expiando sus culpas mediante existencias oscuras y atormentadas, a lo largo de los siglos. Redimirá su pasado por medio de la humillación, el sufrimiento y las lágrimas.

Si de ese porvenir que aterra vuelve él su mirada hacia el momento actual, si calcula el apoyo y socorro que puede esperar del mundo oculto, ¿qué verá?

En vez de los Espíritus luminosos que protegen a Francia, y en lugar también, del vetusto dios imaginario que concibe su exaltado cerebro, verá cernirse por encima de sus ejércitos la negra legión de los Espíritus de las tinieblas, los reitres y los lansquenets del medioevo, insuflando a sus soldados el odio y la perfidia, ingeniándose por descubrir con ellos todas las combinaciones de una química infernal y asesina. En el espectáculo de las atrocidades que provocan, todos esos agentes del mal hallan la satisfacción de sus violentos y crueles instintos.

Pero, ante esas visiones de horror y de espanto, sintiendo el Kaiser temblar sus carnes y oprimírsele el corazón, hubiera arrojado bien lejos su pluma, a fin de no hacerse acreedor a los golpes del destino implacable. De esta manera, se habría ahorrado a la humanidad la más terrible de las catástrofes.

Pero también Francia tiene su parte en las responsabilidades. Nuestras academias, universidades e iglesias no supieron apreciar las verdades y las fuerzas morales que la Doctrina de los Espíritus les traía. Han rechazado la mano que, desde lo Alto y desde hace cincuenta años, se les tendía para conducir a nuestra nación hacia el venero fecundo y regenerador.

¿Cuáles han sido las consecuencias, sobre la vida contemporánea, de sus complejas y contradictorias enseñanzas? Antes de la guerra estábamos ante el panorama de una sociedad carente de ideal y elevación, de grandeza y hermosura moral. Las generaciones se atropellaban al azar, sin objetivo ni orientación definida, no sabiendo a qué atenerse. Pobres seres inquietos que recorrían el sombrío desfile de la existencia sin una llama en la frente, sin

paz en el corazón, y hundiéndose cada día más en la materia y la sensualidad. El hombre gastaba toda su energía en asegurarse la vida material y sólo desde muy lejos le llegaba la voz del alma que, ella también, reclama su alimento.

En presencia de tantas doctrinas confusas, desprovistas por igual de bases, pruebas y sanciones, las grandes verdades habían ido oscureciéndose y desnaturalizándose poco a poco. El error y la mentira se habían deslizado de manera gradual en toda la vida de la nación, que así se vio falseada por entero, tanto en el orden político como en las relaciones sociales.

Los intelectos y las conciencias sentían, por secreta intuición, que aquellos mismos que tenían la misión de enseñarles la verdad estaban rehusándosela, y entonces se desacostumbraron a ella. Como una consecuencia lógica de, las cosas, toda nuestra forma de vivir, pensar y obrar se vio alterada por tal motivo.

De ahí la hipertrofia del yo, la necesidad irresistible de jactarse, de hacerse ver, de aparentar, de atribuirse cualidades ficticias, méritos imaginarios, que caracterizaban a un número tan elevado de nuestros coetáneos. De ahí el desborde de los apetitos y las pasiones. Ya no se podía, en el curso de una conversación, expresar una opinión vigorosa, un pensamiento elevado y desinteresado, sin provocar sonrisas escépticas y burlonas. La virtud se había vuelto casi ridícula. El adulterio y el libertinaje se miraban con indulgencia. La especulación desvergonzada, los embrollos financieros, las prácticas de los que especulan con los negocios bursátiles y la rapiña, si daban la fortuna no provocaban ya mucha reprobación.

En el terreno político se producía el asalto a los cargos oficiales y al poder. La recomendación y el favor sustituían a las aptitudes. Los mediocres e incapaces se aferraban a los mejores puestos. Con frecuencia se confiaba el gobierno a los menos dignos de ejercerlo. La imprevisión, la mala administración de los recursos y la inestabilidad de los ministerios descalabraban las más bellas obras públicas.

Así, cuando la gran ley moral, la de los deberes y responsabilidades, ha cesado de brillar a los ojos de los hombres, todos los principios que de ella emanan se van esfumando a su vez. En las conciencias se hace noche y el mal extiende su imperio. Y, puesto que la noción de ley es inseparable de la idea de Dios, que es su generador, al paso que se debilita el culto del Poder Supremo, vemos crecer el de la carne y el del vellocino de oro y se acentúa el descenso hacia el abismo de la materia.

Llegó el huracán. Su potente soplo ha barrido hartas vanidades, muchos valores ficticios y juicios falsos. La guerra ha mostrado al desnudo todas nuestras llagas. Ha hecho resaltar las insuficiencias e incapacidades. Puso en el sitio debido a los mediocres que ocupaban ciertas posiciones. No nos cabe duda de que esas nulidades no han desaparecido por completo del escenario político, y demasiado se da cuenta de ello nuestro país, por los

males que está soportando. Pero, por lo menos, se los juzga ya como merecen, son condenados por los corazones y su reinado se extingue.

Al lado de nuestros vicios y defectos dormitaban en el alma francesa cualidades vigorosas, que los acontecimientos han vuelto a sacar a luz. Nuestra desmoralización era más aparente que real, más superficial que profunda. El genio de la estirpe se ha recobrado. Conciencias rectas y valores morales se han hallado en gran número, en especial en el seno de las fuerzas armadas. Con el auxilio inmenso prestado por el Mundo Invisible, aquéllos han salvado el honor de Francia, impidiendo su ruina, su caída, su aniquilamiento.

En páginas anteriores expusimos<sup>23</sup> el muy importante rol que el mundo oculto desempeña en la actual guerra: consignábamos el apoyo constante que presta a nuestros ejércitos. Pero nos hemos dejado algo en el tintero. No se sabrá, no se comprenderá jamás toda la magnitud de los esfuerzos de las energías consumidas por los Espíritus protectores de Francia para sostener a nuestros soldados en la terrible lucha empeñada. No sólo excitan e inflaman su ardor en los combates, sino además, en las largas horas de vigilia y espera que pasan ellos en las trincheras, les inspiran una resignación estoica. Su impetuosidad en el ataque había llegado a ser proverbial, pero he aquí que se revelan ahora en el alma nacional cualidades desconocidas, de paciencia y perseverancia.

Después de dos años de fatigas y padecimientos, nos preguntábamos si nuestros soldados podrían afrontar los rigores de un tercer invierno. Pues bien, el hecho es que soportan con igual coraje las ráfagas de artillería, las bocanadas de gases asfixiantes y, en ciertos días, hambre, frío y humedad – esta última generadora de tantas enfermedades-, e incluso el contacto con insectos repugnantes.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> Véase el Capítulo 8. [*N. de L. Denis.*]

<sup>24</sup> Durante el primer conflicto mundial a que se refiere el autor, el problema de los insectos parásitos que atacan al hombre y a otros mamíferos era en extremo grave, a causa de las prolongadas permanencias de los combatientes en el ámbito infecto e insalubre de las trincheras. Precisamente por entonces reapareció en Servia, con toda virulencia, la fiebre tifoidea, que había asolado antes a Gran Bretaña, donde se la conocía como “fiebre de las cárceles”. Esta afección, para la que no se disponía de remedios en aquella época, era consecuencia de las placas de parásitos que atormentaban a los soldados, y a los une el científico británico SIR ARTHUR SHIPLEY, catedrático en Cambridge, denominaría años después “los pequeños horrores de la guerra”. Hubo que aguardar a que estallase la segunda conflagración mundial para encontrar un paliativo eficaz, un recurso seguro contra ese tipo de insectos, y éste fue el DDT, que al ser aplicado, en el norte de África, a las fuerzas británicas en operaciones, cooperó en gran medida a mejorar el estado sanitario de las tropas. Pero lo curioso del hecho reside en la particularidad de que la fórmula del DDT, como síntesis química, databa del año 1874, fecha en que un joven químico alemán, de nombre ZEIDLER, la utilizó como tema de una tesis suya presentada a la Universidad de Estrasburgo, ¿Cuántos sufrimientos no se hubiera ahorrado a los millones de hombres que soportaron el peso agobiador de la gran guerra si se hubiesen

En 1870-71, enrolado como voluntario, pude comprobar que la mentalidad de las tropas era muy diferente. Pero en aquel entonces el Mundo Invisible no nos prestaba apoyo con sus fluidos poderosos y Francia fue derrotada.<sup>25</sup>

Como decíamos antes, al rojo fulgor de los acontecimientos han aparecido todas nuestras miserias morales, la debilidad de los caracteres, la desnudez de las conciencias, cuanto en nuestra sociedad era vano, artificial y embustero. Por haber falseado la verdad en casi todo, en las transacciones, la enseñanza y la política, estuvimos a punto de sufrir, como castigo, la mentira en lo que tiene ella de más aborrecible. El emperador alemán no ha cesado de mentir, en detrimento nuestro, a la faz del Universo, invocando el nombre de Dios. Desde entonces, la verdad, ha mostrado ser el único medio de asegurar la lealtad y la dignidad en las relaciones humanas.

Por otra parte, los ejemplos heroicos de nuestros combatientes han tenido inmensa repercusión en el país entero. Su sacrificio al deber, su abnegación ante el sufrimiento y la muerte eran tales como para avergonzar a los egoístas y a los gozadores que no estaban en el frente. Su obra esencial consiste en liberar el territorio, no cabe duda, pero trae consigo, asimismo, una gran lección moral. Desde este punto de vista se proponen proseguirla, inclusive en la postguerra.

Es esto, al menos, lo que resalta de gran número de cartas significativas enviadas desde el frente. Quieren que un gran soplo de pureza barra la densa atmósfera que vela nuestras miradas y nos oculta realidades temibles. Sueñan con un noble ideal, con una sociedad espiritualizada en que la vida del alma tenga libre expansión. En las horas dramáticas, como en un relámpago, o bien de modo gradual en la prolongada espera de las trincheras, han entrevisto la ley soberana que hace recaer sobre cada uno y sobre todos las consecuencias de los actos realizados. Comprendieron que por haber durante mucho tiempo aceptado y acariciado las antiverdades

---

descubierto antes las propiedades insecticidas de esa sustancia, que a la sazón no se conocían?  
[N. del T.]

<sup>25</sup> Alude LEÓN DENIS a la guerra franco-alemana de esos años, donde los franceses fueron vencidos por el enemigo en Metz y en Sedan, desmoronándose el Imperio y capitulando París, el 28 de enero de 1871. Obligada Francia a pedir el armisticio, el tratado de Frankfurt (Frankfurt-sur-le-Main), suscrito el 10 de mayo del mismo año, le impuso una onerosa contribución de guerra y la pérdida de Alsacia -a excepción de Belfort- y de parte de la Lorena. El autor de este libro tenía entonces veinticuatro años de edad, pero ya su vista era deficiente, por lo que al principio fue exceptuado del servicio. No obstante ello, se enroló como voluntario -según lo declara en el párrafo que acaba de leerse- y mostró notables cualidades en una profesión que hasta la víspera misma le había sido desconocida. Tan cierto es esto, que era subteniente cuando se firmó el armisticio. Para más detalles acerca del tema véase GASTÓN LUCE, *León Denis, el Apóstol del Espiritismo*. Su vida y su obra, página 22 y siguientes, edición citada. [N. del T.]

hemos debido sufrir las mentiras del extranjero, más pesadas y groseras. Han comprendido también que por haber buscado en exceso la vida fácil, la existencia dorada por la fortuna y los placeres, hemos tenido que soportar privaciones y miseria. Sienten, por último, que esa visión, esa comprensión de las cosas superiores debe penetrar en el pensamiento y la conciencia de todos si queremos detener a nuestro país en la pendiente fatal por donde está resbalando.

Claro que esas almas generosas sólo constituyen una pequeña minoría dentro del conjunto de la nación, pero pueden ser como la levadura que hace leudar la masa. Numerosos son los adversarios de toda espiritualidad y querrán, por todos los medios a su alcance, conservar su imperio. Tras haber expulsado al invasor, habrá que luchar aún contra las influencias perniciosas, las oposiciones y las rutinas de dentro de nuestro país. Por encargarse de educar a la niñez se librarán, sobre todo, las más vivas luchas, porque el que dispone del niño se asegura el porvenir.

¿Estará la educación oficial a la altura de su tarea? Nos permitimos dudar. No obstante, sus inspiradores deberían comprender que con negaciones o con ayuda de una moral nebulosa y desprovista de sanción no se logrará rechazar las tentativas del oscurantismo y rehacer la conciencia del pueblo.

Justamente entonces podrá el Espiritismo intervenir y desempeñar su rol providencial. Viene a ofrecer, a la vez, a la educación popular el cimiento y la cúpula que le hacen falta, esto es, la prueba sobre la cual descansa todo el edificio de nuestros conocimientos, y la doctrina moral que constituye su pináculo y asegura su armonía. Pero ¿no forma parte, acaso, del destino de los enviados divinos, el ser desdeñados y puestos en ridículo en grado sumo? Pues bien, no escapa el Espiritismo a esta regla. Con todo y eso el acúmulo de testimonios, la adhesión de hombres eminentes, que poco a poco le van haciendo lugar en la ciencia inglesa, terminarán sin duda por impresionar a nuestro país. Se llegará a admitir la sobrevivencia del Ser y su evolución mediante los renacimientos, no de otro modo que como se cree en todos los axiomas científicos; por ejemplo, en los movimientos de la Tierra, sin haberlos personalmente comprobado.

En el ínterin, a todos nosotros, -y en especial a los padres, a los cabeza de familia- corresponde velar porque el intelecto y la conciencia de los niños no sean falseados por una enseñanza de tipo sectario o carente de principios elevados.

Pero, después de la contienda armada, ¿seguirán siendo las cosas iguales a como eran en la preguerra? Bajo la acción irresistible de los sucesos un trabajo mental se habrá operado en gran número de individuos. Muchos prejuicios y falsos puntos de vista habrán sido barridos. Es prudente no desesperar de nada ni de nadie, En efecto, ¡cuántas mentes se encontrarán liberadas del yugo que hasta hace poco soportaban! ¡Cuántas conciencias,

removidas en sus profundidades, rechazarán los artificios y convenciones pueriles que frenaban su impulso hacia una luz más viva!

Pareciera que la voluntad de Dios consista en que el mundo se reforme y se regenere por medio del dolor. Nunca como ahora volverá a ofrecérsenos ocasión tan propicia. Sepamos aprovecharla para difundir en todos los ambientes la gran doctrina espiritualista que ha de poner en pie a la humanidad.

Además del Mundo Invisible, en nuestra ardua labor de propagandistas de la doctrina tenemos dos compañeros de lucha que nos estimulan sin cesar y nos impulsan hacia adelante: el deber y la verdad. A lo largo de cuarenta años hemos venido trabajando junto con ellos, ya sea por medio de la pluma o bien con la palabra. Al comienzo, sobre todo en nuestra acción como conferencistas, cosechábamos más sarcasmos que aplausos. El Espiritismo era tenido entonces por cosa ridícula. Pero de una manera paulatina la opinión pública se ha ido tornando más accesible: consentían en escucharnos, sin extraer, empero, mucho beneficio de nuestras enseñanzas. Hoy, en cambio, además de escuchar; reflexionan, estudian y comprenden... Mas esto no resulta suficiente aún: es menester que el conocimiento de las leyes superiores se traduzca en actos.

Más adelante se nos rendirá plena justicia. Caerán en la cuenta de que si se hubiese conocido y respetado siempre la ley inmanente de las responsabilidades, muchos males, hartos desfallecimientos y caídas se habrían evitado. Día vendrá en que, midiendo toda la magnitud y repercusión de las faltas cometidas, se pondrá en la picota de la opinión pública a los dirigentes de toda índole -epicúreos, gozadores, corrompidos y corruptores- cuyos comportamientos nos han llevado hasta el borde mismo del despeñadero.

Pero los sacrificios realizados, ora en la lucha misma, ora en el alivio de las miserias comunes, rendirán sus frutos. De la sangre derramada despuntará una floración de nuevas virtudes.

Vivimos uno de esos momentos solemnes en que, en el crisol de los acontecimientos, la historia vuelve a fundir a la, humanidad. Los Aliados intentan un supremo esfuerzo para conquistar una vida más noble, más digna del alma y sus destinos. Tengamos confianza en los designios de Dios en cuanto a nuestro país. Francia se está purificando por medio del dolor. ¡Los sufrimientos infinitos que sus hijos han padecido no serán estériles!

## 11. LA HORA DEL ESPIRITISMO

*Junio, 1917.*

La vista del espacio, la contemplación del firmamento en las apacibles horas de la noche, despiertan en nosotros una especie de respetuoso temor.

La sensación de las distancias, la multiplicidad de los focos luminosos que en él resplandecen, el pensamiento de que cada uno de ellos es un sol, un sistema planetario, y que más allá de los límites que nuestra mirada es capaz de abarcar otras legiones de astros hay, que gravitan hacia el infinito en el seno de los abismos, todo ello se enseñorea de nosotros, agobiándonos. Comprendemos entonces cuán grande es nuestra debilidad, nuestra impotencia, frente al incalculable Universo.

Y una impresión semejante -mezclada esta vez con la angustia- experimentamos en presencia de los sucesos formidables que se operan en la Tierra, en torno de nosotros. En medio del huracán nos sentimos cual briznas de paja arrebatadas por las altas olas del océano. La causa visible de todos estos males es la ambiciosa y feroz Alemania; pero, por encima del libre arbitrio de las naciones, una intuición segura nos revela la existencia de algo misterioso e infinitamente poderoso, que del caos de las pasiones desatadas sabrá hacer surgir el orden y la regeneración de la humanidad.

Los imperios rapaces soñaban con dominar y sojuzgar al mundo, y he aquí que violentas correntadas arrastran a todos los pueblos hacia la libertad. Incluso en aquéllos están minando a las calladas los tronos y las instituciones seculares. La meta de nuestros enemigos consistía en asegurar por siempre la riqueza y gloria de los germanos, y lo que ahora se viene preparando es su vergüenza y también su ruina. A través de las tinieblas que sobre nosotros pesadamente se desploman vislumbramos el amanecer de un nuevo día. Una vegetación inesperada va a brotar y florecer sobre ruinas y tumbas...

Es llegada la hora del Espiritismo. En los tiempos de pruebas por que atravesamos, trae esta doctrina consuelo y esperanza a las almas desoladas, a cuantos lloran la pérdida de sus seres queridos, y a todos aquellos, también, cuyos hijos están en el frente de batalla: esos hijos amados a los que dispensaron tantos cuidados y solicitudes y por los que sintieron tantas aprensiones. Son incontables los que el dolor oprime y que experimentan la necesidad de una confortación, de un auxilio moral. Todas las naciones que están ahora combatiendo por la libertad del mundo, por el derecho de los débiles y por la justicia, han visto a la flor y nata de sus juventudes segadas por la metralla, y esas pérdidas crueles repercuten en profundas y dolorosas vibraciones hasta en el corazón mismo de nuestra estirpe.

Nunca la humanidad tuvo mayor necesidad de una doctrina que le preste apoyo y le dé aliento en las horas trágicas. El Espiritismo ofrece su rayo de luz a todas las almas ensombrecidas por la tristeza y la desesperación. Extiende su bálsamo consolador sobre todas las heridas.

Por eso la guerra, al paso que es causa de ruinas innumerables, por el exceso mismo del sufrimiento que provoca podrá tornarse en la ocasión para un restablecimiento moral. Una de sus secuelas imprevistas es la de que ha intensificado la comunión que liga al mundo de los vivos con el de los difuntos. La mayoría de los que combaten en el frente tienen conciencia de la poderosa ayuda que del Más Allá están recibiendo. Pero la atribuyen al estado de exaltación que experimentan a la hora del peligro, a la valentía y confianza inquebrantables que no los abandonan nunca, creando en ellos una mentalidad muy diferente de la que impera en la retaguardia. Sobre este punto he recibido cartas tan afirmativas como numerosas.

Un episodio que ha llegado a ser célebre hace este hecho todavía más tangible. En medio de una furiosa escaramuza de trincheras el lugarteniente Péricard lanza este llamado sublime:

-¡De pie, los muertos!

En su carta a Maurice Barrés, el protagonista define el sentido de sus palabras:

"El grito no es sólo mío, sino de todos nosotros. Cuanto más identifiquéis mi rol con el de la masa de los soldados tanto más os acercaréis a la realidad. Tengo la convicción de no haber sido más que un instrumento en manos de un poder superior".

Volvemos a hallar ese sentimiento en muchos de nuestros contemporáneos. Empiezan a comprender que hay dos mundos en el nuestro... Detrás del que se ve existe otro -el más genuino, seguro y duradero-, en el que se despliegan todos los esplendores de la vida inmortal. De ahí que cada vez más se manifieste la necesidad de saber y creer, de ligarse a lo que hay de elevado y estable, de permanente en el Universo.

De todas partes me notifican la formación de grupos espiritistas, integrados especialmente por intelectuales: preceptores, institutrices, profesores, oficiales en retiro, etcétera. La circulación de nuestros libros, folletos y revistas se ha hecho más intensa. Nuestros adversarios se han inquietado ante tal situación: la Iglesia católica movilizó a sus mejores predicadores. Pero las conferencias del padre Coubé, unidas a la acción de Dickson, y que se podían creer arregladas de antemano, no han obtenido el resultado que se esperaba. La tesis del primero de los nombrados, acerca de la intervención del demonio en los hechos del Espiritismo, y los groseros trucos de que echó mano el segundo, han provocado la sonrisa de sus

oyentes, e incitaron la curiosidad del público, atizando su deseo de estudiar nuestra doctrinas y experimentar los fenómenos que obtenemos.

Así pues, nuestros contradictores, en su malevolencia, han marchado exactamente en contra de la meta que se habían propuesto alcanzar. Intentando sofocar la verdad, sólo han logrado darle más libre vuelo. Hace alrededor de cincuenta años el obispo de Barcelona, al proceder a la quema, en lugar público, de los libros de Allan Kardec, no consiguió otra cosa que llamar la atención de las gentes sobre el Espiritismo. En aquella época nuestros adeptos españoles eran escasos. Hoy, en cambio, Cataluña es una de las comarcas del mundo donde los espíritas son más numerosos.

Por su parte, Inglaterra nos está ofreciendo un grandioso espectáculo. La iniciativa, tenacidad y perseverancia que ha venido manifestando en la guerra, volvemos a encontrarlas en el terreno científico, en la investigación metódica de las causas y efectos de los fenómenos mediúmnicos. Sus sociedades de estudios psíquicos son las mejor organizadas y las que obtienen resultados más brillantes.

Los nombres de los sabios ingleses que se han pronunciado en nuestro favor constituyen ya una verdadera pléyade. Se lescita a menudo. Digamos tan sólo que el de Sir Oliver Lodge luce en estos momentos con vivo resplandor. Tras los resonantes discursos que pronunció, acaba de publicar un libro sobre su hijo Raimundo, muerto en Flandes, y acerca de las manifestaciones espiritistas que han tenido lugar a posteriori del deceso del joven oficial.

Esa obra produjo en todo el Reino Unido profunda sensación. Ganó para nuestra causa a muchas almas sometidas por la guerra a pruebas dolorosas, la mayor parte de las que están llorando a los seres queridos que cayeron en la encendida lucha.

De esta manera, la brecha que a la hora presente hacen los ingleses en las líneas enemigas, la han hecho asimismo en el dominio moral, en el conocimiento del Más Allá. En gran medida deberemos a ellos el triunfo definitivo del Espiritismo en el mundo.

Sin embargo, no nos mostremos injustos con nuestros propios sabios. Bien es verdad que la ciencia francesa se ha manifestado durante mucho tiempo hostil a los estudios psíquicos. Cuando accedía a ocuparse de ellos, era casi siempre para desvirtuarlos y atribuirles causas ilusorias. Pero entre ellos mismos han aparecido clarividentes, precursores, para señalarles el camino seguro. A su cabeza hallamos al ilustre astrónomo Camille Flammarion.

Vienen después el profesor Charles Richet, el rector Boirac, el abogado general<sup>26</sup> Maxwell, y otros.

---

<sup>26</sup> Funcionario del ministerio público que sustituye a los procuradores generales, sobre todo en lo que concierne al servicio de las audiencias, en el tribunal de justicia y cortes de apelaciones. [N. del T.]

Y no olvidemos a aquellos que han pasado a lo Invisible y continúan desde allá prestándonos su concurso: el coronel de Rochas<sup>27</sup> y el doctor Paul Gibier. Ante su ejemplo y bajo la influencia creciente de las afirmaciones que provienen del otro lado del Canal de la Mancha es imposible que nuestros sabios no renuncien a su indiferencia y rutina para abordar con franqueza el terreno de la experimentación sincera y leal. A ello los invita la voz de todo un pueblo que reclama su parcela de verdad y de luz.

El Espiritismo no tiene nada que temer de sus adversarios, pero debe temerlo todo de sí mismo, esto es, de los abusos que pueden provenir de una falsa interpretación de los fenómenos y una mala dirección impresa a las experimentaciones. Al mismo tiempo que nuestras creencias se difundían y se ponían al alcance del público, se han visto surgir serias dificultades. Al lado de los miles de almas a quienes el Espiritismo consoló y reconfortó, llamándolas al sentimiento de una vida más elevada, al de los deberes y responsabilidades, se producían casos de obsesión, exaltación y alteraciones mentales, y a veces han llegado hasta nosotros gritos de alarma a causa de estos hechos.

Así pues, igual que todas las fuerzas de la Naturaleza, el Espiritismo ofrece peligros. Todo aquello que sea poderoso para el bien puede ser asimismo -conforme al uso que se haga de ello- poderoso para el mal. Algunos críticos sólo quieren ver los lados malos del Espiritismo y, para combatirlo, los exageran... Descuidan tomar en cuenta la influencia bienhechora que emana de su doctrina y de la práctica de sus enseñanzas. Toca a los espíritas esclarecidos desarmar esta táctica y lograr que se rinda justicia a nuestra causa, haciendo resaltar su noble y elevado carácter.

Tanto en el Mundo Invisible como en el nuestro el bien y el mal se equilibran y proyectan su acción sobre los humanos que la provocan o

---

<sup>27</sup> El coronel ALBERTO DE ROCHAS -a quien se refiere con más extensión el autor en el Capítulo 17- llevó a efecto una completa serie de experimentos de regresión de la memoria con sujetos que sometía a trance hipnótico cada vez más profundo, haciéndoles retroceder paulatinamente en el tiempo hasta llevarlos a su infancia, nacimiento y estado intrauterino. Cuando, llegados a este punto, los sujetos daban un nuevo paso atrás, surgía de súbito una personalidad distinta, en ciertos casos diametralmente opuesta, y por lo general de un individuo adulto, anciano en ocasiones, lo que a todas luces era una confirmación de la teoría reencarnacionista. DE ROCHAS expuso estos hechos extraordinarios en un libro casi olvidado hoy y que llevaba por título el de *Las vidas sucesivas*, y a pesar de que con posterioridad a él la hipnosis continuó progresando y ganando terreno en la opinión de una manera creciente, los experimentadores que le han sucedido prefirieron volcarse al campo de la hipnosis clínica o hipnoterapia, dejando a un lado el camino que inició aquél. Hoy en día, en algunos libros modernos sobre la especialidad se mencionan, como al desgaire, los experimentos de ALBERTO DE ROCHAS sobre la regresión de la memoria, pasándose en seguida a otra cosa, sin atribuirles la vital importancia que revisten. [N. del T.]

atraen a sí. El estudio serio del Espiritismo exige ciertas cualidades, espíritu cultivado, juicio certero, autodomínio, constancia y perseverancia incansables. La investigación de los fenómenos en sí mismos, la manía o entusiasmo por los hechos psíquicos sin su complemento moral, no constituyen sino una especie de profanación de la muerte.

El Espiritismo no es tan sólo una ciencia, es también una revelación, una obra de verdad y de luz. Se dirige a la vez a la inteligencia y al corazón. Tiene, como un gran edificio, pisos sucesivos. Sus cimientos apoyan sobre la roca sólida de los hechos debidamente comprobados y verificados. En su cripta, los Espíritus inferiores se complacen en los fenómenos vulgares, y este ambiente es frecuentado por las obsesiones, alucinaciones y tendencias a la superchería. Pero, a medida que subimos las escaleras de la casa, van apareciendo las manifestaciones intelectuales y las revelaciones puras. La actividad de las almas superiores se realiza en los lugares más altos que, como las agujas dentadas de una catedral, se lanzan hacia la bóveda azul.

En el Espiritismo, cada cual se ubica en el lugar que le asigna el estado de adelanto de su Espíritu. Unos se dedican en forma exclusiva a los hechos, que son la corteza o envoltura de aquél. Otros optan por los frutos, o sea, su filosofía y su moral.

En este sentido, principalmente, está llamado el Espiritismo a desempeñar un rol regenerador. Porque su doctrina responde a todas las necesidades de la mente y colma las lagunas del conocimiento. Resuelve los enigmas de la vida, los problemas del mal y del dolor. En estos tiempos de pruebas y anarquía nos da confianza en el futuro el observar que el Universo está regido por leyes de armonía y que la última palabra, en todas las cosas, corresponde siempre al derecho y a la justicia. Proporciona a la existencia una razón de ser y un objetivo: la conquista de la verdad, de la sabiduría y la virtud. Nos consuela de nuestras desilusiones y reveses en virtud de que, si el bien es con frecuencia desconocido en la Tierra, al menos reina soberano en las esferas elevadas, adonde cada uno de nosotros debe algún día ascender. Al señalarnos la noble finalidad de la vida aparta a los Espíritus de las preocupaciones egoístas y materiales y de las agitaciones estériles.

La tarea esencial consiste, pues, en rehacer al hombre interior: sin ella, toda reforma social sería vana o resultaría precaria.

La importancia de esas soluciones aparecerá evidente a todos los ojos el día en que, ya concluida la guerra, se piense por fin en crear un ideal nacional y en hacerlo penetrar en el alma francesa por medio de la educación del pueblo. Una nación se encuentra amenazada de perecer moralmente cuando está desprovista de un ideal que la inspire y sostenga en las horas de crisis. Tal fue el caso de Francia y no ha sido otra la causa de su debilitamiento temporario.

Desde ya podemos calcular en qué medida el sombrío y feroz ideal alemán ha sido generador de poder y energía. No obstante, basándose como se basa en concepciones falsas, sólo podía dar por resultado la caída y la ruina. En lugar de las altas cualidades morales que constituyen la auténtica civilización, dicho ideal había desarrollado en el alma germánica la infatuación, la altivez y la crueldad. Esa doctrina del superhombre que pretende avasallar a la Tierra entera y no obedecer más que a sus propias leyes la debe Alemania, sobre todo, a sus filósofos materialistas.

La nación alemana ha sido envenenada por su enseñanza universitaria, por una presunta cultura que sólo era, en rigor de verdad, la negación de todo lo que hay de más noble y sagrado en la humanidad.

Los hechos tremendos que se están sucediendo actualmente son como la piedra de toque, que permite juzgar el valor de los hombres y las cosas, de las teorías y sistemas. Bajo el soplo del huracán cuanto había de convencional, ficticio y mentiroso se ha desvanecido, y la verdad apareció sin velo, en su belleza, o en su fealdad. Hemos podido medir todo el alcance de las diversas doctrinas, si no por sus principios, al menos por sus consecuencias. Así, el ideal germánico ha suscitado indignación y horror en la conciencia del mundo. En cuanto a nosotros, la indiferencia y el escepticismo, resultados de la enseñanza oficial, se han revelado insuficientes en los días de pruebas.

Las doctrinas productoras de orgullo y espanto pusieron de manifiesto lo nada que son. En cambio, otras creencias que eran desdeñadas, tenidas en menos, han demostrado ser ricas en consolaciones y esperanzas, capaces de exaltar el valor individual y levantar a las almas agobiadas por el peso del dolor. El Espiritismo vuelve a conducirnos a las grandes tradiciones de nuestra patria, embellecidas aún por las conquistas de la ciencia y el trabajo de los siglos. Al dominio por medio de la fuerza brutal, la expoliación y el asesinato, la Doctrina Espírita opone la libertad y fraternidad de las almas en armonía y en paz.

## 12. AUTORIDAD Y LIBERTAD

### I

*Julio, 1917.*

Nadie puede dejar de reconocer que estamos asistiendo, desde hace tres años, a uno de los mayores dramas de la historia. Dos mundos o, más bien, dos grandes principios -autoridad y libertad- entran en colisión, forcejean, y sus choques repetidos sacuden la Tierra entera.

Bajo el aparente desorden, en medio del caos de las pasiones desatadas, fuerzas creadoras están en la tarea y trabajan en la preparación de un orden nuevo. La conciencia del mundo se desarrolla y se afirma por el efecto mismo de los ultrajes que está recibiendo. A través de las vicisitudes de los tiempos el Ser se encamina hacia una forma de vida más completa; el ideal se realiza y la marcha hacia lo absoluto prosigue.

Los hechos históricos de mayor importancia son sólo una revelación de esa hostilidad, ora sorda, ora violenta, y manifestaciones de la lucha entre el espíritu de dominación y los esfuerzos intentados para conquistar la libertad.

Cuando el Cristianismo llegó no era únicamente un gran movimiento religioso. Al llamar a todos los hombres -incluidos los esclavos- a obtener los bienes del cielo, los hacía iguales ante Dios y, por repercusión, ante las leyes de este mundo. De ahí que los pequeños, los humildes y desheredados lo abrazasen con fervor. Las primeras comunidades representaban la forma más perfecta del socialismo igualitario y cristiano.

¿Es este un efecto de la ley de los reflujos? El Cristianismo, que en su origen era de esencia democrática, se ha convertido en una teocracia autoritaria y despótica por obra de los concilios y por la constitución de la Iglesia romana, bajo el nombre de catolicismo. El reinado temporal del sacerdote es el más pesado de todos los yugos, porque oprime a la vez el cuerpo y el Espíritu; impone dogmas que a menudo son reprobados por la razón y exige que sean tenidos por verdaderos.

Durante siglos el poder papal había dominado Europa, suspendiendo la vida del pensamiento y obligando a inclinarse al Occidente ante la amenaza del infierno o de la excomunión. Vino después la Reforma, que entreabrió las puertas de la sombría prisión y devolvió al alma un poco de aire y luz.

La Revolución Inglesa de 1688 y la Revolución Francesa de 1789 constituyen la tercera de las grandes etapas hacia la libertad. Dejando a un lado las culpas y los excesos cometidos, la sangre derramada en el curso de esos graves levantamientos, hay que reconocer que las ideas elaboradas entonces germinaron e hicieron crecer abundantes mieses democráticas.

Las campañas de Napoleón Bonaparte, en primer término, y en segundo la guerra actual, constituyen los regresos ofensivos de la autocracia. Pero la soberbia tentativa de Guillermo II por sojuzgar el mundo pareciera tener que concluir, por una ironía del destino, en la liberación definitiva de los pueblos.

En la presente lucha, los elementos que se enfrentan tienen un carácter más acentuado que en los conflictos anteriores. En efecto, ya no se trata de una querrela de razas, lenguas o religiones. Tanto en los beligerantes como en los neutrales dos partidos se yerguen el uno contra el otro. Por un lado hallamos todos los fermentos del absolutismo monárquico o clerical, todos aquellos que se aferran al espíritu de casta, a las tradiciones de la autoridad en la totalidad de sus formas: administrativa, militar, eclesiástica; cuantos profesan una admiración sin reservas al imperialismo germano, sus instituciones, su sapiente organización, su rígida disciplina, su sistema educativo. Por el otro lado, tenemos a todas las colectividades e individuos ávidos de independencia, a cuantos la opresión y la presunta infalibilidad indignan, y que colocan por sobre cualquier otra cosa el derecho de los pueblos y la justicia social.

El entusiasmo que los unos ponen de relieve por los imperios del Centro, los otros lo reservan para Francia, a la que conceptúan el paladín de la libertad del mundo, y que, a sus ojos, se ha ofrecido en holocausto para la salvación de las naciones. Los testimonios que nos llegan de todos los rincones del globo son, a este respecto, significativos. Ya empieza nuestra patria a ser indemnizada de las humillaciones y reveses que ha venido sufriendo desde hace cincuenta años. En el orden moral, hasta que las cosas mejoren, está obteniendo el desquite que la historia le debía.

Conforme la verdad se va divulgando, aparecen más claras las causas reales y las responsabilidades de esta contienda armada. La opinión y la conciencia de ambas Américas se tornan cada vez más favorable a Francia. El apoyo y los socorros que de ahí recibe se acrecientan con las simpatías que cosecha.

El drama inicial, el asesinato de Sarajevo,<sup>28</sup> sigue envuelto en el misterio y todavía no es posible conocer a sus verdaderos instigadores. Pero, sean éstos quienes fueren, la agresión brutal y salvaje contra una Servia dispuesta a todas las concesiones no deja por ello de ser un acto aborrecible. La declaración de guerra a Francia por motivos falsos y pueriles, inventados sin motivo, y sobre todo el atentado contra la inocente

---

<sup>28</sup> En esta ciudad yugoslava, antigua capital de Bosnia, el 28 de junio de 1914 perecieron, víctimas del atentado terrorista, debido a un estudiante serbio, el archiduque de Austria FRANCISCO FERNANDO (1863 - 1914) y su esposa, la princesa de HOHENBERG. Este crimen encendió la mecha que hizo estallar el polvorín, pues fue tomado como pretexto para desencadenar la guerra. [N. del T.]

Bélgica, a despecho de los solemnes compromisos contraídos,<sup>29</sup> el carácter de atrocidad impreso a la lucha por los alemanes, el martirio de los pueblos pequeños derrotados por ellos, todo esto ha provocado un sentimiento universal de reprobación y horror. A no ser por estos hechos incalificables, ni Inglaterra, ni Italia, ni los Estados Unidos se hubieran lanzado a la refriega, y Francia habría debido soportar sola la inmensa embestida de los teutones. Hay, pues, en ello un elemento moral de fundamental importancia, y mucho me parece que en esta conflagración en que las fuerzas materiales alcanzan su potencia suprema serán las imponderables las que digan la última palabra.

En ese mundo de hierro en que el método del aniquilamiento parecía soberano, la antigua ley moral reaparece y el sano derecho recupera su imperio. Aquellas naciones que piensan estar en posesión de la verdad y la justicia, que se hallan penetradas de esto y logran que su sentimiento sea compartido por todos, pueden contar con una solución favorable del conflicto.

En cambio, mucho tiempo hace que se viene infiltrando en el alma alemana la duda respecto de la legitimidad de su causa. En los pueblos de allende el Rhin se va afirmando la convicción de que unos cuantos jefes orgullosos y ciegos les imponen pesados sacrificios y duras privaciones, sin que haya compensación ninguna. Poco a poco los gritos de triunfo se van trocando en maldiciones. El *Kaiser* ve surgir ante él el fantasma de la revolución. Los espectros de la abdicación, el hambre y la ruina rondan sus noches.

Por su parte, la situación de Rusia se ha convertido en un problema angustioso. El poder de los zares, minado por las intrigas alemanas y por la traición, ha caído bajo el vigoroso empuje del pueblo. El coloso de los pies de arcilla se ha desmoronado en unos pocos instantes. Una nueva democracia ha nacido. ¿Sabrá organizarse, disciplinarse, establecerse sobre bases sabias y duraderas, o, entrando en la demagogia y la anarquía, conducirá a la disgregación de ese vasto imperio? Las pasiones y las desconfianzas que se enseñorean en los ambientes políticos, el estado de insubordinación del ejército, justifican todas las alarmas.

Ciertamente, la crisis rusa es una crisis de autoridad y de libertad. No basta conquistar esta última, hay que hallarse maduro para practicarla. En el perpetuo conflicto en que se encuentran las cosas de este mundo, uno de esos dos principios (autoridad y libertad) no triunfa casi nunca si no es en

---

<sup>29</sup> Pese a la heroica resistencia que opuso, en agosto de 1914 Alemania invadió Bélgica, cuya neutralidad se hallaba garantizada por los tratados de 1839. Una vez más, como ha sucedido siempre, los acuerdos internacionales se convirtieron en simples "pedazos de papel". Esta nación debió aguardar hasta noviembre de 1918 para verse libre de la ocupación casi total de su territorio por parte del enemigo. [N. del T.]

detrimento del otro. Cuando la paz y la armonía social no se logran por el entendimiento, por el perfecto acuerdo de esas dos fuerzas, unidas en medida igual, en casi todos los casos una de ellas predomina, en perjuicio, o del orden, o de la actividad individual. Una libertad excesiva conduce a la licencia y anarquía, y la anarquía, a su vez, desemboca en el despotismo. La humanidad se debate en una especie de círculo vicioso, por falta de sabiduría y equilibrio moral.

A ese acabado acuerdo entre autoridad y libertad se han acercado bastante bajo formas diversas -monarquía o república- algunos pueblos pequeños, como Suiza, Noruega y Dinamarca. En ellos, la instrucción general, un elevado sentimiento religioso, una firme educación popular, han facilitado su ejercicio. No sucede otro tanto en los grandes Estados, donde las pasiones políticas y la ambición, el deseo de expandirse y dominar el mundo, han monopolizado las fuerzas vitales en perjuicio de la paz interna y del auténtico progreso. ¿Dónde, pues, habremos de ir a buscar un ejemplo, un modelo, una pauta definida, para establecer la estabilidad y el equilibrio de las instituciones humanas?

Sólo el estudio de la vida invisible puede darnos a conocer un mundo en que autoridad y libertad se combinan y complementan en perfecta armonía. Las revelaciones de los Espíritus nos muestran claramente la existencia, en el Más Allá, de una jerarquía de poderes y de inteligencias que van escalonándose hasta Dios mismo. Pero tales revelaciones nos enseñan, asimismo, que en la vida espiritual todo Ser disfruta de una suma de libertad que está adecuada a su grado de adelanto. La supremacía de las almas es siempre proporcional a sus méritos, y no es posible equivocarse al respecto, pues su irradiación es la característica de su elevación. Conforme el Espíritu va subiendo los peldaños de la vida celestial se torna más brillante y luminoso, y su voluntad se impone por medio de una acción magnética, que se acrecienta con su poder de radiación. Hemos aquí lejos de las condiciones de la pobre sociedad terrenal, donde es tan fácil para los bribones, viciosos y embusteros disimular su verdadera índole tras apariencias prolijamente estudiadas, modales seductores y facilidad de palabra.

En tanto las instituciones sociales no se pongan en concordancia con las leyes del Espacio, seguirán persistiendo en la Tierra perturbaciones, desórdenes y confusiones. Todo en la vida universal está regido con miras a la evolución. Cada una de nuestras encarnaciones terrestres, cada una de nuestras existencias planetarias constituye una etapa en nuestro eterno viaje. Procedentes de lo infinito, venimos a los mundos materiales a fin de continuar nuestra educación, y después regresamos a la vida de lo infinito. Por eso nos hallamos expuestos a recomenzar la tarea en la Tierra tantas veces cuantas sea menester para que realicemos los necesarios progresos. El orden social, pues, debe estar organizado de manera de proporcionar a

cada uno de nosotros la mayor suma de resultados, desde el punto de visto evolutivo.

Puesto que las situaciones en que se encuentran las almas son variadas en extremo, las condiciones sociales deben serlo también. Condiciones elevadas son relativamente raras, porque resultan peligrosas para el Espíritu encarnado en la Tierra, al que rodean de las tentaciones de la fortuna y el poder, y cuyo orgullo acicatean. En cambio, no ocurre lo propio en las situaciones inferiores, pues las necesidades, las duras exigencias que traen consigo, constriñendo al Espíritu al esfuerzo, desarrollan su yo, su personalidad, su conciencia, y acrecen sus energías latentes. Penas del cuerpo y del alma, obligación de trabajar, tiranía de la materia, de la enfermedad y de la muerte, tales son los medios con cuyo concurso el Espíritu llega a comprender las severas disciplinas y a poner en práctica la ley del deber. La vida terrestre es el crisol en que el alma se transforma, preparándose para las grandes tareas futuras. Considerada aisladamente, nuestra actual existencia parece oscura y desprovista de sentido a la mayoría de los hombres. Pero si la examinamos dentro del conjunto, relacionada con la que le precedió y con la que le seguirá se nos muestra como el magnífico terreno en que el Ser construye su destino, edifica su creciente personalidad y llega a hacerse libre por completo, al dominar el mal y triunfar sobre sus instintos viles.

Ante las visiones de horror que la guerra despliega a nuestros ojos, ante los millones de tumbas cuya removida tierra se encuentra húmeda aún y desnivela las llanuras de Europa, en presencia de los trozos ennegrecidos de paredes, únicos vestigios de incontables aldeas en que ayer mismo resonaban los rumores de la vida campesina, el tañido jubiloso de las campanas y las frescas risas de los niños, es bueno estar en condiciones de afirmar que el Ser es inmortal en su esencia, y recordar que todo - vicisitudes y pruebas, alegrías y dolores- coopera a nuestros progresos, a nuestra elevación...

Por sobre esas escenas de tristezas y duelo la vida invisible prosigue en su serena majestad. Vivos y muertos, todos somos llevados por la gran fuerza evolutiva hacia un porvenir mejor, en el seno del ilimitado Universo y de la armonía divina...

## II

*Agosto, 1917.*

Retornemos el problema de la libertad. La noción de ésta se encuentra grabada en la conciencia individual. Con el nombre de libre albedrío designa el privilegio, de que goza el ser humano, de decidirse en un sentido determinado, de orientar sus actos hacia el bien o hacia el mal. La idea de

responsabilidad es inseparable de la de libertad. Si sólo fuéramos máquinas movidas por fuerzas ciegas, autómatas gobernados por el azar, seríamos irresponsables. Cualquier sanción a nuestra conducta se tornaría imposible. La sociedad estaría librada a todas las corrientes de la pasión, a la totalidad de los apetitos y codicias.

La teoría del determinismo, que combate al libre arbitrio y a la responsabilidad, es de consecuencias funestas porque mina las bases de toda ley moral y arruina a cuanto significa dignidad, fortaleza de ánimo y nobleza del carácter humano. Al preconizar una indulgencia mórbida para con los desequilibrados, viciosos y criminales, pone obstáculos a cualquier tipo de represión, y propicia y alienta todos los abusos y excesos. Podemos imputar en gran parte a esa teoría el debilitamiento y decadencia en que se encontraba nuestro país en la preguerra.

Por curiosa contradicción, hemos visto a menudo que algunos hombres, que en materia política eran partidarios de las más amplias y completas libertades, han rebatido, sin embargo, el principio de libertad inscrito en nosotros. Queremos creer que las tremendas lecciones de la guerra les habrán abierto los ojos y que rechazarán ahora ideas peligrosas, que todos los Espíritus elevados reprueban.

El libre albedrío no nos toca por casualidad al nacer. No es la libertad la que nos aguarda cuando llegamos a este mundo, sino la servidumbre: servidumbre material, falta de lo indispensable, ley imperiosa de la necesidad que nos compele al trabajo, al esfuerzo, y nos obliga a adquirir y desarrollar por nosotros mismos nuestra propia libertad.

Un vistazo echado a nuestro entorno basta para mostrarnos la infinita variedad de las parcelas de voluntad y libertad que a cada cual corresponden. Sólo el Espiritismo y las reencarnaciones son capaces de explicar esos contrastes, esas aparentes anomalías. Las almas débiles, sometidas al yugo que la materia les impone, prestas a todas las flaquezas, son almas jóvenes, llegadas hace poco tiempo a la vida y que no han sabido aún valorizar las fuerzas que en ellas hay ocultas. En cambio, las almas poderosas, que han alcanzado un alto punto de evolución, tienen tras ellas numerosas existencias de luchas y sacrificios, en cuyo transcurso su capital de energías ha ido aumentando y se ha templado su voluntad. Entre aquéllas y estas últimas se interponen innúmeros grados sucesivos que representan otras tantas etapas por recorrer, y mediante tales etapas el Ser ve poco a poco desarrollarse su libre arbitrio y retroceder el círculo de las fatalidades.

La diversidad de las situaciones en que se encuentran los individuos se explica por sí misma. En virtud de su libre albedrío algunas almas adelantan más despacio y otras, en cambio, lo hacen de una manera más rápida.

Al comienzo de nuestra trayectoria la materia nos oprime, dominándonos y agobiándonos. Pero, una vez que el alma ha alcanzado suficiente altura, empieza a gobernar a la naturaleza inferior y la somete a sus designios. La educación por medio del trabajo y el dolor ha desarrollado en ella cualidades y fuerzas que la liberan de los vínculos y atracciones materiales. Por tanto, se ha hecho apta para ascender a las sociedades superiores. Ha aprendido a conducirse sin que el aguijón de la necesidad tenga que estimularla. Junto con su plena libertad ha adquirido la plenitud de la sabiduría y la razón.

Para obtener que en este mundo reinen el orden, la paz y la justicia, sería menester que nuestras instituciones fueran calcadas de las que rigen la vida en ese universo invisible donde cada cual ocupa el lugar que le corresponde, donde a todo Ser se encomienda una función acorde con su valía moral y con los progresos que ha realizado. Ya hemos visto que en la Tierra las cosas no son así. En ella la autoridad y la libertad, que constituyen las bases esenciales de todo orden social, en lugar de fusionarse en un todo armónico entran en colisión y casi siempre luchan. La autoridad se vuelve peligrosa cuando no está aliada al mérito y el saber. Y la libertad no lo es menos cuando toca en suerte a hombres violentos, ignorantes y apasionados.

La ley divina reserva a cada uno de nosotros una parte de pruebas y de rudas fatigas exactamente proporcionada a las necesidades de nuestra evolución y a las reparaciones que pueden exigir nuestras vidas anteriores. En cuanto a la ley humana, ignora todo eso.

Otro error fundamental de ciertos sociólogos es su preocupación por establecer la igualdad entre los hombres. La igualdad no existe en la Naturaleza, como tampoco en la sociedad humana. Jamás se podrá impedir que los hombres activos, previsores y ahorrativos superen a los indolentes, imprevisores y manirroto. En el fondo, la igualdad es la negación misma de la libertad, y ambas se excluirían mutuamente si la fraternidad no acudiese para atenuar sus efectos contradictorios.<sup>30</sup>

Salta a la vista que un potente movimiento de democratización estremece a todos los países. Los pueblos son llevados hacia la libertad. Pero -ya lo hemos dicho-, libertad política sin valor moral, o sea, sin sabiduría y razón que justifiquen a aquélla, es una conquista peligrosa. El hombre terrestre sitúa sus derechos a mayor altura que sus deberes. Tiene libertad para obrar el bien y con más frecuencia comete el mal, que recae sobre él mismo con todo el peso de sus consecuencias. De ahí las inevitables catástrofes, de ahí los desgarramientos, dolores y lágrimas.

---

<sup>30</sup> Sobre el tema de la igualdad, consúltese ALLAN KARDEC, *El Libro de los Espíritus*, páginas 367 a 373 (párrafos 803 a 824), y sobre la libertad, la misma obra, páginas 374 a 387 (párrafos 825 a 872). Editora Argentina "18 de Abril", Buenos Aires, 1970. [N. del T.]

Las lecciones de la adversidad son necesarias. Desde lo profundo del abismo de males al que nos arrastra la guerra vemos mejor nuestros errores y culpas. Están resurgiendo verdades que yacían en el olvido. Un rayo del pensamiento divino ha resplandecido entre nuestras angustias.

Hay ocasiones en que el hombre maldice el dolor porque no comprende su eficacia. Pero el Espíritu que se cierne en las alturas lo bendice, pues ve en él el instrumento de su elevación. El dolor es el único correctivo del mal que hacemos libremente. Si Dios hubiera suprimido el mal y el dolor (como ciertos filósofos proponen) nuestra libertad se hubiera visto disminuida en forma proporcional, y nuestra personalidad y méritos se encontrarían empequeñecidos. Dios permite nuestras debilidades y caídas a fin de que las consecuencias que ellas acarrear constituyan para nosotros un medio de evolución. Así, de la tormenta actual nuestro país puede surgir moralmente engrandecido, más sensato y prudente por efectos de la prueba sufrida, y aureolado por una nueva gloria. Todo padecimiento es una purificación. La guerra misma, pese a los horrores que engendra, está revestida de trágica belleza si se la considera como una obra de sacrificio. Lo que la historia honra más es la memoria de los que han sabido sufrir y morir: por ejemplo, los héroes y los mártires. ¡Nada más sublime que la autoínmolación por una causa justa, por una noble idea!

\*\*\*

La presente guerra es, sobre todo, un conflicto de ideas, y tendrá sobre el porvenir del mundo consecuencias incalculables. Es la lucha de la espiritualidad contra el materialismo más violento y cruel, la sublevación de la conciencia humana contra la autocracia militar y todos sus excesos. De cincuenta años a esta parte su yugo oprimía al mundo. Alemania aprovechaba la menor ocasión para amenazar a sus vecinos con su pesado sable. Europa entera resonaba con el estruendo de las armas. Temblaba el suelo bajo la marcha de las largas columnas de tropas, al paso cadencioso de los caballos, bajo el rodar de los cañones. Ahora, en cambio, otras perspectivas se vislumbran. Cuando el militarismo alemán haya caído, después de esta contienda devastadora, parece que una paz definitiva podrá reinar sobre el ensangrentado mundo.

No obstante, algunos espíritus entristecidos, tomando en cuenta los estragos espantosos que la lucha ha causado, dudan aún acerca del porvenir que aguarda a una civilización capaz de engendrar tales calamidades. Éstos no ven las cosas desde suficiente altura. Una observación atenta les mostraría que en medio del caos de los acontecimientos están elaborándose con lentitud la conciencia universal y la voluntad de los pueblos de eliminar para siempre la causa de tantos males. Poco a poco se va formando un conjunto concertado de naciones que aúnan sus esfuerzos para

poner término al conflicto potencial, a la "paz armada" que ha venido destruyendo a Europa desde hace alrededor de medio siglo; para concluir con el tonel de las Danaides, el barril sin fondo de los gastos estériles, que absorbe la mayor parte del producido del trabajo y el genio de los pueblos. Si esta guerra puede conducir a tales resultados, no se vacilará en reconocer que, al menos, nos habrá hecho dar un gran paso hacia un porvenir mejor.<sup>31</sup>

Las duras lecciones del presente habrán dado sus frutos. El prestigio de la gloria militar se habrá desvanecido como vano humo. Republicanos o monárquicos, todos querrán dilucidar las responsabilidades del gran drama y extraer de ellas las necesarias sanciones. Las instituciones sociales sufrirán profundos reordenamientos. Ya las ideas democráticas parecen imponerse a los más refractarios a ellas. La política oculta ha caído en desuso y los pueblos quieren tomar en sus manos su propio destino. Alemania misma, habituada a todas las servidumbres, pareciera estremecerse bajo un hálito liberador. Siente agitarse en sí -como todas las otras naciones, por lo demás- una necesidad intensa de renovación y de progreso.

\*\*\*

¿Cómo definir el progreso? Es el objetivo esencial de la actividad humana, proseguido en sus diversas formas, a saber: material, intelectual y moral. Debe ser realizado en esos tres aspectos paralelamente, para dar al

---

<sup>31</sup> Cuando el autor escribía estas líneas, en agosto de 1917, ya la contienda estaba próxima a su fin. La Unión Norteamericana, que en los primeros años de hostilidades en Europa había permanecido neutral, el 17 de abril de 1917 -de resultas de la campaña submarina llevada a cabo por Alemania- resolvió intervenir en el conflicto. Gobernaba esa nación el historiador y catedrático THOMAS WOODROW WILSON (1856-1924), quien envió al Congreso, el 8 de enero de 1918, su célebre Declaración de los Catorce Puntos, que tendía a garantizar en el mundo una paz duradera. El 4 de octubre de ese mismo año, en horas de la noche, el canciller alemán escribió al presidente de los Estados Unidos, solicitándole iniciase las gestiones para negociar el armisticio. Las potencias centrales aceptaban los términos del programa de WILSON, pero el Tratado de Versailles -a causa de la presión que ejercieron los otros países, que se consideraban altamente damnificados- impuso a los vencidos condiciones más duras, que no respondían al espíritu de los Catorce Puntos. Ahora bien, el último de éstos proponía la creación de una Liga o Sociedad de Naciones cuya reglamentación se sancionó, en efecto, el 28 de abril de 1919, año en que WILSON recibió el Premio Nobel de la Paz. La iniciativa era encomiable, pero, por desgracia, se vio frustrada, y la segunda guerra mundial sepultó definitivamente a la Sociedad de Naciones, la cual debe conceptuarse, sin embargo, como el primer intento amplio de instituir un organismo internacional idóneo para asegurar la paz en un mundo en el que no parecemos llegar nunca a "la guerra que terminará con las guerras". La segunda tentativa, como sabemos, la constituye la UN (*United Nations*), que es de esperar sea capaz de evitar el estallido de una tercera conflagración mundial, cuyas imprevisibles consecuencias superarían muchísimo a las de las dos anteriores, ya que resultarían catastróficas para el planeta entero, visto el poder devastador del armamento nuclear, cuya tenencia por parte de los posibles beligerantes establece en el mundo contemporáneo lo que se ha dado en llamar gráficamente "el equilibrio del terror". [*N. del T.*]

poder social el desarrollo y equilibrio que hacen de él un todo armonioso. El conjunto de los esfuerzos efectuados y de los resultados conseguidos constituye la civilización. Pero, cuando esa civilización se aferra a una u otra de aquellas tres formas con menosprecio de las restantes, se rompe el equilibrio y el género humano se encamina hacia un cataclismo. Tal lo que está sucediendo actualmente. La ciencia ha puesto al hombre en posesión de formidables medios destructivos y aquél los ha consagrado a las obras del mal. La soberbia Alemania soñaba con dominar el mundo mediante la fuerza y el terror. Por la otra parte, la resistencia de sus adversarios se había debilitado perceptiblemente a causa del sensualismo y la corrupción de las costumbres. Las pasiones sin freno han desatado la tempestad, y Dios dejó hacer, a fin de que bajo el resplandor siniestro de los acontecimientos pudiéramos evaluar toda la magnitud de nuestras culpas y la humanidad fuese regenerada por la prueba que sufría.

Por idénticas causas ha desaparecido ya varias veces la civilización de la faz de la Tierra. Nuestros vicios y ceguera nos han conducido hasta el borde de un abismo por el que nos habríamos despeñado de no mediar los poderosos auxilios del Mundo Invisible.

Cuando una civilización ha llegado al punto de hacer que el hombre dé la espalda a las leyes divinas, de eso que Platón denominaba "la suntuosa ruta del alma"; cuando ha perdido de vista la finalidad esencial de la existencia, que es la educación y el perfeccionamiento moral del Ser, entonces esa civilización se halla condenada a sucumbir debido a sus propios excesos. Si no es destruida por completo, se ve al menos bamboleada hasta sus más íntimas profundidades. Talas sombrías se operan en las filas de los humanos. Por el juego feroz de las batallas, por las epidemias y todos los males que la guerra engendra, multitudes de almas son liberadas de su envoltura material. Escapan así al contagio de los malos ejemplos, a las tradiciones que perpetúan errores y abusos, para más tarde volver a nacer, ya sea en el medio terrestre cuando este último se haya purificado por el sufrimiento, o bien en otros mundos más favorecidos.

La gran ley de las reencarnaciones sólo es una de las formas de la ley eterna del progreso. Nada prevalece contra ella. A veces parecería haber sido suspendida por los efectos de la libertad humana, pero tarde o temprano reanuda su curso, y su acción se ejerce bajo formas nuevas. A través de los triunfos y martirios de las naciones, a través de los muertos aparentes y las resurrecciones se podría seguir la marcha majestuosa de la humanidad hacia la belleza y el bien supremos, bajo la mirada atenta de Dios.

### 13. ¡RESURRECCIÓN!<sup>32</sup>

*Día de Pascua, 31 de marzo, 1918.*

Todos los años, las primeras sonrisas de la primavera congregan a los discípulos de Allan Kardec en torno a esta sagrada piedra, para honrar la memoria del Gran Iniciador. A primera vista, sus filas parecen raleadas, porque todos los que son jóvenes se encuentran allá, de pie, en el frente de batalla, a fin de rechazar al invasor. Muchos han caído por la patria y sus almas han ido a reunirse en el Espacio con las de los hombres de convicciones, de deber y virtud que, desde hace sesenta años, han venido trabajando por la divulgación del Espiritismo en nuestro país. Pero todas esas almas, fieles a la cita, acuden para participar de esta ceremonia. Si pudiéramos levantar el velo que nos oculta el Mundo Invisible no veríamos aquí tan sólo algunos grupos de creyentes, sino una muchedumbre inmensa que se apretuja para prestarnos apoyo e inspirarnos. Su número crece todavía al sumársele todos aquellos a quienes el dolor atenaza y que vienen a buscar en nuestra doctrina el rayo de esperanza que ilumina y consuela.

En la espantosa lucha que trastorna al mundo no sólo despiertan las energías latentes; también lo hacen todas las pasiones furiosas y las avideces que dormitaban en el corazón de la humanidad.

En esta hora sangrante es grato recordar a los grandes obreros del pensamiento pacificador y fecundo, que prepararon un futuro mejor. Entre éstos se cuenta Allan Kardec.

Esta vez, el aniversario del Maestro coincide con la festividad de la Resurrección. ¿No es este, acaso, un motivo de alegría, un símbolo de vida, una promesa de inmortalidad?

La Pascua es el despertar de la Naturaleza tras el prolongado y triste sueño del invierno. Los brotes se llenan de savia.

Nacen florecillas entre los matorrales. Empiezan otra vez los trinos de las aves y en las ramas se construyen los nidos. Tibios efluvios flotan en el aire. Al mismo tiempo, se plantea con más insistencia el problema de la vida que renace, la grave cuestión del porvenir.

Para la mayoría de los hombres este problema es todavía oscuro, la finalidad de la existencia sigue envuelta en el misterio. Todo lo que evoque el enigma de los seres y las cosas aumenta su inquietud, hace crecer su ansiedad. No saben de dónde vienen ni a dónde van y marchan dando traspies a cada obstáculo del camino. La idea de la muerte les infunde terror, de ahí que la rechacen horrorizados.

Pero para nosotros, gracias al Espiritismo, la finalidad del vivir se halla intensamente iluminada. La vida es un sendero hacia las alturas, la ruta que

---

<sup>32</sup> Leído el 31 de marzo de 1918, en el cementerio del *Père-Lachaise*, frente a la tumba de ALLAN KARDEC. [N. de L. Denis.]

conduce a las grandiosas cumbres eternas. Es el esfuerzo del Ser hacia el bien y lo bello, la ascensión hacia la luz, el gradual desarrollo de las energías y facultades cuyos gérmenes ha depositado Dios en cada uno de nosotros.

Claro que a veces -sobre todo, a la hora presente- el subir es duro y está sembrado de espinas. Ante nosotros se entenebrece el horizonte. Pero en las épocas sombrías es cuando las altas verdades resaltan con mayor brillo. Las almas van depurándose en el crisol de las pruebas. Por medio del sacrificio y el renunciamiento intensifican su irradiación interna.

A través de nuestras precarias, inestables y dolorosas existencias terrestres construimos nuestro Espíritu inmortal y el grandioso edificio de sus destinos.

Pascua es, también, la comunión entre dos mundos, el visible y el Invisible, el de la Tierra y el de los Espíritus. Desde este punto de vista constituye el coronamiento de la obra de Cristo.

Jesús había abierto de par en par las anchas puertas que establecen la comunión entre esos dos mundos y permiten que ambos se penetren recíprocamente. La vida entera de Cristo -lo sabéis ya- fue una obra mediúmnica de la más alta intensidad. Si agrupó en su entorno a hombres primitivos, rudos e ignorantes para confiarles una tarea que exigía instrucción y facultades oratorias, fue porque había descubierto en ellos las aptitudes psíquicas que debían convertirlos, después que Él hubiese muerto, en los intérpretes del Más Allá, en los inspirados por su propio pensamiento y voluntad.

De este modo la acción de los profetas hebreos, suscitada por influencias superiores, se prolongaba y se extendía sobre la Iglesia cristiana entera, y ésta se tornaba en la intermediaria, la mandataria designada por los poderes invisibles. La manifestación de la Pascua y las apariciones de Cristo que la siguieron constituyen el hecho central, algo así como el eje de esa gran época espiritualista.

La Iglesia primitiva tenía analogías notables con el actual movimiento espiritista. Bajo el nombre de profetas, los médiums representaban en aquélla un papel esencial. Por sus inspiraciones y discursos pasaba el gran soplo del Más Allá. Durante todo el tiempo en que la Iglesia siguió siendo la intérprete de las revelaciones extrahumanas estuvo asistida, fue protegida y, pese a las culpas e imperfecciones de sus miembros, continuó viviente y próspera.

Pero, desde el día en que proscribió la mediumnidad e impuso silencio a las voces de lo Alto, se hizo la noche en ella, poco a poco los objetivos materiales fueron sustituyendo a los divinos y desconoció el verdadero rol, la misión que su fundador le había asignado. La campaña violenta y pérfida que esta Iglesia está llevando adelante hoy en día contra el Espiritismo prueba que ha perdido por completo el sentido de sus orígenes, de sus























































































































































































